



PERFUME
EMIR

EL QUE MAS PERSISTE
EL QUE MAS GUSTA
EL QUE MAS VISTE

Dana S.A.



DIARIO DE LA MARINA



SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO

LA HABANA, 13 DE FEBRERO DE 1938



- ★
EN ESTE
NUMERO:
- ★
La Disciplina
en Hollywood
- ★
El Gato en
la Literatura
- ★
Mary Maguire,
la Australiana
- ★
El Dr. DAFOE,
Medico Rural
- ★
Modas de Nueva
York, en Colores
- ★
Anabella y la
Locura del Cine
(Portada)
- ★
Mlle. Thuliez
HEROINA
- ★



EL AGENTE FERRER

DENNIS COLEBROOK



LOS BANDIDOS ESTÁN CASI ACCORRALADOS. PARRÓN SE PREPARA A ESCAPAR CUANDO AVERIGUA QUE EL AGENTE FERRER ESTÁ ENTERADO DE SUS PLANES.

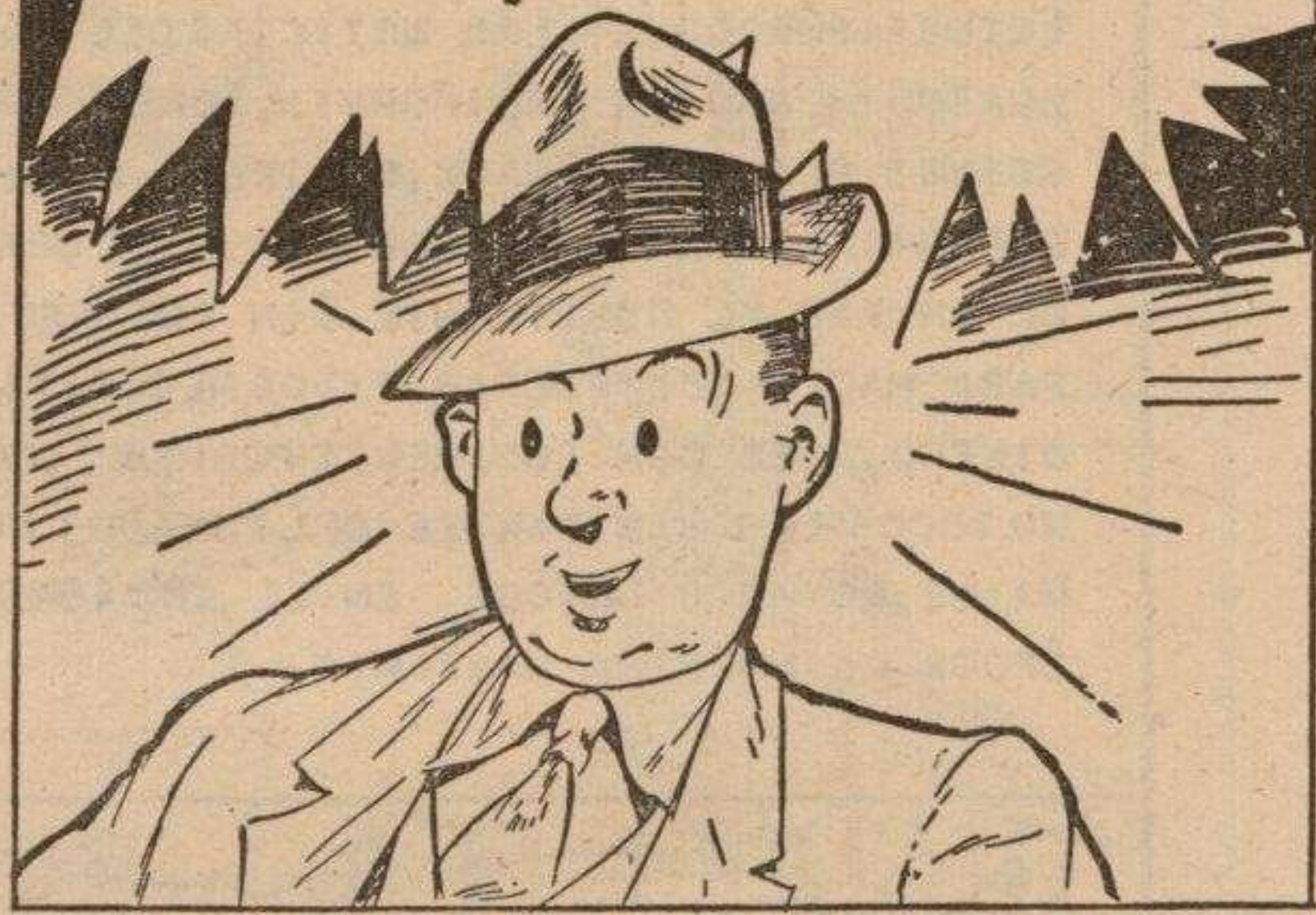
LA POLICÍA RECIBE UN MENSAJE EN EL QUE EL AGENTE FERRER PIDE AYUDA URGENTE, AVISANDO QUE ESTÁ SEQUESTRADO EN PÓDER DE LOS BANDIDOS.



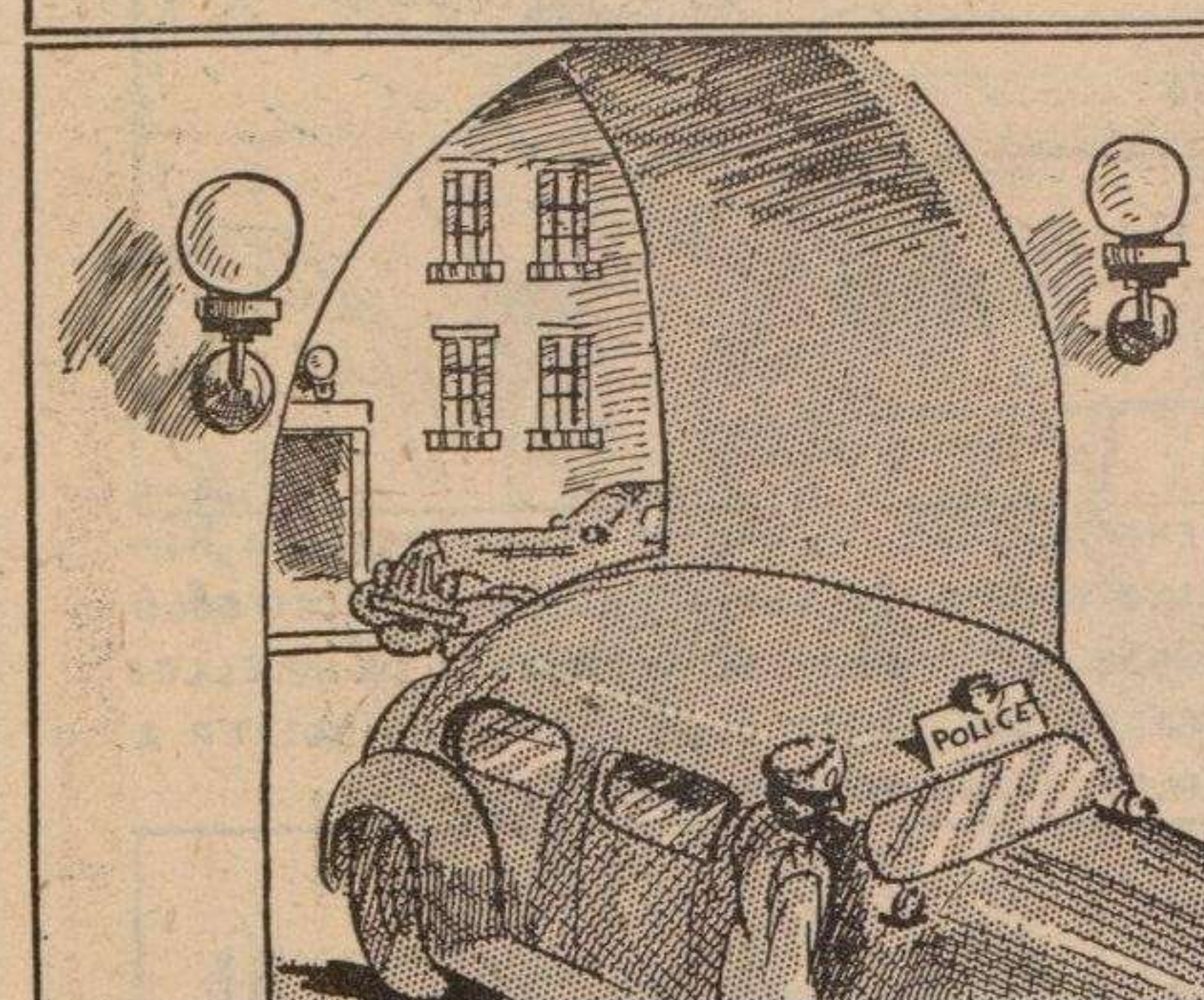
YO SOY PERIODISTA Y NO CREO EN ESTE MENSAJE. LO LEERÉ DE NUEVO A VER: UNA BANDA DE PISTOLEROS ME TIENE PRISIONERO EN UNA CASA A 10 KILOMETROS AL NORTE, CERCA DEL LAGO GRANDE. ¿MANDEN AYUDA INMEDIATAMENTE! FERRER-



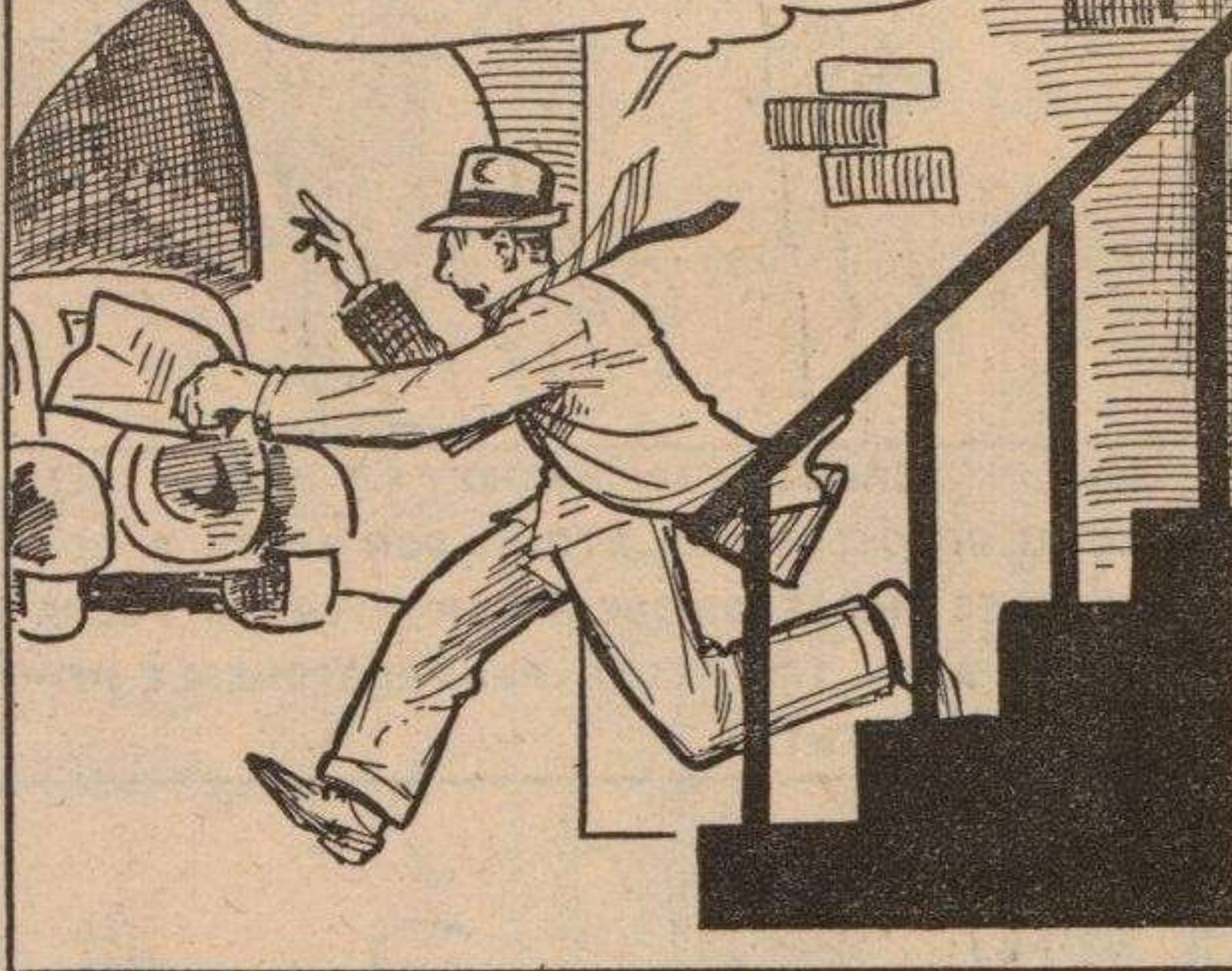
¿SE ME OCURRE UNA IDEA! LA SUPUESTA CARTA DE FERRER TIENE QUE LEERLA EL PISTOLERO QUE LO TENGA PRISIONERO, PUES ES INSULTANTE PARA ÉL!



LOS AUTOMÓVILES DE LA POLICÍA SALEN A LA CALLE...



¡CAPITÁN, UN MOMENTO! ¡OIGA, CAPITÁN, OIGA! ¡ES IMPORTANTE!



.. ES LO QUE CREO QUE HA SUCEDIDO. DE TODOS MODOS, PUEDEN PROBAR EL PLAN QUE LES HE DICHO.



¡VERDADERAMENTE, DEBEMOS PROBAR! ¡ESTE MENSAJE SUENA MUY BIEN PARA SER AUTÉNTICO!



EN ESTE MENSAJE HAY VARIAS HUELLAS DIGITALES, LAS DE VDS., LA DE FERRER Y LA DE PARRÓN... ¡PARRÓN ES UN BANDIDO DE MALOS ANTECEDENTES!



LA POLICÍA TIENE UNA RED POR TODA LA CIUDAD...

ALERTA LOS AUTOS DE POLICÍA... ALERTA... VIGILEN A PARRÓN... 5 PIES CON 7 PULGADAS DE ESTADURA... CUTIS SUAVE... ALTO Y GRUESO, COMO DE 200 LIBRAS... CUIDADO... CUIDADO... ESTÁ ARMADO...



EN EL PISO DONDE EL AGENTE FERRER ESTÁ PRISIONERO, PARRÓN HACE PREPARATIVOS PARA ESCAPAR.



¡POR DIOS, PARRÓN! PERDÓNAME, TEN PIEDAD DE MÍ! ¡NO VOLVERÉ...!



¡FUEGO...! ¡HAY QUE CASTIGARLO!



Se llama Alonso, y es hijo de Gonzalo Fernández, el mozo, que gloria haya, en cuya sepultura trabajó.

—¿Pues hijos tenía? Oí decir que en él finaba ese linaje de los Ossorio. —El peador de mi amo me lo hubo en su mujer; es de muy noble condición, y cuando tenga barbas en la cara será tan gentil hombre como Oliveros. Hoy le traigo conmigo para que vea la figura de su padre, mi señor y hermano, a quien no conocí.

—Famoso justador era! Venid los dos, y lo verá luego tal como va saliendo de estas manos que harían maravillas si no conocieran los reumas. En un farol que alumbraba la imagen de Santa María pintada en un retablo, encendió el imaginero una candelilla y, con ella en la mano, guió a los mozos hasta una cámara donde tenía su taller; veíase en el centro un gran bulto, como una figura yacente cubierta con un paño. Alonso, amedrentado por las sombras del recinto, que apenas podía ahuyentar la luz que temblaba en la mano del escultor, creyó que estaba en presencia de un cadáver. En pleno sol le solían espantar las calaveras amontonadas en el osario de San Lorenzo; pero en aquella oscuridad sintió que se le arrecia el corazón de pavor, y se prendió al brazo del escudero.

En tanto el jactancioso viejo llegaba al bulto y de un tirón desprendió el paño que lo cubría. Y apareció un bloque de alabastro en el cual los golpes del cincel iban dejando la forma de un caballero dormido, armado de punta en blanco; en la piedra clara, mal desbastada todavía, la cabeza y las manos solamente habían adquirido su perfección, y parecían a la vista con singular morbidez. Era admirable la verdad de aquellas nobles facciones, serenas por el beso de la muerte, que había hecho contraerse los finos labios en una mueca de renuncia.

—He aquí a vuestro padre, Alonso; mi señor y hermano, de quien os conté tantas historias —dijo el escudero, cuyos ojos se nublaron con las lágrimas.

Y el niño, del todo turbado y confuso, besó de hinojos la helada mano que se aferraba, fija en un gesto eterno, a la cruz del estoque.

X

No pecaba de blanda ni de regalona la vida de los pajes de Rodrigo Fernández, aprendices del duro menester de la caballería. Todos eran hijos de hidalgos, que los habían encomendado al regidor, tan diestro y reputado caballero, para que los criase y los ejercitase en toda suerte de viriles ejercicios y, que sirviendo a todos y siendo de todos mandados, aprendiesen a mandar en su día. Antes de salir el sol, Pedro Gonsalvo, el más viejo de los escuderos, los hacía dejar sus camastros; luego de lavotearse en el patio con agua del pozo, salían a la plaza de San Juan, sobre la cerca, donde pasaban lo más de la mañana en montar a caballo y en esgrimir de lanza y espada, tan rudamente, que muchas veces quedaban descalabrados y no pocas salían mal heridos; pero las imprecaciones del maestro y las burlas de los compañeros hacían que la víctima corriese sus lágrimas, acallase sus gritos y borrara de su rostro el gesto de dolor; de esta manera se iban templando aquellas almas para mantenerse con decoro en las altas ocasiones que la vida pudiera depararles.

En aquel pequeño mundo nacían las rivalidades, se encendían los odios y eran frecuentes las intrigas y querrelas. El antiguo aprendiz del pelaire, torpe en el manejo de armas y caballo, fue objeto muy pronto de burlas crueles. La protección de Diego de Cañencia, el amor con que mozos esclavos miraban al bastardo de su señor, y las manifestadas preferencias que para él tenía Brindado de Roa, la vieja nodriza, que guisaba la comida de los pajes y cuidaba de sus ropas, concitaron sobre su cabeza el odio de los muchachos, dio infantil, inmenso; rico en todas formas de crueldad y de malicia la noble condición de Alonso no le dejaba conocer este ambiente que en torno suyo se formaba; sufría de la injusticia con que le trataban, pero no sabía defenderse de ella, ni menos devolver mal por mal, y así, los muchachos, lejos de atacarse, viéndole inermes, se complacían más y más en atormentarle, hasta que poco a poco fueron tomando en desprecio su odiosidad antigua.

A la noche, después que cada cual había servido y asistido a su señor, reuníanse pajes y escuderos en la sala que a éstos estaba destinada y que ocupaba todo el hueco de la torre, al andar de las galerías del patio. Era una bella estancia cubierta de sencilla bóveda de crucería, cuyos recios nervios se apoyaban en ménsulas esculpidas; saeteras abocinadas perforaban el gronor de los muros; pintores moros la habían decorado, muchos años antes, con un friso de bellas pinturas en rojo, que destacaban sobre el blanco estuco; véanse allí, entre sabios entrelazos y letreros en lengua morisca, caballeros riendo en torpedeo o procurando expungir fortísimos castillos agarenos, esclavos sirviendo a sus señores, animales de formas extrañas. Los muebles eran pocos, y escasas las como-

didades; en las noches de invierno, el viento penetraba por las saeteras y corría por todas partes tan a su sabor como por las calles, y hacía allí más frío que en la rasa campiña; los escuderos viejos combatían más con amplios tragos de vino de Ribera que con la lumbre de un brasero, en torno del cual pasaban las veladas contando antiguas guerras y falconerías. La generosa naturaleza de los mozos no necesitaba de otro calor que el de su sangre ardiente y bulliciosa.

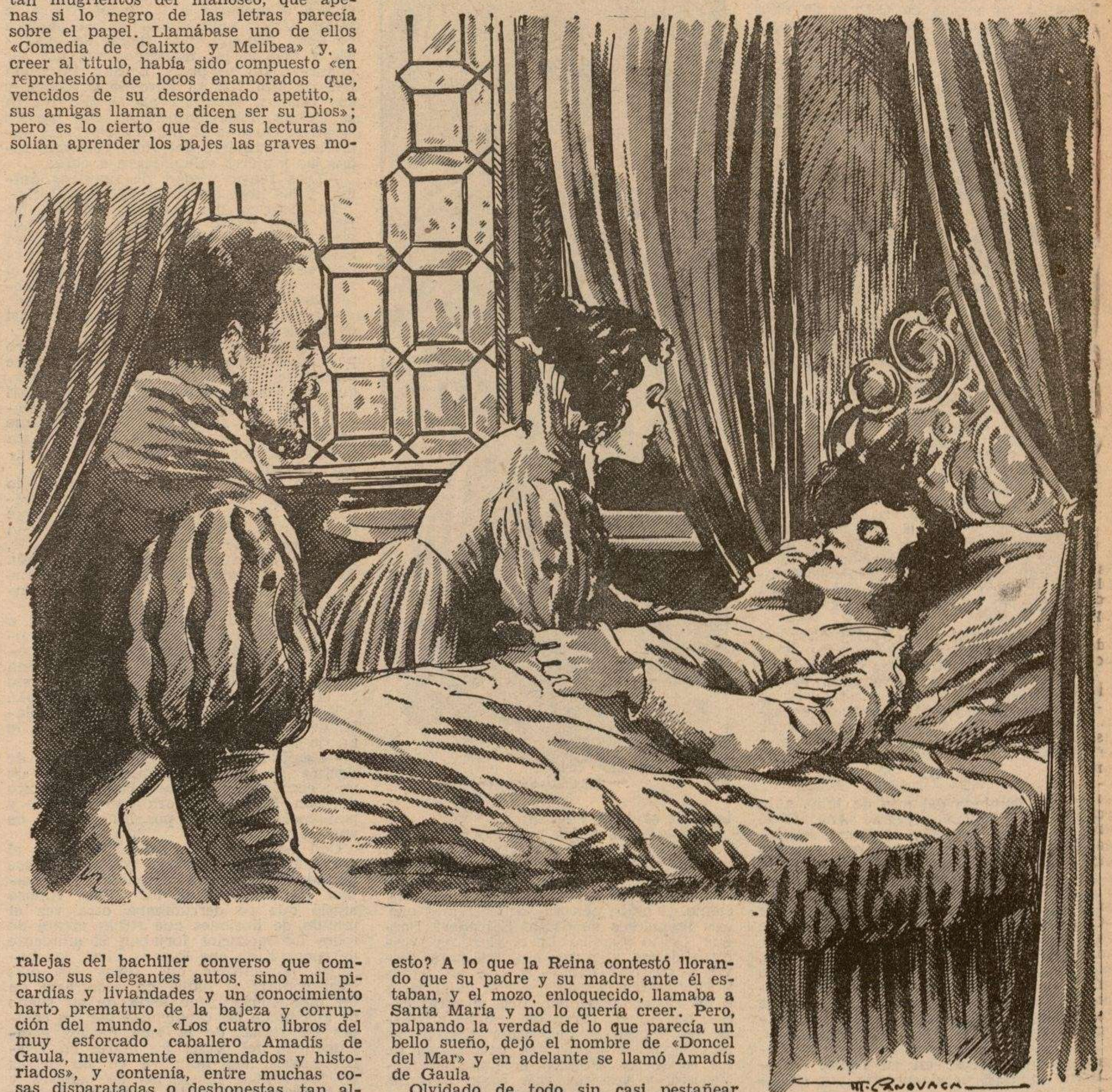
Allá los criados y escuderos jugaban a los dados sus soldadas, o pasaban las horas comentando las perfecciones de sus damas; algunos ensayaban a la vihuela canciones y romancillos; otros discurrían motes y divisas o nuevas invenciones de tarjas y cimeras para justas. Los pajes gustaban sobre todo de oír de labios de uno de ellos, que sabía bien leer, algún capítulo de los dos únicos tomos que formaban su librería; ambos desencuadernados y faltos de hojas, y tan mugrientos del manoseo, que apenas si el negro de las letras parecía sobre el papel. Llamábase uno de ellos «Comedia de Calixto y Melibea» y, a creer al título, había sido compuesto en reprehensión de locos enamorados que, vencidos de su desordenado apetito, a sus amigos llaman e dicen ser su Dios; pero es lo cierto que de sus lecturas no solían aprender los pajes las graves mo-

el fruto de sus amores; como una de las infantas hubiese perdido una sortija, jugando en el jardín, «el Doncel del Mar» la regaló su anillo para consolarla; recordó el Rey la alhaja, supo de la niña quién se la había dado y coincidió sospechas de la Reina y de aquel desconocido «Doncel del Mar». Y, para interrogarle, los Reyes entraron en la cámara donde dormía muy sosegadamente. No se haría de llorar la Reina, sin razón acusada y dijo: «¡Ay, señor, no le dejemos más dormir, que mi corazón se aqueja mucho!». Y llegóse a su paje y, tomándole por la mano, tiróle un poco contra sí, diciendo: «Amigo señor, acorredme en esta prieta e congoja en que estoy». Despertó el doncel sobresaltado, y los Reyes por ciertos indicios, reconocieron en él al hijo de su juventud. Enconce la Reina Elisena, toda rendida, cayó a sus pies, y el mozo le se prostró de hinojos ante ella, gritando: «¡Ay, Dios!». ¿Qué es

sabe estas rúas, sino que anda siempre afanosa por los barrancos buscando hierbas para sus brevajes en los que suele poner sangre de murciélagos y una de drago y tierra de sepultura. —¡Ah, necios! —continuó otro de ellos, ¿qué sabéis vosotros? Yo sí sé, que la vi un día tan honrada y reverenda que no había más que pedir: iba por el mercado, caballera en un asno y toda emplumada; detrás, por mozo de espuela, llevaba al verdugo, que a su tiempo la santiguaba gentilmente las espaldas con un acuchicho.

El bastardo de Ossorio había saltado de su asiento y se hizo atrás hasta llegar a apoyarse en el muro, menos livido que su rostro, tan mudado, que los pajes ya no osaban reír.

Tiempo hacía que el niño no se acordaba de su madre, pues el cambio de su vida y la novedad de cuanto veía habían alejado del tiempo de su niñez. Pero ahora su imagen triunfaba, seña-



ralejales del bachiller converso que compuso sus elegantes autos, sino mil picardías y liviandades y un conocimiento harto prematuro de la bajez y corrupción del mundo. «Los cuatro libros del muy esforzado caballero Amadis de Gaula, nuevamente emmendados e historiadados», y contenía, entre muchas cosas disparatadas o deshonestas, tan altas caballerías que, oyéndolas, se engrandaba en los corazones de los muchachos un anhelo infinito de gloria, una insaciable sed de hazañas maravillosas; y así se iban formando sus espíritus, apegados a los deleites sensuales de la vida y capaces, a la par, de todas las abnegaciones, de todas las austeridades y de todos los heroísmos. En ciertos períodos de la lectura era tanta la burla de los garzones que «Bravonel y Amigo», los viejos alanos del regidor, que dormían bajo la mesa, soñando acaso con el acoso de los venados, se despertaban en sobresalto.

Olvidado de todo sin casi pestañear de puro embecido, escuchaba Alonso la sabrosa lectura que le recordaba a lo vivo su propia historia. El también, como «el Doncel del Mar», había vivido algunos años sin conocer su origen; a él también se había de pronto revelado la nobleza de su sangre y la alteza de su condición; pero, más desdichado que el hijo de Elisena, no había conocido de su padre sino la sombra y el recuerdo, y aun eso a truco de perder a su madre para siempre. Desdichadamente para él, en la mente de otro de los oyentes había también resplandecido la misma analogía, y quiso aprovecharla para humillar al bastardo. Rodrigo de Viberos, sangre de conversos, cuyo odio a Alonso alimentaba, en lo recóndito de su cámara, su madre, la orgullosa doña Leonor Ossorio, interrumpió al lector para encararse con su primo, diciéndole:

—¿Dónde, Alonso, ¿dónde anda vuestra madre, que no la vemos acá? Holgaría saber de qué brocados viste, y qué pajes la sirven y qué escudero. Todos estos gentileshombres mueren por ver si su taller es tal como el nuestro nos lo demuestra.

Retozó la turba, alegrísima de aquella nueva ocasión de maltratar a la víctima acostumbrada; cada cual buscaba en la algazara de los otros el premio de su golpe. Alonso, sin comprender todavía, miró sorprendido a sus compañeros, con los ojos azules llenos de lágrimas. —La madre de Alonso —dijo uno no

ra y luminosa, sobre todas las otras; veía la con singular claridad, grande y bella, trabajando callada hasta rendir su cuerpo, para sustentar a los suyos.

Como Rodrigo de Viberos osara entonces rebullirse o reír, Alonso sintió que se encendía ante sus ojos como una lumbre cegadora; parecía que sus músculos adquirían una fuerza desusada, una maravillosa agilidad; sin casi saber cómo lo hacía, se encontró sobre el cuerpo derribado del que riera, y apretando con ambas manos su garganta, en tanto que los otros descargaban sobre sus espaldas y cabeza un granizo de puñadas, cuya violencia apenas sentía.

Al ruido de la riña ladraron, mal despiertos, los canes, y los escuderos dejaron sus dados y su conversación, pero no para separar a los contendientes, sino para animarlos con sus voces y embriavecerles más, como si se tratase de novillos enclenados o de moruecos.

Solamente Diego de Cañencia no pudo sufrir el mal trato que su protegido llevaba, y arrancóle por fuerza de las manos de sus verdugos, gritándole: «¡Vergüenza tendréis, hidalgos, y os pesará de haber reñido seis contra uno solo. La madre de Alonso quedé por buena, pues ha tenido su honra tal mantenedor que la defiende con su sangre.»

Y se llevó consigo a Alonso, rendido de fatiga, aturdido de los golpes, para lavar con vino sus arañazos y descabraduras.

Desde aquella noche los pajes del regidor miraron a Alonso de Ossorio muy de otra manera y le estimaron en más; pero el niño, de más simple natural que ellos, y que recordaba siempre las enseñanzas del honrado y cristianísimo Diego Sánchez, no podía hacerse a sus proclividades y desvergüenzas de simios, y cada vez con mayor gusto se refugiaba en los aposentos de doña Aldonza Velázquez, su señora, que eran en aquellos palacios como un remanso de silencio y de paz. Vivía en ellos su piadosa existencia la niña viuda, procurando llenar el gran vacío de su corazón con el recuerdo del muerto, y se dedicaba casi por entero a hacer bien por su ánima; veía la dama todos los días a su suegro, que para ella guardaba deferencias y regalos que sus sobrinas envidiaban; pero no solía visitar a las hidalgas de la casa ni de la ciudad, y huía de enredarse en sus comadres y en sus intrigas de serrallo. El tiempo que no empleaba en la iglesia, pasábalo en su cámara bordando con sus doncellas las armas de Ossorio en unos reposteros para la capilla donde yacía su marido. Al tiempo que metían y sacaban acompasadamente en la rica tela las agujas enhebradas en seda y oro, divertían su trabajo cantando algún romance de Blanca Flor o de Lindaraja, con una cadencia monótona, impregnada en languidez oriental. Doña Aldonza se daba a su bordado con aquel fervor que otras mujeres de su edad suelen poner en sus galas de novias o en las suaves lencerías de un envoltorio de niño.

En tanta devoción y austeridad, solamente la presencia de Alonso ponía un poco de alegría; bien ajena estaba doña Aldonza cuando tomó a su cargo al bastardo de su marido para cumplir con el cargo que la impusieron sus últimas palabras, que había luego de amarle como cosa propia, y aun cifrar en aquel infante, de tan honrada condición y de tan nobles pensamientos, la ilusión toda de su vida. Ella y sus criadas recreábanse en la gracia y en la viveza del muchacho, y se complacían en probarle conversando con él y preguntándole.

Por la primera vez, el mozo le gustó el que manos femeniles cuidasen de su tocado y atavío; por la primera vez tuvo en quien se enorgulleciera de sus victorias; una mañana en que la viuda se asomó a la galería del patio para verle hacer mal a un caballo, le hizo revolver con tan buena gracia, tan diestramente supo mandar, que Pedro González, a quien la gota tenía aquel día fecho y descontentadizo, sonrió satisfecho.

Y así iba creciendo en el pecho leal de Alonso Fernández Ossorio tan viva admiración hacia su señora, que no veía en ella sino gracia y virtudes, santidad en todas sus acciones, sabiduría en todas sus palabras; algo acabado y perfecto, superior a todas las criaturas de la tierra.

hablando fray Antonio dulcemente de las cosas de Dios, comenzó a fustigar los vicios de los que le escuchaban, con la muda independencia que solía; dirigiéndose entonces a los magníficos y honrados caballeros, a los parientes mayores, dueños de las casas-fuertes, guardianes de las puertas de la muralla, a los que gobernaban la ciudad desde los bancos del Ayuntamiento y se llamaban a sí mismos «la Ciudad», a los miembros de la Junta de los Linajes y de la Cofradía del señor San Andrés, patronos de conven-



como saetas encendidas, de que nunca ya pudieran desprenderse; y sintieron disgusto por lo que antes les placía, y no pudieron ya apartar del cielo sus pensamientos. En tanto que el fraile corría por otras ciudades y por otros pueblos predicando a las gentes, ellos luchaban y se angustiaban por acallar la voz Real que dentro de sí mismos les mandaba dejar todas las cosas de la tierra, tan gustosas, y todos sus amores, tan apacibles, para tomar la cruz y seguir las vías de Cristo Nuestro Señor.

Alonso de Ossorio no podía sosegar, rumiando las nuevas cosas que oyera de boca del frailecillo. Entrado en su casa, notó que le enfadaban más que nunca las livianas conversaciones de sus compañeros, y que no le divertía, como otras veces, el cuidar y acariciar a los potros, las aves y los pájaros de la armería le alegraba el ánimo; y aun escuchó muy distraidamente los consejos de Diego de Canencia, pues que trataban de cosas de tan poca monta como guarir un ave enferma, o preparar a los neblies para la muda. Anocheció entró en la cámara de doña Aldonza para tomar su anuencia a besarla las manos como, por ser domingo, no se podía bordar. La viuda leía en alta voz un libro de devoción, y sus criadas, sentadas en el suelo, oían la lectura, interrumpiéndola con hondos suspiros. Cuando la hidalga cerró las cubiertas de madera del viejo volumen, todas las mujeres salmodiaron a coro:

—Dios tenga piedad de nuestras ánimas y las libre del fuego del purgatorio. Le rogamos del muerto Brianda de Roa, cuyo rostro menudo y rugoso parecía, entre las blancas tocas, como un membrillo pasado de los que se guardan para aromar las lencerías, desde el rincón en que se había acurrucado, comenzó a planir.

—¿Qué tenéis, ama Brianda, que así os aconejáis?

—No lo sé sin causa, mi señora; lloro por aquel que a mis pechos crié; porque anoche le vi en sueños, con aquella cara, que era como una flor, alumbrada por el fuego del purgatorio, y los cabellos dorados, que yo acariciaba, y los ojos que solían mirar tan alegres, todo era un acua viva, por sus pecados. ¡Ay mi señor! ¡Ay mi señor!

En la mañana siguiente, alumbrada tan sólo por la luz temblorosa de un cirial, resonaban temerosamente los lamentos de la ancianita, que se velaba el rostro con las manos. Se agruparon las criadas, muertas de espanto, en torno de doña Aldonza, que sola se mantenía serena entre tanta turbación; ella fue la que rompió el silencio para decir:

—Las más hermosas noches me roba a mí el sueño el pensamiento de que Gonzalo Fernández esté penando por sus pecados; para mejor rezar por su ánima tengo pensado tomar otro año el velo en el monasterio de San Vicente el Real... Y reparando en su paje, que temblaba de miedo a los pies de su señora, le atrajo a sí diciendo:

—Venid acá, Alonso, que ahora he de deciros lo que pienso, que se haga de vos; conviene, hijo, que toméis el hábito de San Francisco, para con oración y penitencia satisfacer por los pecados de vuestro padre.

Con estas palabras señaló la dama el porvenir de su paje sin contar con sus pensamientos, como entonces se trataban los destinos de los niños. Alonso sintió que se turbaba, otra vez el mundo de ilusiones que en la mente de todos los mozos forjaban el ambiente de epeopea en que España vivía, las hazañas portentosas que todos los días oían contar; si había de encerrarse en un monasterio, ¿qué sería de su sueño de gloria: de las cabalgadas por los campos de Italia, de la vida de los campamentos, del correr los mares en veloces navios, del hundirse en las selvas de las Indias, heladas de peligros y de tesoros? Pero de los labios que habían señalado su destino no podían salir sino palabras saludables y verdaderas, y confortado con este pensamiento halló fuerzas el niño para decir humildemente:

—Sea como vos queráis, mi señora, que ello será lo mejor.

Era ya muy tarde, y Alonso dejó luego el cuarto de doña Aldonza, embañado el ánimo en nuevos pensamientos. En la sala de escuderos sintióse aturrido y deslumbrado por el ruido y la luz; temió que las chanzas y los juegos de los pajes profanasen algo muy grave que dentro del alma llevaba. Y así anheloso de encontrarse consigo mismo en soledad y en soledad, tomó, sin ser notado, la escalerilla de caracol que llevaba a las alturas de la torre; trepó a tientas los gastados peñaños de granito, hasta encontrarse en la terraza almenada que servía de corona a la casa fuerte de los Ossorio, bajo la inmensidad del cielo constelado. Allí Alonso, sentado en el adarve, a espantable altura sobre la calle que trepaba serpeando hasta la puerta de San Juan, sintióse muy a su sabor.

El cielo profundo y luminoso de las noches estivales en Castilla, el cielo tan bello y tan sereno que hace olvidar la bajeza del mundo y los pesares y negocios del vivir, brillaba aquella noche sosegado y clarísimo como un callado pregón de paz. Y se escuchaba aquella divina música de los cielos que embriaga el alma y la disgusta de las cosas del mundo. En su alto miradero, Alonso se sintió muy pequeño, y le pareció que

la torre de Ossorio, alcándara de gavi-lanes, era como un brazo, el brazo de su linaje, que le alzaba en alto para ofrecérselo en sacrificio a Dios.

Animado por la majestad y grandeza de lo que veía, se recogió en sí mismo y conoció más claramente al Señor, que da cantares en la noche y que siembra en el cielo las estrellas. Por primera vez sintió su alma el hambre de justicia y de amor, y recordando las palabras del franciscano, suspiró por aquel reino que el sombrío velo sembrado de diamantes ocultaba; por el Reino del Bien, donde todo es verdad, armonía y amor. Luego que hubo orado algún espacio, la paz de la noche se le entró en el alma y la llenó toda. Poco a poco parecía más suave su sacrificio, que ennoblecía y elevaba su vida. No por él dejaba de ser soldado, sino que lo sería de una milicia más alta; allá en las tierras nuevas, las espadas de los conquistadores dejaban enhiesto un reino más noble: el reino de las almas que a costa de su sangre ganaban para Cristo los misioneros.

Quando el bastardo de Gonzalo Fernández descendió de su adarve llevaba el alma llena de una inmensa energía, y liviano y alegre, con una alegría nueva, el corazón.

XII

Ninguno de los personajes de tan diversa condición, que conveían bajo el mismo techo con doña Aldonza y con el bastardo, les miraba con tanto interés que se pudiera enterar de los cambios que en la vida de ambos causaron sus nuevos pensamientos, y menos que nadie el regidor, su suegro y abuelo, a quien los nuevos sucesos de Castilla, la muerte del viejo Rey Fernando, la Regencia del Orzobispo de Toledo, gran sujetador de las ciudades, robaban la atención aquellos días.

Y así, doña Aldonza pudo el paz preparar para mudar de vida y preparar a Alonso para que entrase en un convento; como el muchacho no sabía más letras que las que convenían a un caballero, esto es, leer apenas y maltrazar su nombre, pensó la dama en que fuese aprendiendo alguna cosa de latinidad que le franquease el estudio de las Divinas Escrituras, y se acordó del arcediado de Cuellar, su tío, que era tan gran latino, para que le adoctinase; don Gil Velázquez, por amor a la sobrina, accedió de grado, y Alonso pasó desde entonces lo más de la tarde en la Canonía vieja.

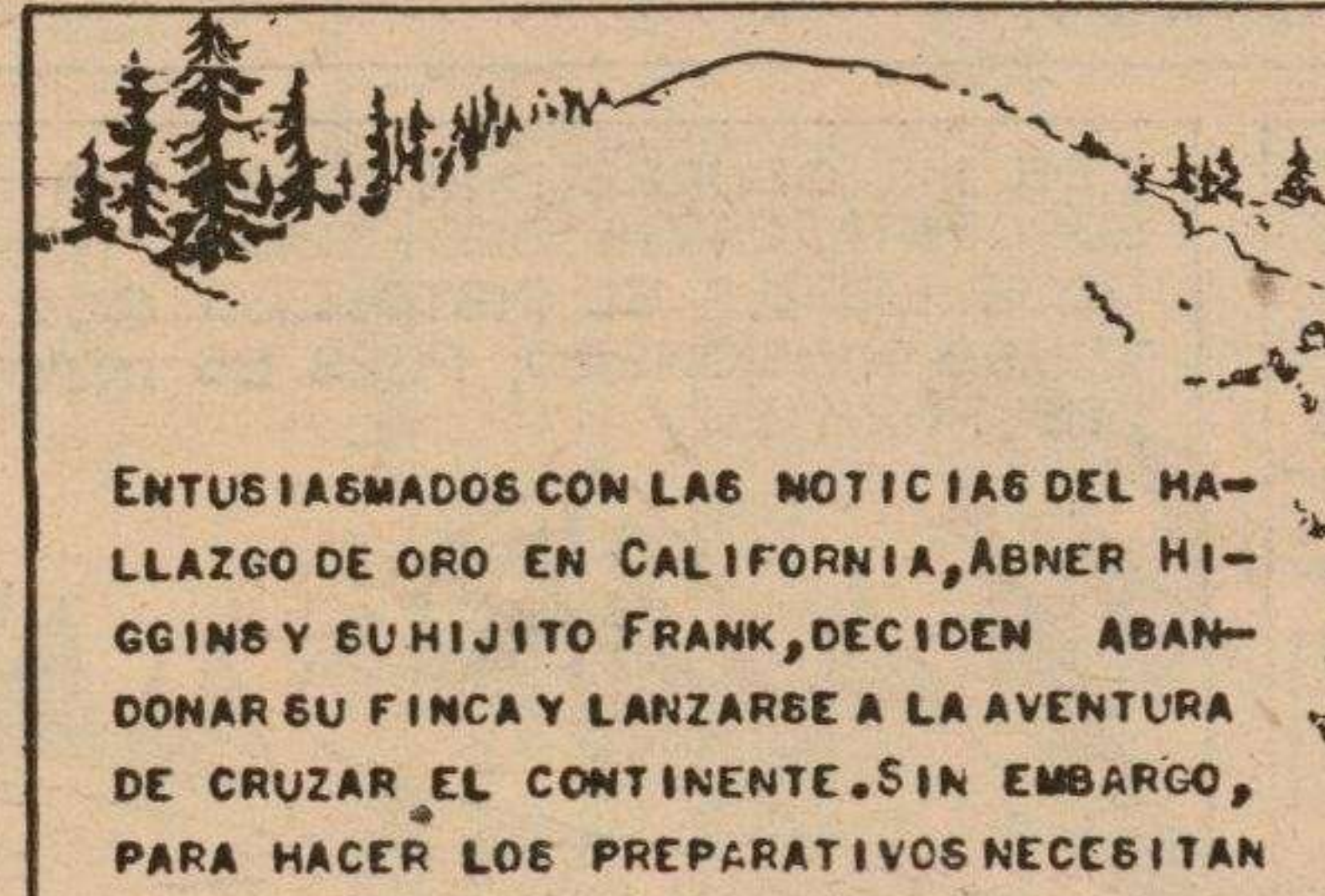
Para don Gil Velázquez pasaban ignoradas las revueltas y turbaciones de Castilla, ocupado como estaba en las de Roma, narradas elegantísimamente por Salustio, cuya prosa se ocupaba él entonces en verter al sonoro castellano; y tan afanoso andaba con su trabajo, que tomaban en su mente mayor relieve las conjuraciones de Catilina contra la república que las quejas de sus propios conciudadanos contra las milicias de Cisneros.

Comenzó Alonso su vida escolar una tarde del mes de julio. Cargado con los libros que le había proveído, tomó por los barrios libros y cuadernos de que doña Aldonza de San Quince y de San Esteban, hasta entrar en la estrecha callejuela de la Canonía vieja, adonde abrían sus arcos de medio punto las casitas de los prepados. Poco después de la reconquista los repobladores de la ciudad habían concedido aquel barrio a los canónigos, los cuales edificaron en él sus viviendas y oficinas y lo cercaron con un muro, cuyas puertas se cerraban todas las noches. Era un recinto tranquilo y señorial, cuyo silencio turbaba sólo el profundo son de las campanas de la catedral y el paso de las mulas de los canónigos que acudían a coro o bajaban a pasear a los sotos del río. La hierba crecía entre el empedrado, y los pámpanos de las vides asomaban tras de las tapias de los huertos.

Aquella tarde el sol caía de plano sobre la calleja y deslumbraban la vista las paredes; tendidas de cal, y las piedras doradas de los arcos. A medida que se acercaba a la casa de don Gil Velázquez, el bastardo de Ossorio iba retardando el paso, temeroso de ostentar su ignorancia en la imponente presencia del arcediado, a quien decían tan sabidor; pero al cabo hubo de llegar delante del herrado portón, ante el cual se detuvo un momento, antes de atreverse a romper con sus aldobañones el silencio claustral. Un mozo de mulas le abrió la puerta y le dijo que aún no era vuestro su señor de coro. Como conocía muy bien la casa, por haber estado en ella diversas veces con doña Aldonza, subió sin embarzo la escalera, y por antecámaras y corredores encalados, fué a dar al aposento donde el arcediado tenía sus libros, y penetró en él con ánimo de esperer allí a su dueño. Era una pieza pequeña, alumbrada por una ventana, que formaba como un aposentillo en el grosor del muro; a través de los vidrios empolmados se veían las espesas alamedas y las calvas laderas del Parral. Ocupaba en gran parte uno de los testeros una chimenea francesa adornada de grutescos, y cubrían las otras paredes estantes de madera en que se apilaban los libros, encuadernados en cuero o en pergamino; sobre arcaes, contadores y bufetillos había algunos trozos

Los Conquistadores

LOVRIEN GREGORY AND GLENN CHAFFIN



ENTUSIASMADOS CON LAS NOTICIAS DEL HALLAZGO DE ORO EN CALIFORNIA, ABNER HIGGINS Y SU HIJITO FRANK, DECIDEN ABANDONAR SU FINCA Y LANZARSE A LA AVENTURA DE CRUZAR EL CONTINENTE. SIN EMBARGO, PARA HACER LOS PREPARATIVOS NECESITAN DINERO, PUES SON SUMAMENTE POBRES COMO TODOS LOS HABITANTES DEL ESTADO DE MAINE, ESTADOS UNIDOS, EN EL AÑO 1849, ÉPOCA DE NUESTRA HISTORIA.



"LO SIENTO MUCHO, HIJO, PERO PARA IR A CALIFORNIA SE NECESITA UNA GRAN CANTIDAD DE DINERO, Y YO APENAS TENGO LO SUFICIENTE PARA VIVIR!" —LE DIJO EL PADRE AL NIÑO FRANK, QUE QUERÍA MARCHARSE.



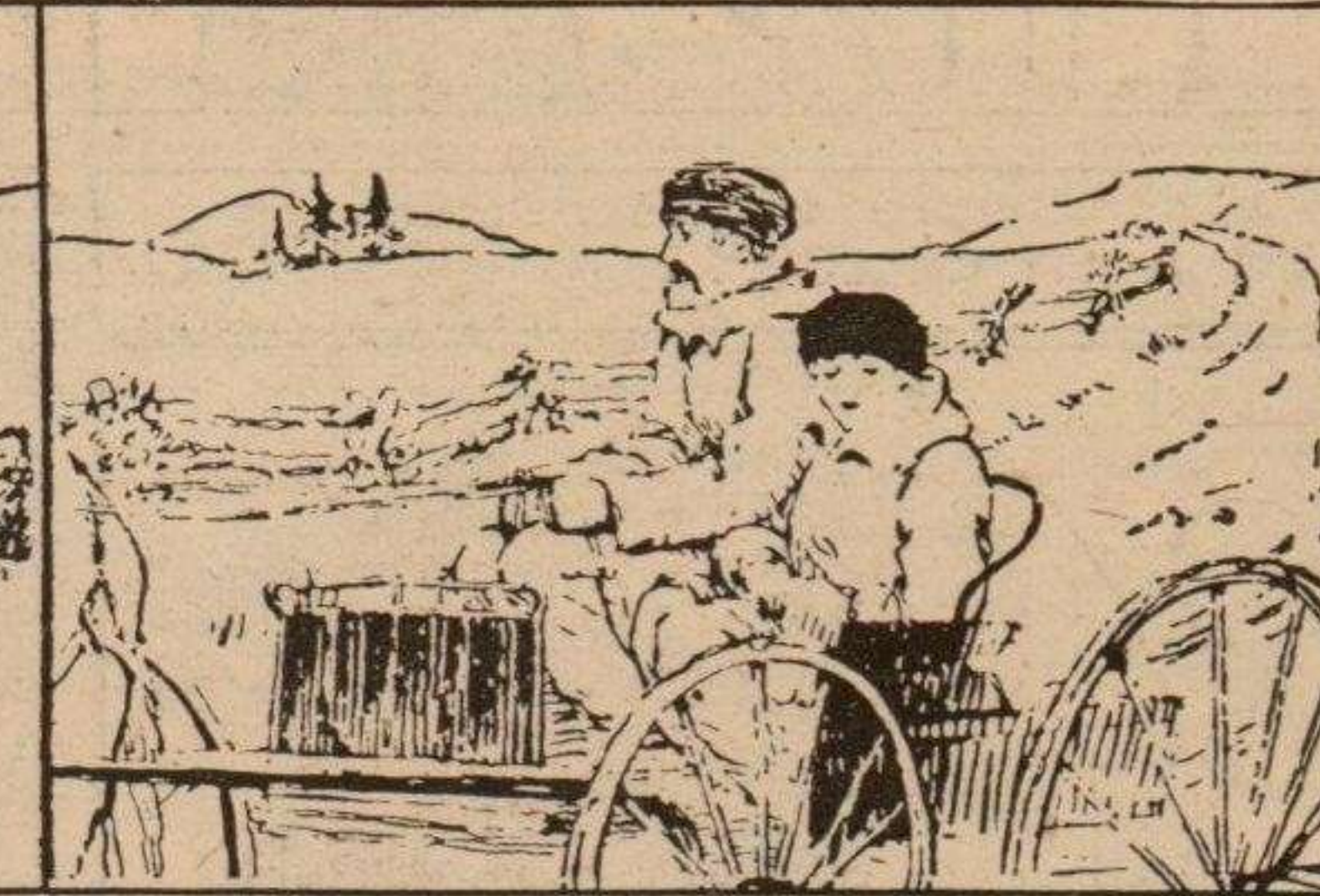
"PAPA,—RESPONDIÓ EL CHICO CON ANSIEDAD—PODEMOS VENDER LA CASA Y LA FINCA Y LO QUE TENEMOS PARA REUNIR FONDOS, ADEMÁS, LE DICTE TU PALABRA A HANK SLOCUM Y NO ESTÁBIEN QUE NO SE LA CUMPLAS".



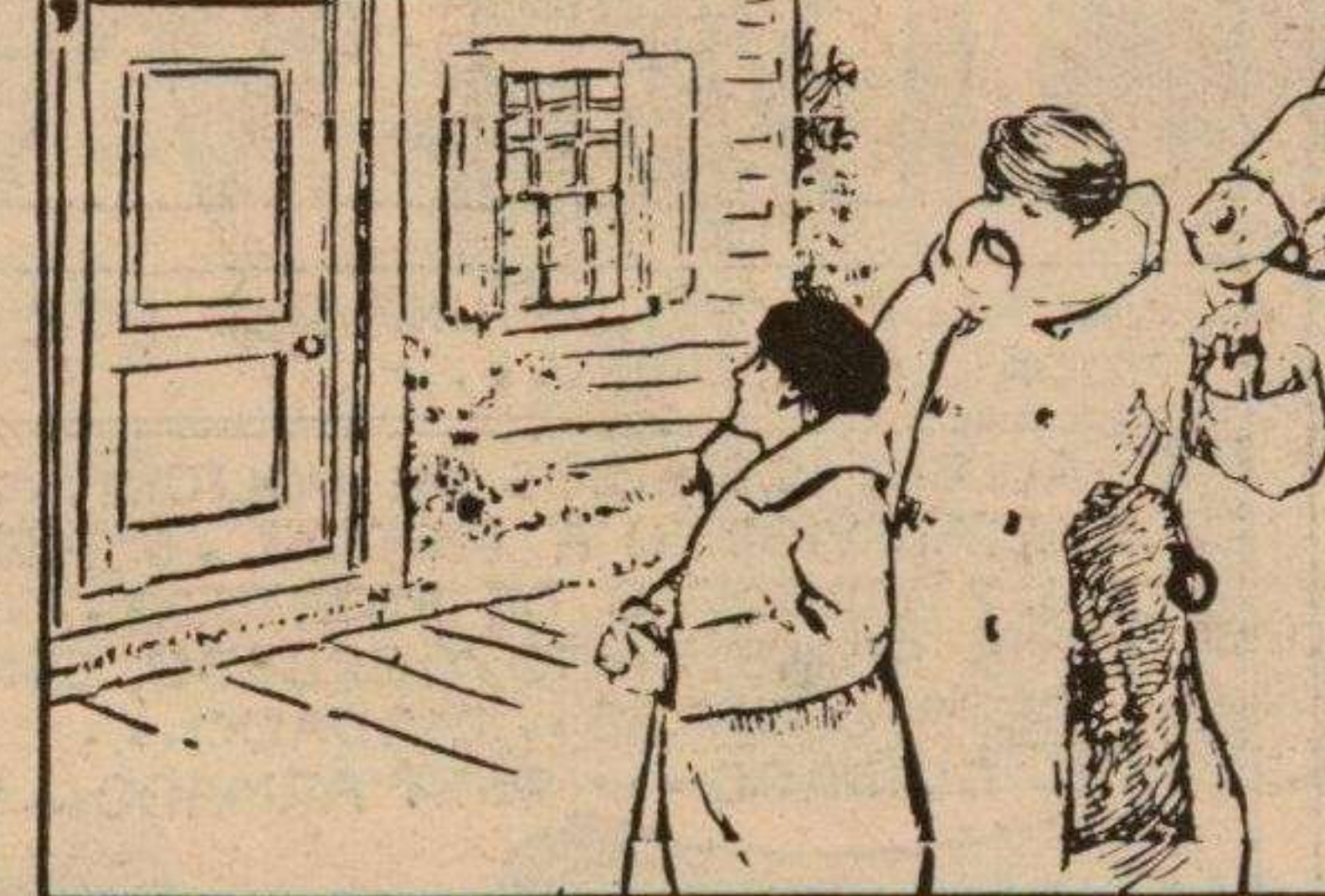
"NO QUIERERA VENDER ESTA PROPIEDAD, HIJO, —LE DECÍA ABNER— PORQUE PERTENECIÓ A MI ABUELO Y DESPUÉS A MI PAPÁ." "PERO ESO NO IMPORTA, —RESPONDIÓ EL HIJO— Y ALA COMPRAREMOS DE NUEVO CON EL ORO QUE ENCONTREMOS".



LAS PALABRAS DEL MUCHACHO Y LA MAGIA DEL METAL PRECIOSO QUE ATRAJA POR MILES A LOS HOMBRES, HICIERON QUE ABNER HIGGINS FUERA A VER A UN TAL ALDEN PARA PROPONERLE NEGOCIO DE VENTA.



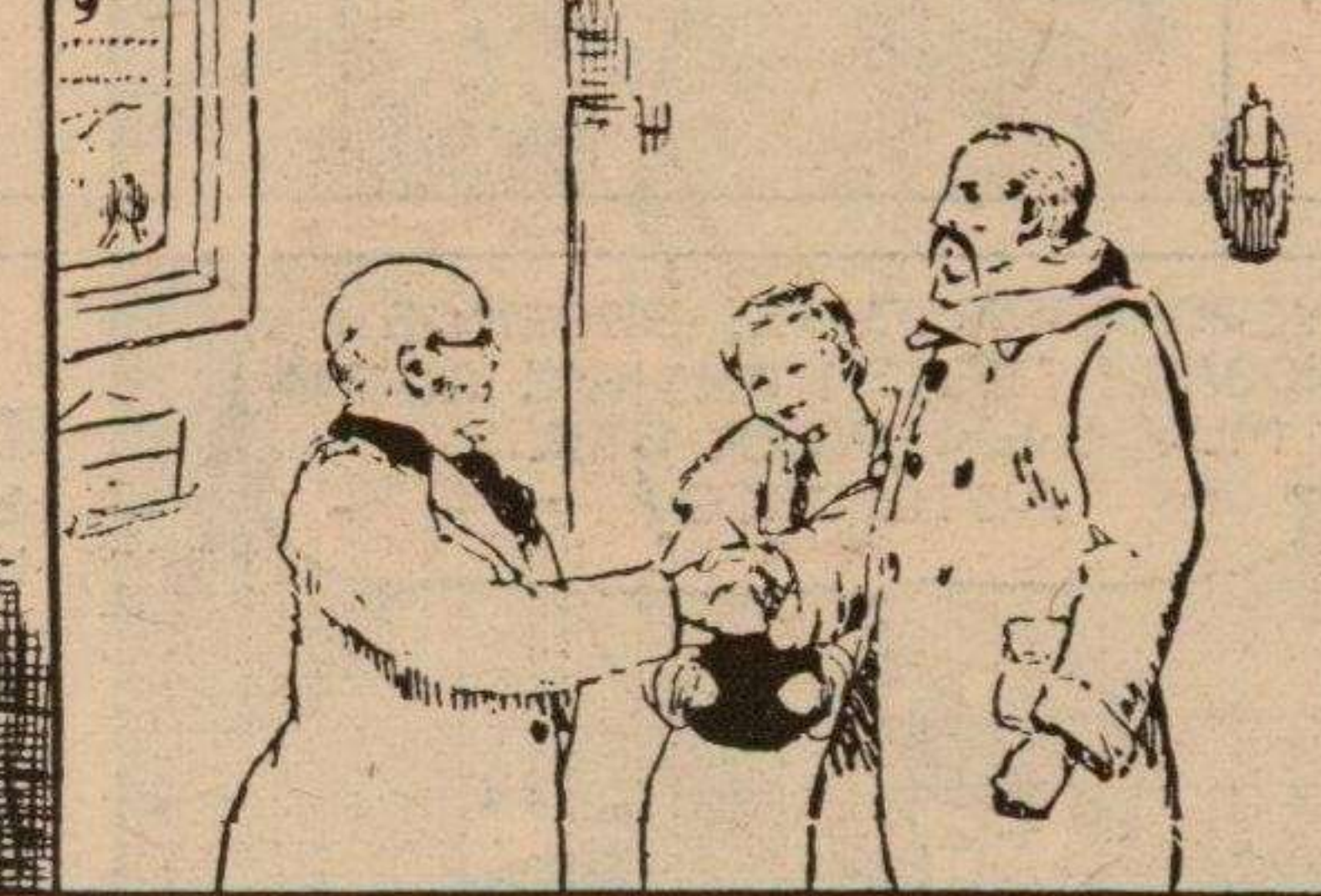
MIENTRAS IBAN DE CAMINO EN SU CARRETA, HIGGINS SE SENTÍA MUY APESADUMBRADO CON SÓLO PENSAR QUE PRONTO SE MARCHARÍA DE AQUELLOS LUGARES QUE TANTO QUERÍA, PARA NO VOLVER A VULGOS JAMÁS PROBABLEMENTE.



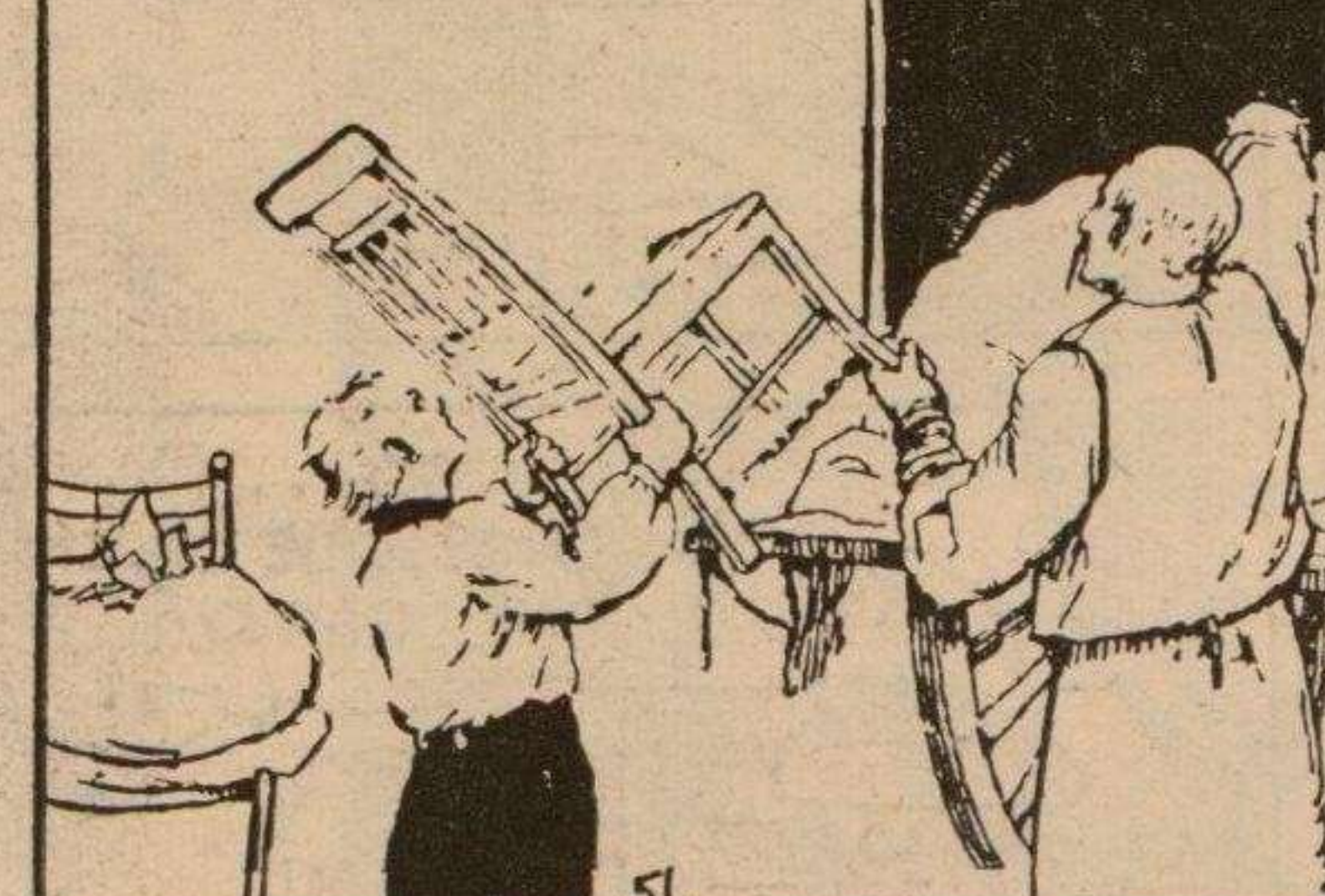
ABNER SABÍA PERFECTAMENTE BIEN QUE SI ALDEN NO LE PODÍA COMPRAR SU PROPIEDAD, LE BUSCARÍA COMPRADOR, Y SI NO LO GRABAR CERRAR EL NEGOCIO CON ÉL ERA INÚTIL INTENTARLO CON NINGUNA OTRA PERSONA DE LA COMARCA.



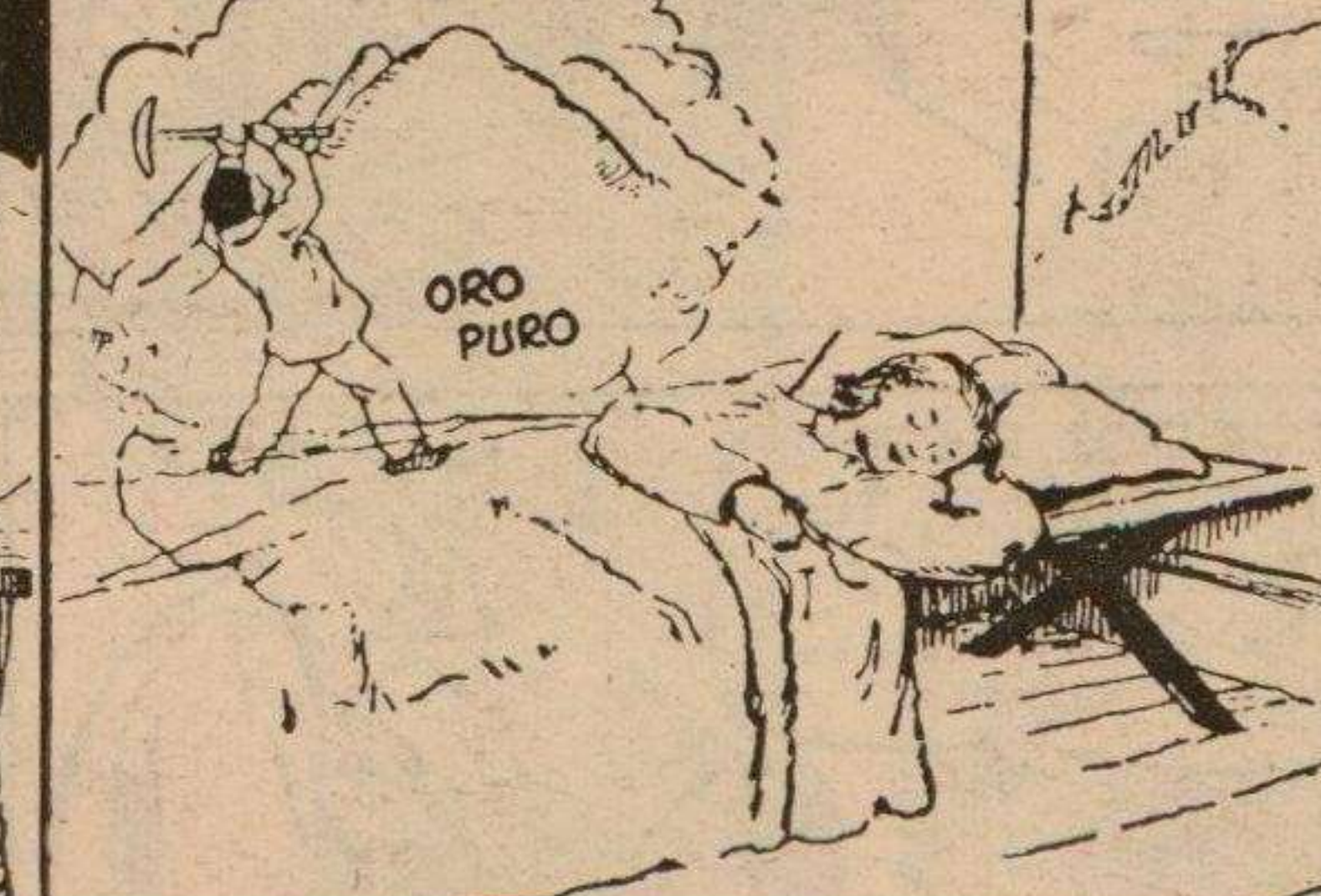
SEÑOR ALDEN —LE DIJO—HEMOS RESUELTO VENDER NUESTRA PROPIEDAD PARA MARCHARNOS CON LA PARTIDA DE SLOCUM A CALIFORNIA. ALDEN PERMANECIÓ EN SILENCIO, COMO SI ESTUVIERA PENSANDO SERIAMENTE.



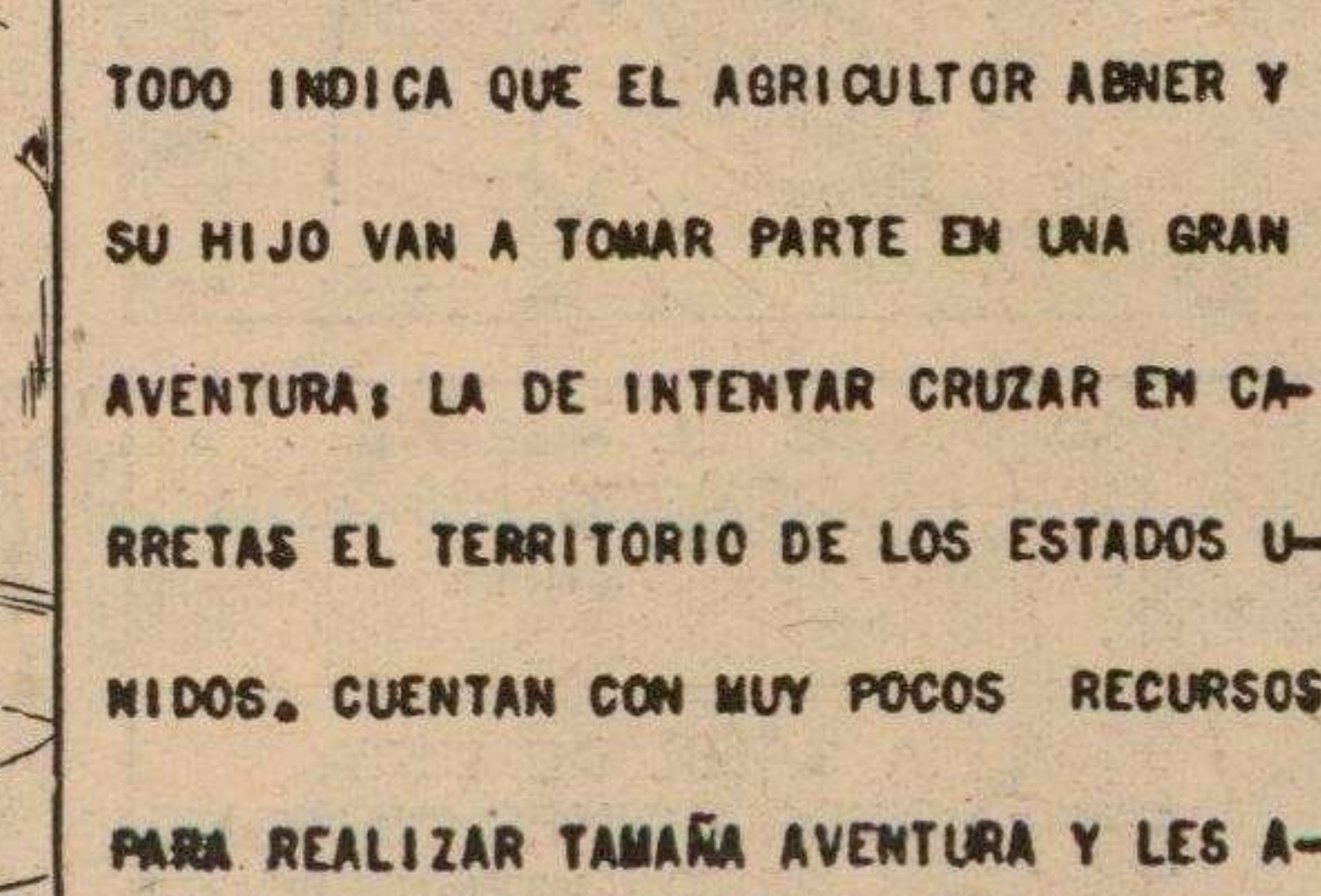
"ME TEMO MUCHO QUE LA CASA NO PUEDA VENDERSE, PERO ME HARÉ CARGO DE LOS MUEBLES Y EL GANADO QUE TENGA, PUEDE TRAERLOS INMEDIATAMENTE." ASÍ LE HABLÓ ALDEN, Y HIGGINS LE DIÓ LAS GRACIAS POR SU COOPERACIÓN.



TODOS INDICA QUE EL AGRICULTOR ABNER Y SU HIJO VAN A TOMAR PARTE EN UNA GRAN AVENTURA; LA DE INTENTAR CRUZAR EN CARRETAS EL TERRITORIO DE LOS ESTADOS UNIDOS. CUENTAN CON MUY POCOS RECURSOS PARA REALIZAR TAMAÑA AVENTURA Y LES AGUARDA LA OPOSICIÓN TENAZ DE LAS TRIBUS INDIAS EN SU LARGO RECORRIDO. (CONTINUARÁ)



CUANDO TODO ESTUVO LISTO PARA PONERSE EN MARCHA LOS AVENTUREROS, FRANK SE ACOSTÓ A DORMIR LA ÚLTIMA NOCHE EN SU CASA Y BOMBÓ QUE VIVÍA EN UN MUNDO DE ORO Y QUE EL ORO DE SU PADRE ERAN RICOS.



Editors Press Service, Inc. 880 B. 42nd St., New York

XI

En un domingo del mes de julio, a la salida de misa mayor, fray Antonio el mozo, que venía de Madrigal, se detuvo a predicar en el atrio de la parroquia de los Linajes. Dorábanse con el naciente las piedras labradas, llenas del sol de añoño; deslumbraban la vista las paredes de la iglesia, dadas de cal y de almagre, destacando sobre el cielo, de un violento azul.

El fraile estaba de pie, sobre el plinto, bajo una de las arcadas, y parecía con sus gruesas facciones, con su talle vigoroso, envuelto en los rígidos pliegues de la estemeña franciscana, una de las imágenes que, en madera mal desbastada, labraron los más rudos de entre los antiguos imagineros; en su frente estrecha y abultada, casi cubierta por el caballo negro y rizado; en el firme dibujo de su boca, en sus magníficos ojos negros, en todo su rostro, curtido por el aire y el sol de los caminos, leíase pasión y tenacidad.

Cuando comenzó a hablar, poniendo en su voz suaves inflexiones, no le escuchaban sino dos o tres pajes de los Contreras, pues los feligreses estaban harto ocupados en discutir los asuntos de la parroquia; pero poco a poco fueron todos abandonando su senado para atender a la palabra divina; hasta las dueñas que salían de misa escuchaban, recatándose en la sombra del coro, los pajes trepaban para mejor verlo y oírlo todo, por los fustes de las columnas; dos escuderos mozos, que de vuelta de caza penetraban en la ciudad para ver a sus amigos, se arrimaron al pórtico y sin descabalar de sus jacas ni soltar del puño los halcones, escucharon por algún tiempo.

Todos conocían al fraile andariego, que había estado en la ciudad diversas veces, siempre de paso; algunos comentaban que era hijo de un arriero moro del Burgo y que, andando de niño con su padre al trato de lasucas, sufrió un robo en los montes de Toledo, un asalto de ladrones, de que el viejo quedó muerto y el niño desamparado, hasta que los frailes de la Salceda le tomaron para criarle y educarle. Y allí aprendió a ser tan amorador de Cristo que dedicó su vida a predicar su doctrina por las encrucijadas de los caminos y por las rúas y plazas de las ciudades.

Después que por algún tiempo hubo

AGUILA AZUL

Por *Willis Rensie*

MORGAN RECOBRA EL CONOCIMIENTO EN EL INSTANTE EN QUE AGUILA AZUL TIENE CASI VENCIDO A MANO MANCA, E INTERVIENE EN LA CONTIENDA.



AVANZA SOBRE AGUILA AZUL, ARMADO DE UN PUÑAL...

¡AH, TE LLEGAN REFUERZOS!

¡MORGAN, CLÁVALE EL PUÑAL POR LA ESPALDA! ¡ESTÁS LISTO, AGUILA AZUL!



VELOZ COMO EL RELÁMPAGO, AGUILA AZUL SE APODERA DE UN SABLE....



AHORA LA LUCHA SERÁ SIN VENTAJAS PARA USTEDS, MANO MANCA...



¡RÍNDETE, AGUILA AZUL! ¡SOMOS DOS CONTRA UNO!

¡ATÁCALO CON TU ESPADA, MIENTRAS YO LO ATACO POR LA ESPALDA! ¡SIEMPRE LO VENCEREMOS!

CONVENCIDO DE LA SUPERIORIDAD DE AGUILA AZUL, MORGAN SE ACERCA A LA VENTANA CON EL PUÑAL PREPARADO....



MANO MANCA SE ABALANZA SOBRE AGUILA AZUL, QUE EVADE EL ASALTO CON SU ARMA....

¡BAH, NO SABES ESGRIMA, MANO MANCA! ¡ME ASOMBRA QUE SEAS TAN POCO ÁGIL CON EL SABLE!



¡MANO MANCA APENAS TE PUEDES DEFENDER. TÚ ASÍ ES QUE DUDO QUE PUEDES PROTEGERME! ¡PERO AQUÍ VA ESE RECUERDO PARA AGUILA AZUL!

51. Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

de mármoles antiguos, cabezas y torsos de dioses y de cesáres, y algunos vasos pintados, tesoros que don Gil traujo de Italia cuando en su mocedad frecuentó, con el obispo don Juan Arias, la corte de los Borgia. Alonso conocía todas estas cosas, pero notaba ahora en ellas un orden nuevo, algo indescribible que hacía la estancia del erudito más armoniosa y bella: los libros y las estatuas estaban dispuestos con cierta simetría, y en los vasos antiguos había ramos de rosas y mostraban los jazmines sus estrellas fragantes; la soletería bien regada, destacaba el rojo vivo de los ladrillos bajo la fresca blancura de los muros recién encalados.

Como oyese ruidos de risas y de conversación en la pieza vecina, que era una galería de madera que miraba al río, el curioso mozo se asomó a la puerta entornada y pudo ver a la autora de aquellos milagros: sentada en una sillaca, la cabeza inclinada sobre su labor de deshilado, una niña vestida de luto trabajaba junto a una dueña; no era muy linda, pero en la mirada de sus ojos verdes y en la graciosa curva de su cuello tenía la gracia de las Virgenes que sonríen en los retablos antiguos. Mirándola recordó Alonso lo que oyera pocos días antes en la sala de estudios: que el arcediano había recogido una sobrina, a quien llamaban doña Beatriz, desaparecida desde la muerte de su padre, en tanto que disponía su ajuar y docte para que entrase en el monasterio de San Vicente el Real. Penetró en su cámara don Gil Velázquez, interrumpiendo la contemplación del muchacho, que ya no se acordaba de la lección. Conservábase aún joven de aspecto el prebendado, a pesar de su obesidad, de su faz demasiado encendida, casi amoratada y de la torpeza de sus movimientos. Sólo cuando su mirada distraída de erudito, se posó en el centro de la estancia, recordó la demanda de su sobrina, a la que le obligara a acceder su fácil bondad. Espantóle la tarea de meter la sabia máquina de la lengua latina en aquella liviana cabeza, en la cual la estrecha frente que aparecía entre la cabellera desordenada, la inquieta mirada de los ojos azules no presagiaban notable inteligencia ni grande aplicación. Pero el buen arcediano procuró disimular su gesto de mal humor y aún confortar el ánimo de su discípulo con su afable saludo:

—Hoja, señor latino. ¡Venid acá, y veamos si habré de hacer de vos un nuevo Tulio! Para que no os avergüence doña Beatriz, mi sobrina, que sabe declinar mejor que un colegial de San Bartolomé. Y comenzaron para el manco terribles y largas horas, colmadas de nuevas torturas: la fatiga de su imaginación, obligada a encadenarse a la sequedad de los preceptos de Antonio de Nebrija; el esfuerzo del premioso entendimiento para conocer cosas muy por encima de sus alcances; la humillación del orgullo al contemplar en el rostro del enojo y hastío que le causaba su torpeza. ¡Cuántas veces recordó con deleite sus tiempos de aprendiz de pelaire, y aún las rudas maneras con que Pedro Gonsalvo le adiestraba en las artes de caballero! Toda su buena voluntad, todo su empeño en complacer a doña Aldonza, no eran bastantes para hacerle salvar la distancia que mediaba entre su entendimiento y la ciencia que el erudito no sabía poner a su alcance. Cuando, después de una eternidad dolorosa, pisó Alonso los cantos de la rúa, oyó detrás de unas celosías risas mal contenidas y cuchicheos. Recordó entonces a la niña del deshilado, testigo de su ineptitud, y apretó a correr calle arriba, del todo desesperado, huyendo de las burlas que imaginaba en los graciosos labios de doña Beatriz de Cuellar.

Toda aquella noche le duró la corajina y apenas si pudo conciliar el sueño repasando en las mentes la afrenta de la vispera; y se propuso atender con tanto cuidado a las palabras de don Gil, que no pudiese menos de obtener algún triunfo que le realizase ante los ojos de la damita. Casi con gusto emprendió la siguiente tarde el camino de las Canonjías, y lleno de impaciencia entró en la cámara del arcediano. Le esperaba este sentado en su silla de roble y cuero, muy embebido en una lectura; en tanto que se determinaba a apartar el entendimiento de las gustosas páginas, Alonso miró a la galería, donde doña Beatriz seguía afanada con su deshilado; alzó los ojos la risueña doncella y miró con cierta simpatía compasiva al torpe colegial con cuyas angustias la vispera se solazara. Aquella mirada esforzó de tal manera al estudiante, que pareció como que el entendimiento se le desentumecía y la memoria se le despertaba; tanto, que pudo al cabo, sin tropiezo, seguir la docta exposición del arcediano, en el sonriente contemplado de su triunfo didáctico, bien ajeno de que en él tenían más parte que su saber, los ojos verdes de aquella niña callada y tranquila a la que, por caridad había recogido y que ocupaba en su espíritu mucho menor lugar que la liviana sempronía o cualquiera otra de

las mujeres de Roma, cuyo retrato antiguo, de vez en cuando la narración sustituiría.

Por todo aquel esto siguió el bastardo acudiendo a la cámara de don Gil Velázquez. Le era el trabajo cada vez más apacible, en tanto que el prebendado se encariñaba con su discípulo, cuyo ingenio se pulía con el esmeril de sus lecciones; gustaba ya de conversar con Alonso y de explicarle, remozándolas, fábulas viejimas del mundo pagano, que estaban figuradas en sus rasos, en sus estatuas y en sus medallas, que abrían a su imaginación horizontes inacabables y la preparaban para gustar la gracia de la preparación para gustar la gracia de los versos de Horacio o de Virgilio. Si alguna vez Alonso lograba entrever el rostro de doña Beatriz, andaba aquel día más alegre y sentía el corazón más liviano y más dispuesto para altas y generosas empresas. Y muchas veces pudo lograr su gusto, porque el arcediano llamaba con frecuencia a su sobrina por el placer de oírle traducir y explicar un pasaje difícil. Ella dejaba la labor, no sin enojo, paraba mientes por un momento en el libro, salido de los tórculos de Aldo Manucio, y exponía el sentido del párrafo, tan sencilla y claramente, como si se tratase de un bordado o de una receta de confitura. Otras tardes acudía la moza para oír leer y comentar a su tío algunos versos de la Eneida y, en la mente de ambos oyentes, el capitán troyan y sus navios se confundían con las gentes naves de España, que, por aquellos días, hacían teatro de sus gestas las tierras nuevas y los mares desconocidos.

Una tarde de agosto, en que Alonso esperaba al arcediano asomado al alfeizar de la ventana, vino a las mientes un nuevo pensamiento. Todos los pajes del viejo regidor: Hernando Villafañe, el estudiante, Rodrigo de Viveros, Pedro de Velicia, Gonzalo Arias, tenían ya sus damas a quienes servir y gustaban, sobre todo, de ponderar su hermosura y de contarse unos a otros los sucesos de sus amores, que eran como juegos de niños. ¿Por qué no había de ofrecerse él por caballero de aquella doncellita tan dulce y honesta, cuyos ojos de agua marina no se le borraban ya de la memoria? Extinguida casi en su alma infantil la emoción de unas pocas horas, Alonso sentía ahora más deseos de ser soldado que de entrarse fraile en un monasterio. No tardó, sin embargo, en rehacerse



ni en desechar aquellas imaginaciones, luchando contra ellas en su mente como contra una tentación de Satanás. Aparecióle entonces la imagen de doña Aldonza, tan espiritual como si fuese la figura de la misma santidad, marcándole el sendero de su vida. Todos los días, con el más continuo trato, se iba acreciendo el amor del muchacho hacia la viuda que hacía para él las veces de madre; amor acendrado y purísimo, mezclado de un inmenso respeto. Y en aras de este afecto volvió a sacrificar el muchacho su propio corazón. Pero esta vez el sacrificio fué tan doloroso, que no se le volvió a ver reír, ni jugar en mucho tiempo.

XIII

Ana Galinda, señor, ha bajado a la ciudad a la querencia del hijo; como una loba anda rodando la casa para verle al entrar o al salir. Rodrigo Fernández estaba en su panera viendo medir el mar de rubio grano que sus renteros vertían en las cárcelas, una dorada tarde de septiembre, cuando Diego de Canencia le dijo estas palabras: Venía de la plaza, bañada de sol, el ruido de las carretas que la llenaban toda, y el son agreste de las es-

quillonos de los buyes; y la penumbra del granero, haciendo crujiar las tablas del piso, pasaban las recias figuras de los labriegos de Garcillán y San Miguel de Mayo, curvados como atlantes bajo el peso de los henchidos sacos. En un rincón Pedro Gosalvo, el viejo, recibía las rentas, pasaba el rasero por las medias y murmuraba sobre el peso y calidad del trigo. Alzó la vista el regidor del librillo en que hacía los asientos y miró sorprendido al mozo.

—¿Es cierto, Diego, lo que dices? Si es verdad, gran pena merece esa mujer, porque fallaría a lo que me juró cuando le di los prados y el molino y me traje a mi nieto.

—Tan verdad es señor, como la luz que nos alumbraba. La vío Brianda de Roa al ir a misa de alba, y dos mozos de cuadra también la han visto a la puerta de

nencia, vío que una mujer, sentada en el pretel del puente, contemplaba el tumultuoso paso de las aguas entre los cañizales; la vista penetrante del halconero conoció al punto a aquella figura alta y garbosa, vestida de negro, y le palpito violentamente el corazón: allá estaba Ana Galinda que robó un día los pensamientos de Gonzalo Fernández, y doña Aldonza había de pasar, con el bastardo hijo de aquellos amores, por delante de ella. ¿Sería osada la villana a hablar a la hidalga o a querer tomar a su hijo? Bien se podía esperar de la garrida moza, tan briosa y altanera, y por eso Diego procuró cambiar de camino, para evitar el temido paso de la puente.

—Pienso que vamos mal por donde vamos, mi señora; demos la vuelta por San Lorenzo, porque a estas horas bajan los caballeros a correr sus caballos

San Pablo, y me lo vinieron a decir. Me creo yo que haya tornado ya para su molino, porque desde mediodía corrió la plaza y las callejas sin poderla ver ni saber de ella.

—Si no mirara que es la madre de mi nieto—dijo el anciano como para sí—, la haría prender por la justicia; habré de ir pensando cómo alejarla más de la ciudad.

Volvió a sus cuentas el caballero, y Diego de Canencia salió a la cuadra para enjaezar la mula de doña Aldonza, que quería ir aquella tarde a visitar a las dueñas de San Vicente el Real. Caía ya el sol salió la dama por las galerías con Alonso y una doncella; las mujeres, envueltas en blancas almalafas, que no dejaban ver sino los ojos, montaron en las mulas que esperaban en el portalón, y con Diego y Alonso a los estribos, tomaron el polvoriento camino que baja al monasterio por la puerta de San Cebrían. La tarde era dulcísima y tranquila, un poco melancólica, como suelen ser en Castilla las postreras de verano; el verde sombrío de los álamos comenzaba a tomar tonos más ricos y tenía el cielo una maravillosa serenidad.

Al tomar la baja del río, Diego de Ca-

por los sotos del río, y nunca faltarán decires de la gente si nos ven.

—¿Estáis loco, Diego?—respondió la dama sin parar la mula—. ¿Hemos de volver ahora, tan cerca del monasterio? Muy leve es la causa para que delio se murmure y muy altos somos para que nos llegue la murmuración.

Estaban ya muy cerca de la puente; el halconero detuvo la mula, tomándola por las riendas, y dijo a la viuda estas palabras, de modo que sólo de ella pudiera ser oído:

—No habremos de pasar de aquí que aquella mujer que está en la puente es Ana Galinda, la madre de Alonso, y me creo que querrá ver al hijo o hablar con vuestra merced. Detuvo la hidalga su cabalgadura y calló, de turbada, unos momentos; estaba muy pálida, y sus ojos negros, tan dulces y tranquilos tomaron una nueva expresión de dureza y de altivez. Desdeñosamente dijo al escudero:

—Os engañáis, Diego, si creéis que he de mudar de camino por una mujer de tan baja suerte. Nunca será osada la molinera de querer hablarme.

Y al hostigar a la mula, irguióse sobre el sillón de terciopelo con un ademán tan

noble, con tanto decoro y majestad, que parecía revivir en ella todo el señorío de la raza infanzona.

Ya en esto, Ana Galinda había visto a los que venían y esperaba de pie en medio del camino; cuando la dama llegó a ella, derrumbóse en tierra gritando: —Señora buena, que dime si una palabra, por Cristo Nuestro Redentor.

Apenas la miró doña Aldonza, encastillada en su honestidad y en su hidalguía, y desafiadamente dijo a la barriagana, de Gonzalo Fernández: —Si queréis limosna, mujer, mi escudero os llevará a vuestra morada con que comáis.

Entonces la molinera se irguió con toda la arrogancia de su condición, ardiendo en ira al sentir así pisoteado su orgullo plebeyo.

—Guardaos vuestros dineros, señora, que no los he menester; yo no pido sino al hijo que me llevarán con mentira y traición.

—El hijo que decís—replicó la hidalga—me lo encomendó al morir su padre, y no se partirá de mi lado, donde se crió conforme a su condición de caballero.

—Dejad, a lo menos, que le pueda ver y abrazar a las veces; si tenéis cristiandad, hagáis que no me arrojen los escuderos de vuestras puertas.

Vió en esto a Alonso, pálido como un muerto, e intentó llegar hasta él. —Hijo mío, que crea la luz de mi vida. En el alma me pesan ahora las haciendas que me dieron cuando dejé que te llevaran. Vente con tu madre, que sin ti no puede vivir.

A un lado de la puente permanecía el bastardo en el tropel de los hidalgos. Frente, Ana Galinda, sola y erguida, tendía hacia él los brazos y le miraba con ojos en que brillaba una luz como de locura. Bajó los suyos el paje, medio muerto de pena y de compasión; veníansele de golpe a la memoria las apasionadas caricias de su madre en aquellos días en que llevaba en el arrabal una vida harto miserable, pero libre y gustosa; acuciábanle fortísimos impulsos de arrojarle en los recios brazos de aquella mujer a quien veía tan humillada y despreciada de todos, de dejar por ella la fastuosidad de su nombre y de su nueva condición, el orgulloso decoro de la casa de su abuelo para reanudar a su lado la vida de anafán, para luchar como los pecheros, no ya por la gloria del linaje, sino por el pan de cada día. Doña Aldonza, desde la altura de su hacanea, puso la mano enguantada sobre su cabeza y dijo tranquilamente:

—Alonso de Ossorio no tiene otra madre que yo, pues para encomendármela fueron las últimas palabras de Gonzalo Fernández, mi señor.

Dejóse ganar entonces el muchacho por la dulce voz de la que veneraba sobre todas las cosas de la tierra. Y entre las dos mujeres que se encontraban frente a frente se puso al lado de la hidalga, abandonando por ella a la que le había dado el ser. Doña Aldonza, sin querer ya más escuchar a la que le rindiera el albedrío de Gonzalo Fernández Ossorio, dio la señal de continuar el camino, y Alonso, de la mano de Diego, el escudero, pasó, con los ojos bajos y el rostro encendido como un ascua, por delante de Ana Galinda.

bre; todavía en las altivas ciudades que eran cabeza de Concejo o de Comunidad no se había perdido la memoria del tiempo pasado, y los caballeros, perdido ya el miedo que inspiraban las sombras de Fernando y de Isabel, aprestáronse a un esfuerzo supremo para romper el lazo y quebrantar el yugo de los emblemas reales, apoyándose en el clamor que levantaban entre los hombres llanos los desafiadores de los flamencos; en el temor a nuevas derramas de tributos y en el desasosiego con que Castilla veía como la engranaban en la política imperial de su magnífico señor.

A cada nueva torpeza de los flamencos, a cada nuevo desaire de los procuradores en las Cortes, se iba adelantando más y más en las ciudades el espíritu de rebelión. El movimiento nacía espontáneo y aislado en cada ciudad, como un honrado anhelo de justicia, pero no faltaban quienes quisiesen aprovecharlo

de Arévalo donde tenía tan ilustres parientes que uno de ellos llegó a ser príncipe de aquella sinagoga. Allí se crio en la ley de Moisés, con los otros muchachos.

Una mañana jugaba con ellos en el polvo de la rúa principal de los judíos, allá donde abrían las tendezuelas de los cambiadores. Todo era alegre y apacible en aquella hora; dentro de las casas encaladas se oía el trajín de las mujeres y sus bellos romances, y de cuando en cuando rasgaba el aire el canto de los gallos en las bardas de los corrales; se acompañaban en las tiendas el ruido del martillo de los latoneros y los gritos con que los marchantes pregonaban su mercancía. De pronto oyóse un tumulto de armas y de caballos, y un tropel de hidalgos y de escuderos se entró por las puertas, mal guardadas, del muro de la judería. Aquellos demonios asaltaron y robaron las casas más ricas, y degollaron

Campo, de Omedo o de Tordesillas, en tanto que se hacía amar de las hidalgas más recatadas y altaneras; pero en las famosas justas de Segovia pareció que su estrella comenzaba a nublarse; un bote ciego de su lanza quitó la vida a un joven caballero, y para salvar la de otro de los justadores, el astuto regidor Rodrigo de Tordesillas dió a conocer públicamente al don Pedro de Villatoro como cristiano nuevo, y aun harto sospechoso en la fé. Desencadenáronse entonces por toda Castilla las envidias y los odios que la arrogancia del caballero venía acumulando, y en pocos días derrumbóse su fama como un castillo de naipes. Dieron en llamarle todos «el Judío», y hubo de abandonar su vida fácil para encerrarse en su torre de Cantiveros, única herencia que de su padre había recibido.

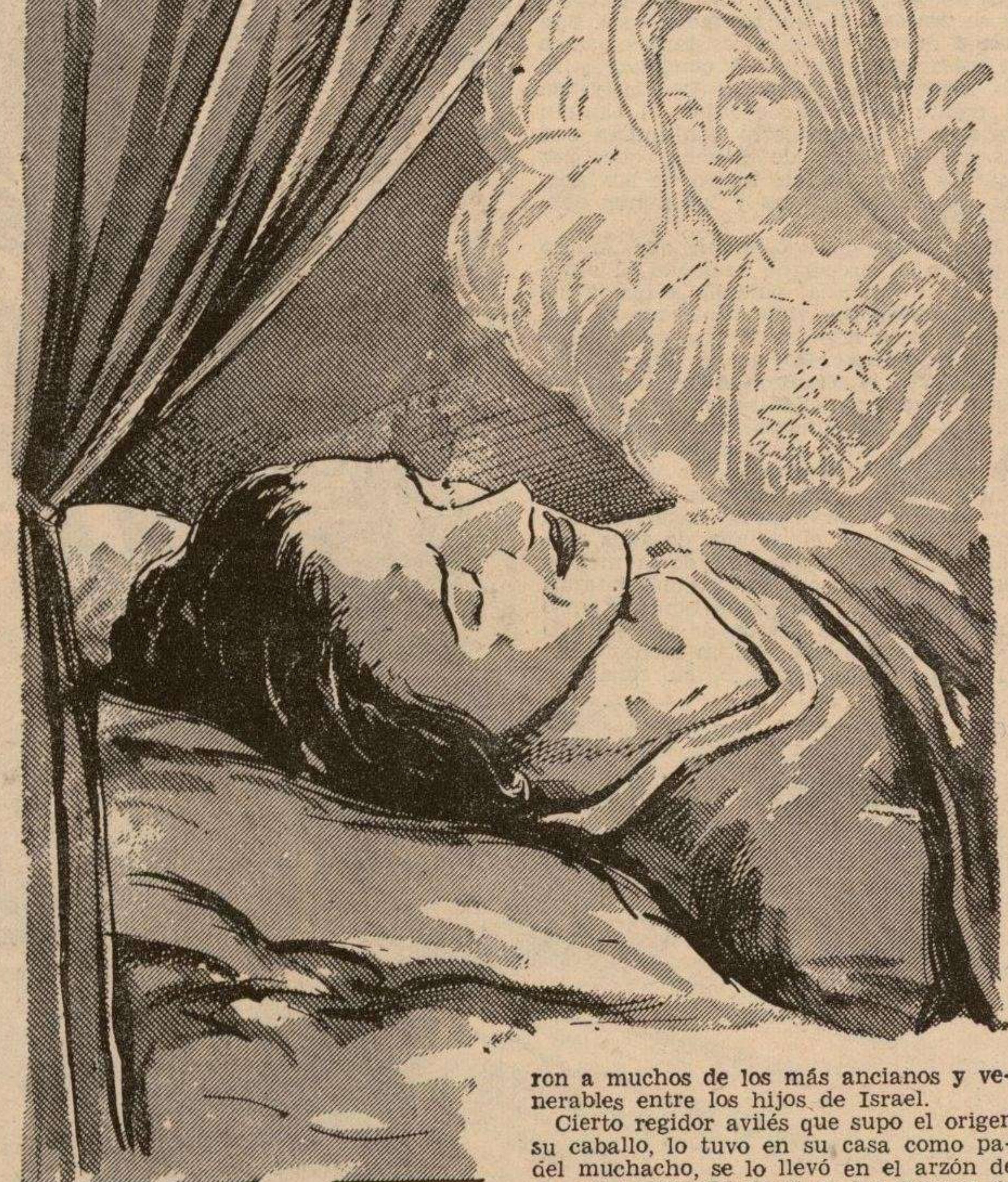
En aquel paraje desolado, desde cuyas rocas berroqueñas se otean las inmensas llanuras, que se esfuman en horizontes inacabables, comenzó a revolver en su mente sus planes de ambición y de ganancia. Ansiaba infinitamente aprovecharse de cualquier medio para rehacer su antiguo poderío, volver a su dorada existencia de gran señor y derramar el oro a manos llenas para humillar a los que le humillaban, con nuevos esplendores. Pero aún más que con estos ensueños de grandeza se complacía su orgullo herido en madurar proyectos de venganza, con esa sed de satisfacerse de las injurias que es como una religión entre algunos pueblos del Oriente. Don Pedro de Villatoro aspiraba a vengarse de Rodrigo de Tordesillas con un desquite horrendo, en cuyas circunstancias se deleitaba amorosamente en sus soledades de Cantiveros.

Con la muerte del Cardenal y con la llegada del nuevo Rey pensó que había llegado la ocasión de ver logrados sus proyectos. Su fino olfato de político iba notando el descontento de las ciudades, las torpezas del Gobierno, la ambición de los caballeros, presagios claros de la gran tormenta que iba a turbar el cielo de Castilla. Salgó entonces de su guarida y presentóse en el Concejo de Avila. En tiempo de revueltas, a nadie se pregunta a dónde va ni de dónde viene, y los caballeros avileses comprendieron que aquel hombre tan bravo y tan desesperado, tan hábil conocedor de corazones, podía ser para ellos un auxiliar de gran valor. Don Pedro de Villatoro, de acuerdo con ellos, fué recorriendo las doradas ciudades que engrana el Duero y preparando en todas las pólveras de la rebelión. Iba distraído unas veces de arriero o de mendigo, de fraile otras, y cuando le convenía recobraba su traje y sus maneras de caballero principal. Así, hablaba con todos, de todo se enteraba y, con paciencia de araña, tendía sus recias y sutiles redes, desafiando a veces la soga del verdugo, las saetas de la Hermandad y aun las hogueras de la Inquisición.

A Segovia llegó un día de febrero en que el cielo gris y el suelo cubierto por una gran nevada casi se confundía en el horizonte. Agregóse luego a la turba de los mendigos que vivía de la sopa de los conventos. Era un hacinamiento de espantosas miserias de los cuerpos y de las almas, de gente vencida y arrumbada por la vida. Unos habían sido soldados, otros peñales o tundidores, despojos de la guerra o del trabajo. Muchos eran nacidos en la ciudad, pero no faltaban entre ellos estudiantes o peregrinos, venidos de Dios sabe de dónde, sin más ilusión que satisfacer su hambre o su sed por el momento y sin esperar ya nada de la vida, y era tal su número que a veces parecían formar lo más de la ciudad. Llenaban los zaguanes de las casas nobles, los atrios de las iglesias, los patinillos de los conventos. Por todas partes se oían sus lamentaciones y sus romances, el destemplado ruido de sus vihuelas. Entre la horrenda abyección de los más, sobresalía de vez en cuando la ascética figura de algún devoto romero que parecía aureolada con el hábito sobrenatural.

El caballero judaizante, envuelto en los harapos de un rico manto y cubierta la faz con un sombrero de haldas, tomó por oficina el atrio de San Juan de los Caballeros, donde una copiosa muchedumbre buscaba amparo contra la nevada. A la salida de misa mayor, los infanzones discutían, en sus corrillos, todas las nuevas del Concejo, y don Pedro de Villatoro pudo tomar buena nota de cuanto le interesaba. Oyó a Rodrigo Fernández Ossorio, el viejo regidor, clamar, con su libertad acostumbrada, contra la desmanes de los flamencos y desear la vuelta del buen tiempo de los antiguos reyes; supo allí los planes y los anhelos de otros caballeros y cuáles eran partidarios de las ciudades y cuáles del Emperador; así pudo enterarse de que Rodrigo de Tordesillas a quien odiaba de muerte, había sido nombrado procurador en las Cortes de Santiago de Compostela.

Una mañana en que el sol hacía refulgar la blanca nieve, don Pedro de Villatoro vió venir hacia la iglesia una hidalga, vestida de luto, cuyo recato y



ron a muchos de los más ancianos y venerables entre los hijos de Israel. Cierta regidor avilés que supo el origen su caballo, lo tuvo en su casa como paje muchacho, se lo llevó en el arzón de je y se acompañó de él en las guerras de Italia, pero sólo en las apariencias pudo hacerle dejar la Ley, que vivía señera en su corazón.

Cuando fué mozo y hombre hecho, era el don Pedro de Villatoro de gallardísima presencia, de muy agudo ingenio, y de un valor tan desesperado que le llevaba a buscar la muerte y a jugar con ella todos los días. Caracteres son éstos de dominador de corazones, y el avilés creyó un momento que tenía rendida a la fortuna como a una de tantas hembras que solían ser su fácil conquista. Después del vencimiento de los franceses en el Garigliano, llovieron sobre él estardos y honores. En nombre del Rey Católico le concedió el Gran Capitán la investidura de una baronía en el Abruzzo, y dióle en feudo el Papa un castillo con título de conde, en la Campania. Entonces fué cuando su corazón se llenó de orgullo ciego y desmedido, de una diabólica soberbia que le hacía creer que no estaban sobre él las leyes de Dios ni de los hombres.

Diez años de vida de príncipe, rodeado de una corte viciosísima de poetas y de artistas, de espadachines desalmados y de livianas mujeres, dieron al traste con la renta de sus tierras y con las tierras mismas. Como, después de la de Ravena no había en Italia manera de enriquecerse, ya un poco viejo de corazón y un poco fatigado, se vino a pasear su hastío por su tierra nativa, complaciéndose en deslumbrar a los austeros castellanos con su porte de gran señor y con sus magníficos atavíos, que eran casi los últimos restos de su hacienda.

Durante algún tiempo su vanidad halló todavía satisfacción por las ferias y las romerías, en donde admiraban y copiaban las maneras del recién venido los caballeros de Avila, de Medina del

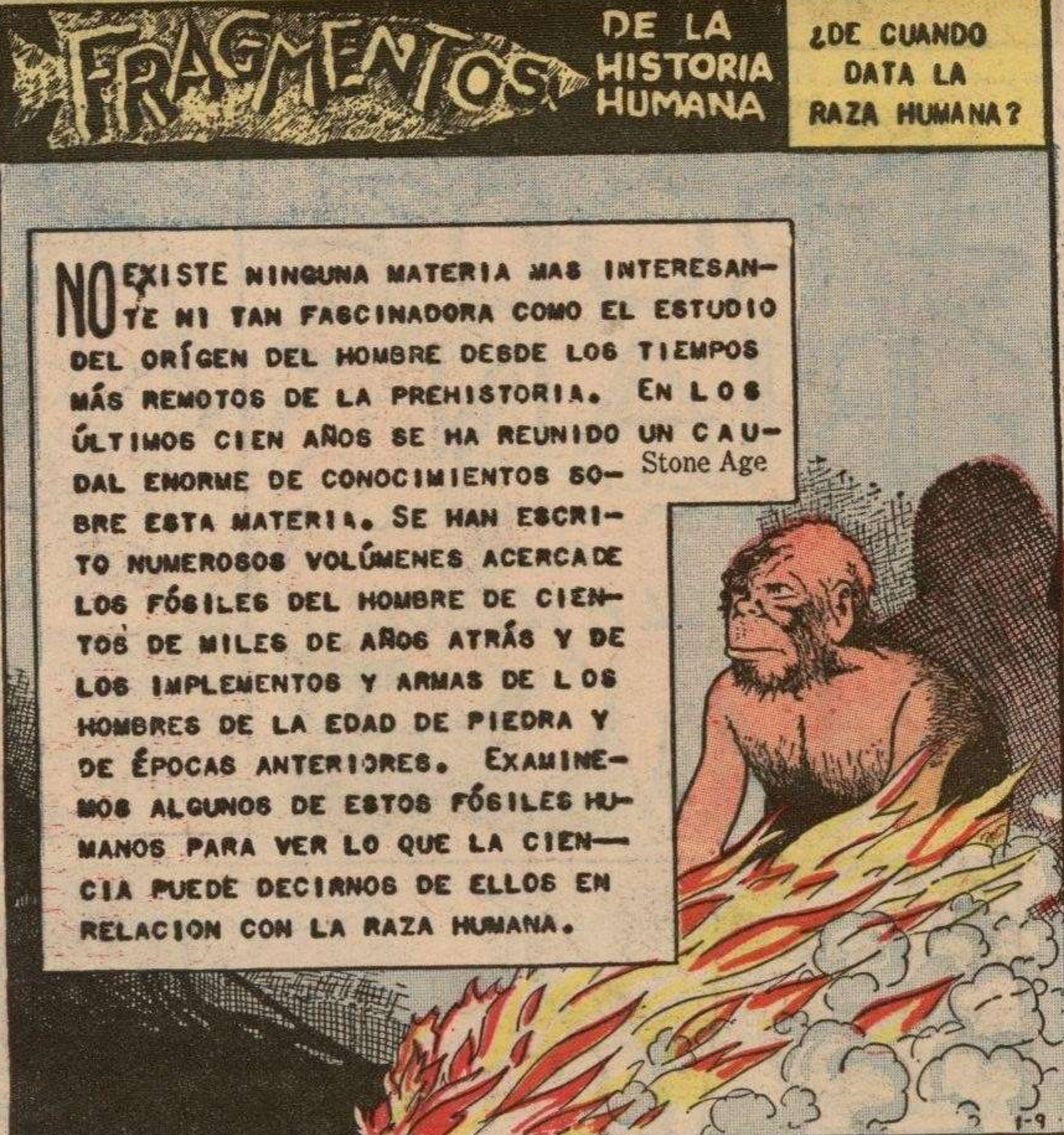
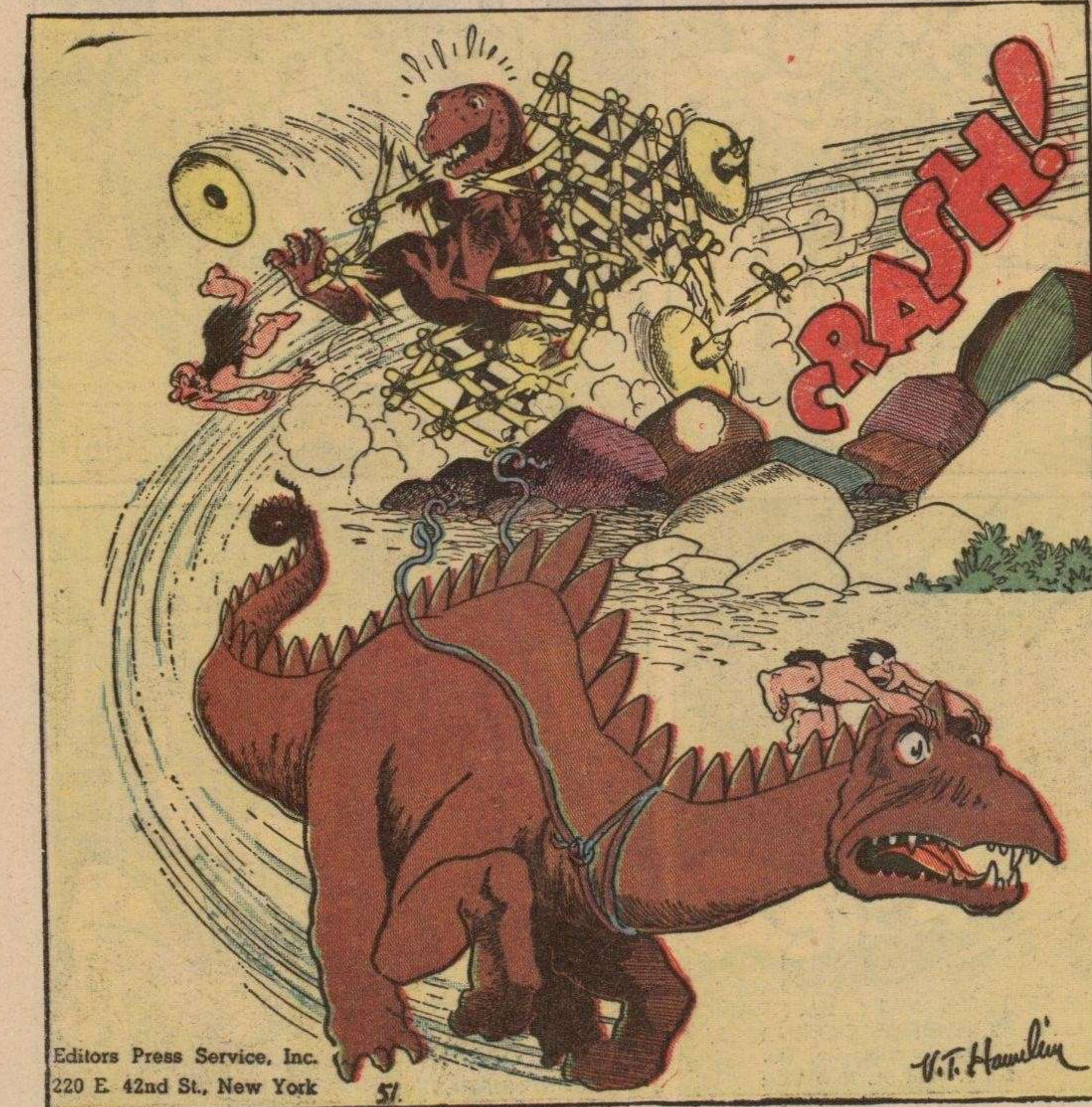
para sus fines y se dedicasen a comunicar y concertar los diversos Concejos, ajustando a las voluntades de todos, excitando el orgullo de los hidalgos y los recelos de los plebeyos para que estallasen en su día en crepitante hoguera que iluminase las Castillas viejas y las nuevas, del uno al otro mar.

De estas personas, ninguna de las cuales procedía dejaba suerte, que se ocupaban en correr de ciudad en ciudad, era aquel avilés don Pedro de Villatoro, vencedor un día en las justas de la huerta del Rey, a que duras penas pudo huir para salvar su vida, por haber sido acusado, por el regidor Rodrigo de Tordesillas, de judío converso y de poco inclinado a la Religión Católica. No se ha logrado estudiar, ni es posible que se conozca nunca bien, la influencia de los conversos en la política de Castilla al aborrecer en ella la nueva edad, y singularmente en el alzamiento de las Comunidades. Yo sospecho que tantos años de persecuciones y desprecios habían acumulado tal cantidad de odio en esa gente, que les movería a buscar sus venganzas en un período de sangrientas turbaciones. Por mucho tiempo habían sido los más fieles defensores de la autoridad real, pero los Reyes les habían abandonado para congratrarse con el pueblo. Es muy verosímil que muchos de ellos intentasen ahora levantar al pueblo en contra de los Reyes.

Don Pedro de Villatoro, señor de Cantiveros era hombre de arrogantisima condición, y en aquel tiempo sangraba su orgullo por mil recias heridas. El era nacido de padre castellano, pero su madre procedía de la nación judaica, y, al enviudar, volviósese con su hijo a la judería

Los Esposos COLIFLOR POR POP MOMAND





Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

V. Hamilton



Claire Sherman en traje de baile para la hora del té; Margaret Speaks luciendo su vestido de la víspera de Año Nuevo.

Maxine con un modelo griego y tapado rojo forrado de terciopelo negro; Martha Tilton en crepé azul con costura de brassiere de cordoncillo de oro, todo muy ceñido y audaz.

ALGO MAS SOBRE La fastuosidad

Por Isabel Taves ★ Bosquejos de Louise

Nueva York. **P**ERMITAME la lectora que presuma de conocer un poco la vida nocturna de Nueva York. Ultimamente he visitado la Exposición de Caballos y el reciente estreno de George M. Cohan en Broadway; he bailado a la hora del te en el Salón Persa del Hotel Plaza, donde se divierte la juventud alborozada; he tomado algunas copas de vino del Rin en el Salón Ruso del Hotel St. Regis; y, para completar el programa, he asistido a una de las transmisiones de radio del Major Bowes, acompañada por un magnate automovilístico.

Precisamente la semana pasada estaba leyendo en estas mismas columnas la crónica de Hollywood en que Sara Diez daba a conocer las opiniones del maestro diseñador de los estudios RKO-Radio, Edward Stevenson. Decía Stevenson que había estado en Nueva York y que no había visto sino indumentarias fastuosas y resplandecientes. A mi que estoy acostumbrada a los eufemismos de la moda, me ha sorprendido un más la realidad que nos describe Edward. Para poder mirar a estas elegantes mujeres, ataviadas de cequíes y bordados de oro y telas laminadas de metal, hay que ponerse gafas oscuras; tal es el brillo y el lujo que exhiben en la actualidad.

Tengo un amigo filósofo y poeta que me asegura que el maquillaje extremado, las faldas cortas y la indumentaria superlujosa que estamos viendo ahora son

síntomas inequívocos de inestabilidad económica. No quiero discutir el punto, ya que no estoy muy fuerte en sociología, pero sí creo mi deber relatar lo que he visto, e interpretar, si ello me fuera posible, los más recientes símbolos de la elegancia en el mundo de las modas.

En primer término hemos de mencionar la escena de los cequíes y los tules. En los tiempos de mi juventud, las jovencitas usaban tul para presentarse en sociedad y no lo hacían de buena gana; hoy, se necesita poseer un grado superior de sofisticación y de gracia para lucir con ventaja esta clase de materiales. El corte de los vestidos de tul modernos es algo que causa escalofríos. A la vista salta que estas creaciones son para permitir el desnudo de los hombros y la espalda. Apenas puede decirse que están sujetas al cuerpo por dos frágiles tirillas; son modelos ceñidísimos al busto y las caderas, y se caracterizan por la profusión de cequíes en el hombro. Para llevar estas ropas hay que tener un cuerpo soberbiamente formado, no cabe duda.

MARGARET SPEAKS, una de las jóvenes primadonas que se distingue por su romántico tipo rubio, figura entre las del grupo de los trajes de tul. La víspera de año nuevo se estrenó un color carmelita achocolatado con corpiño muy ceñido y confeccionado de cequíes de oro. Con ese peinado original que lleva, consistente de una coronilla rodeada de una aureola de pequeños rizos dorados, que brillan todavía

más cuando les echa ese nuevo preparado que se llama Star Dust, parecía una belleza importada de las tierras escandinavas.

Hablemos ahora de Maxine, la hechicera de la National Broadcasting Company, y del rutilante vestido de noche que acaba de exhibir por ahí. Es un diseño de líneas griegas muy estilo túnica y de silueta ceñida; algo que la asemeja a una diosa del Olimpo. Eso no es todo: Maxine lleva sobre su oscura cabellera un mazo de hojas de oro, y su largo tapado es de tweed rojo con forro de terciopelo negro. ¿Conviene la lectora en que para contemplar estos espectáculos hay que ponerse gafas ahumadas?

Martha Tilton, la diminuta estrella del conjunto artístico de Benny Goodman, es otra de las personas que más tiene que cuidarse de llevar siempre vestidos esplendorosamente bellos. Como los admiradores de Goodman y sus artistas a veces asisten a los programas todas las noches, Martha ha inventado una ingeniosa táctica para lucir diferente cada vez que se presenta al público. Tiene un vestido sencillo de crepé azul, cortado como una funda, con la parte superior del corpiño en forma de brassiere de cordoncillo dorado, y tirillas menudas. Acompaña esta prenda de una chaquetilla estilo bolero, de mangas cortas adornadas con cordoncillo de oro.

Pero tiene, además, varias chaquetillas para de noche, algunas de colores, otras de seda o de lana negra, todas ceñidas y breves, y adornadas con cordoncillo de oro o cequíes. Miss Tilton se pone otros vestidos para alternar con el conjunto del traje de crepé azul, acompañado de este variado surtido de chaquetillas. Tome nota la muchacha de sociedad que quiere aparecer transformada todas las noches de baile, recepción, o teatro.

Otro ingenioso truco que emplea, Martha son los cubits, esos zapatos de suela gruesa de corcho que aumentan la estatura de las jovencitas diminutas, levantándolas un poco del piso. Claro que este calzado no sirve para bailar, sino para usarlo en la casa cuando se celebran reuniones formales y semiformales. Martha posee un par de estos zapatos con ataduras doradas y suelas gruesas plateadas, y dice que la hacen sentirse adorable y atractiva en extremo.

ESTAMOS hablando de cosas esplendorosas y bellas y no podemos omitir del tema el vestido de baile para la hora del te que le hemos visto a Claire Sherman, cantante del broadcasting Columbia, y que Louise ha bosquejado arriba, a la izquierda. Es un modelo ceñido, que revela bien las formas del cuerpo. Está confeccionado de un color verdiazul "eléctrico", que es como llaman en el ramo de los tejidos a este nuevo matiz. Las mangas están adornadas con cadeneta de malla. Acompaña este traje de sombrero del mismo material, estilo caja de píldoras, y escarpines con hebillas de cadeneta de malla. Para que las lectoras conozcan los méritos de Miss Sherman, les recordaré que antes de dedicarse a cantar por radio tenía hechos los preparativos para establecer un taller de costura en sociedad con su hermana, de modo que, visto con conocimiento de causa.

Digalo si no su vestido de noche, confeccionado de tul blanco y adornado con estrellas fugaces de cequíes diseñados por la Schiaparelli. Encima de este vestido se pone un abrigo de tweed color rojo de arándano, cerrado con una doble hilera de botones, que ejemplariza admirablemente la moderna tendencia a usar abrigos calientes y sencillos sobre los vestidos más finos y delicados.

La locura del cine

Por Sam Lukas

Historia de Una Muchacha Que Vendía Sus Libros de Escuela Para Irse al Cine.

Hollywood.

y con el cabello suelto al aire, para llegar a tiempo a una cita que tenía convenida con el fotógrafo. Yo llevaba a la sazón unos anteojos muy potentes y logré contemplar a la loca ninfa haciendo su agitada carrera hasta llegar a su destino.

Aquellos que están acostumbrados a enterarse de las cosas de Hollywood por lo que leen en los periódicos, acaso no le den tanta importancia a este incidente. Pero para los que llevamos años en la faena de cazar noticias entre los artistas de cine, el episodio es muy significativo, y hasta pudiéramos decir histórico, o por lo menos tan trascendental como el descubrimiento de los fósiles de un dinosaurio.

Muchas estrellas de las más encopetadas de la pantalla hubieran deseado observar el suceso. La mujer se había levantado el vestido de terciopelo color vino hasta las rodillas para poder correr aprisa. Al principio, creímos que se trataba de alguna artista de plantilla que no quería cometer la desconcertante falta de llegar tarde a su cita, pero a medida que la corredora se acercaba pudimos comprobar, con gran asombro y la consiguiente curiosidad, que se trataba nada menos que de Annabella, una de las estrellas más populares de Londres y París, y que figura ahora en el cuadro de las importaciones más destacadas de los estudios de Hollywood.

MINUTOS después de

hacer este descubrimiento, nos presentaron a la artista en la galería fotográfica, y cuando se retiró unos instantes para arreglarse el vestido antes de que le tomaran las últimas poses, la voz del tirano de las cámaras nos dijo al oído: "Es una muchacha maravillosa, deliciosa. ¡Ojalá que todas fueran así!"

Era la voz de Gene Korman, fotógrafo veterano que conoce bastante íntimamente la vida de las estrellas. No quisimos comunicarle que aquella sirena

acababa de hacer una carrera vertiginosa para cumplir su compromiso con él; tal vez se habría afectado del corazón al recibir tan estupenda noticia. Terminadas las tareas de la fotografía, Annabella sugirió que nos fuéramos con ella hasta su camerino, donde podríamos conversar un rato. Cuando llegamos a la habitación principal del apartamento que aquí llaman camerino, con absoluta modestia, dijo sonriendo:

—¡Quítese usted el sombrero, que yo me voy a quitar los zapatos!

Con un par de "cocos" nitidas se despojó de su calzado, estiró los brazos suspirando y se acostó a todo el largo del cuerpo sobre un sofá. Aproveché el momento para examinarla minuciosamente y lo primero que noté fué que, a pesar del tenue maquillaje que llevaba, tenía un cutis fresco y lindo que no supongo habrá cambiado nada cuando este artículo salga a la luz.

Annabella tiene los ojos castaños claros, con una imperceptible insinuación de extravío. No vaciló en darnos los pormenores de rigor: estatura, 1 metro 63 centímetros; peso, 53 kilogramos; edad, cumplidos los 20 y sin pasar de los 25. Nació en París en el aniversario de la toma de la Bastilla, hija de un escritor de apellido Carpentier, que dirigía una revista de viajes. Después de terminar sus estudios elementales la mandaron a un colegio en las afueras de París, pero ya la muchacha estaba más interesada en el cine que en los cursos académicos que debía aprender.

—Las películas me traían loca,—dice —hasta el extremo de que vendía los libros de texto para comprar billetes de cine y revistas de asuntos de Hollywood. Cortaba cuidadosamente las fotografías de mis artistas predilectas y luego las pegaba en un album enorme, como recuerdo...

ANNABELLA hizo una pausa para respirar y en seguida

Esta es Annabella, adorable artista francesa que ha retornado a Hollywood.

ENTRE el moderno edificio de dos pisos en que están ubicados los camerinos de los artistas de la Twentieth Century-Fox y el pequeño local donde se hacen las fotografías de prensa de los miembros de los elencos de esta compañía, media una distancia aproximada de 60 metros de césped. Este trecho es semejante a docenas de otros que comúnmente se ven en las residencias del sur de California, pero para el que estas líneas escribe representa una escena inolvidable.

La escena es la de una mujer corriendo



prosiguió con su relato:

—Un día en que estábamos haciendo ejercicios físicos en el colegio, se me cayó un relicario que guardaba en la blusa. Al caer al suelo se abrió, y el profesor, que era un señor sumamente estricto, lo recogió y vió que contenía dos retratos. "¿Quiénes son estas jovencitas?", preguntó, frunciendo el cejo. "Son primas mías", le contesté, a sabiendas de que mentía, porque las fotos eran las de Norma Talmadge y Mae Murray.

Mientras nos contaba estos incidentes de sus años juveniles,—o mejor dicho, de su época de adolescente—hacia gestos vibrantes y complicados. Es una muchacha llena de vida y de inquietudes, que no puede evitar que se le alteren un poco los nervios cuando habla, con motivo de las dificultades que le presenta el idioma inglés. Nos cuenta que cierto día llegó a su casa un amigo a visitar a la familia y que al verla tan callada y pensativa, su padre trató de explicar la situación así:

—La pobrecita, está loca por llegar a ser artista de cine!

Por rara coincidencia, el visitante conocía al director de un estudio, y a los pocos días Annabella estaba haciendo un papel de menor importancia en una película francesa. No tardó en colmar sus aspiraciones, pues pronto el famoso director René Clair, que estaba seleccionando el elenco de la cinta Le Million, decidió darle el rol estelar de la obra.

EN EL 1934 el director

Erik Charell estaba haciendo la película Caravana en la que aparecían Charles Boyer y Loretta Young. Los estudios Fox proyectaban filmar simultáneamente la versión inglesa y la versión francesa de la cinta, así es que el jefe de dicha empresa, Winfield Sheehan, hizo traer a Annabella, junto con Charles Boyer, de Europa.

—No quiero recordar las experiencias desagradables de aquel año,—dice— que fué el año terrible de mi carrera. Entonces no sabía ni una palabra de inglés. En cuanto a la versión francesa del libreto, ni al señor Charell ni a nadie le importaba un comino este aspecto de la cuestión. El trabajo se hacía así: Boyer terminaba de filmar una escena con Loretta Young y en seguida Miss Young se hacía a un lado y Boyer repetía la misma escena conmigo, en francés.

Sin embargo, aquella película señala el comienzo del triunfo de Annabella como una actriz del cine norteamericano. Indirectamente, con este papel que ella no desea recordar había de establecer uno de los contactos más valiosos para su futuro: el de Robert Kane, a cuyo cargo estaba la versión francesa de la cinta. Poco después de retornar Annabella a París, Kane fué mandado por los estudios Fox a Londres, para que hiciera películas en la sucursal inglesa de la empresa.

Entre las películas que había que filmar en colores figuraba la obra titulada Alas en el Amanecer. Inmediatamente que leyó el manuscrito, Kane pensó que la muchacha para el papel principal de la cinta era Annabella. La llamó por teléfono a París sin pérdida de tiempo.

—¡Pero yo no hablo inglés!, le advirtió Annabella por el hilo.

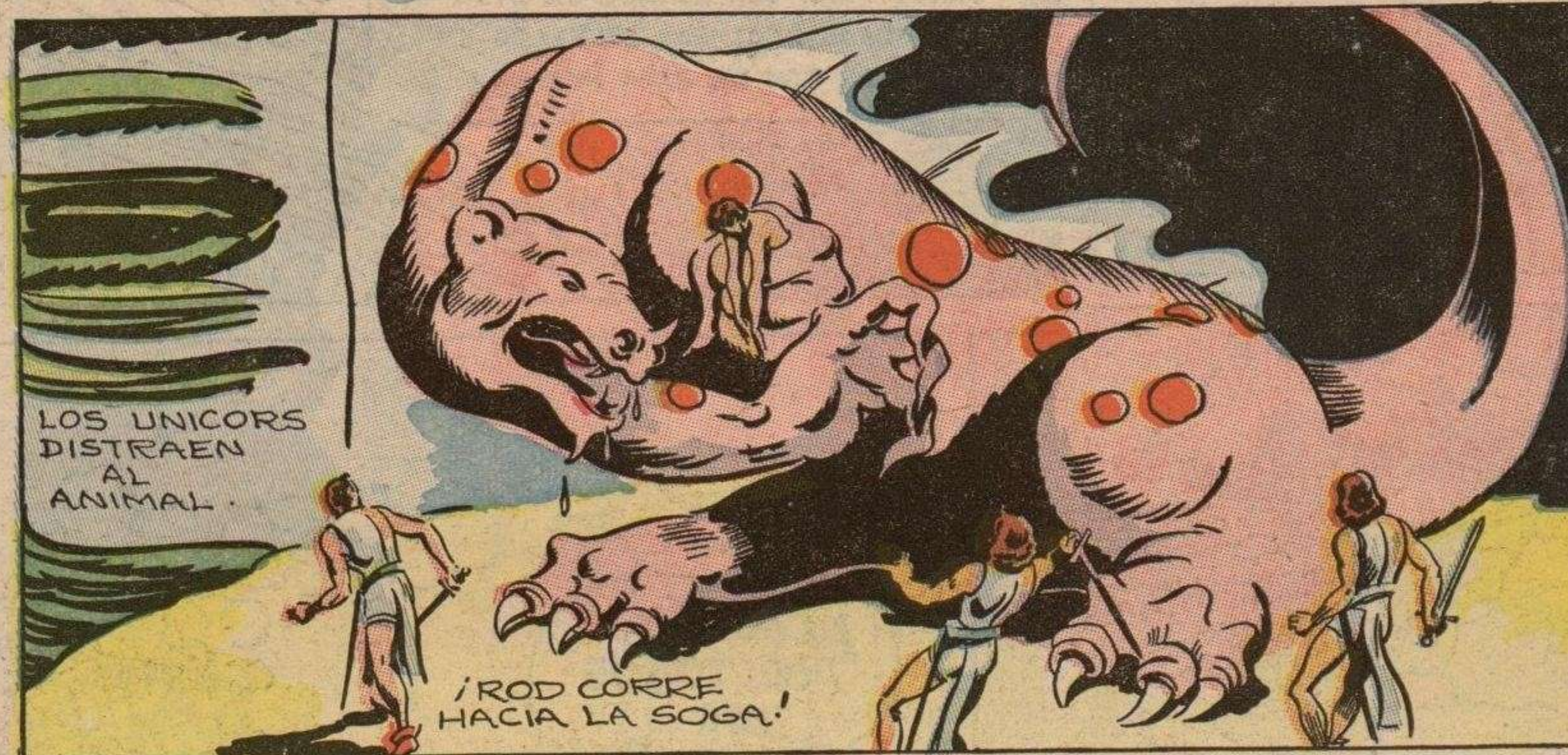
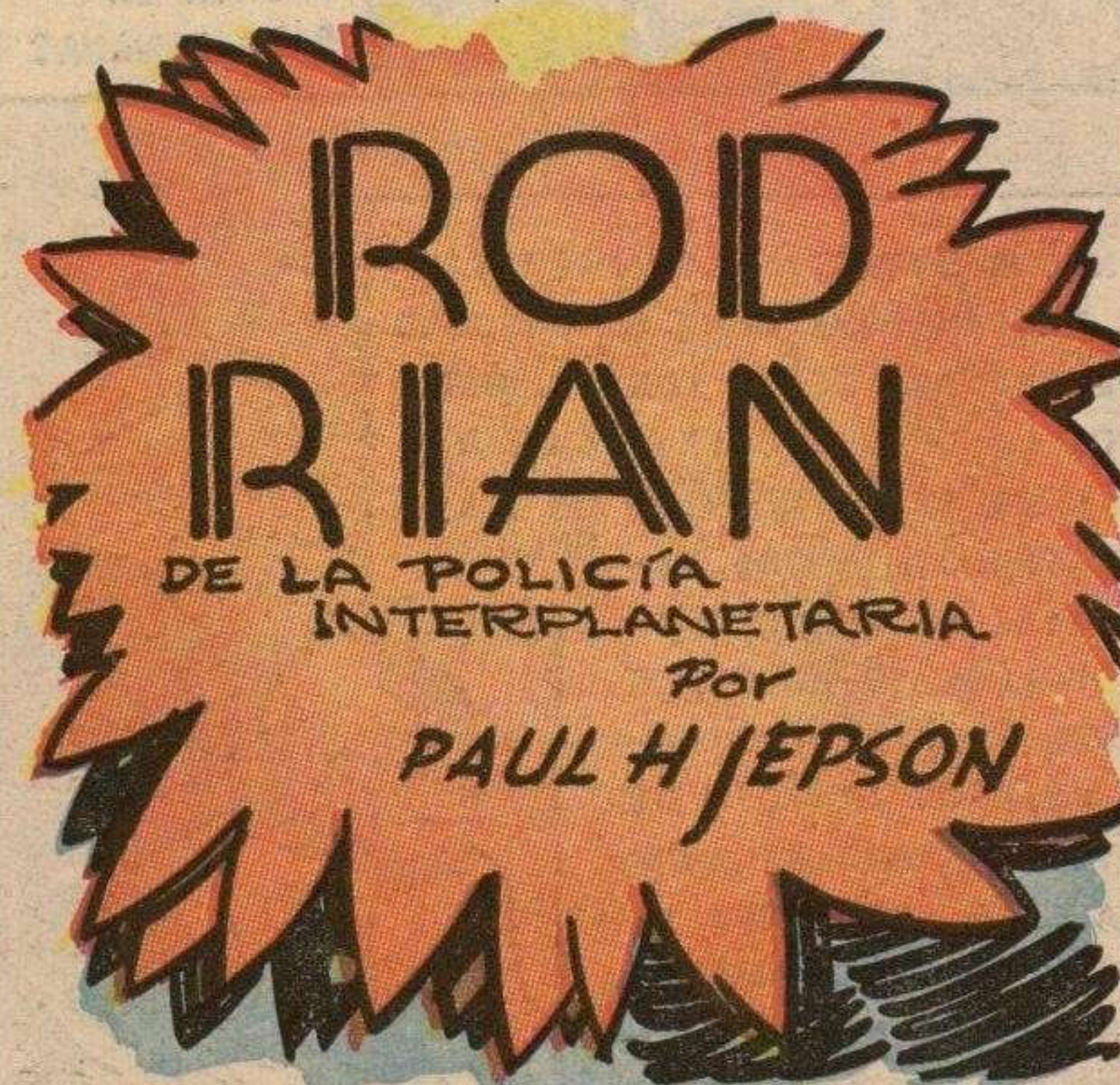
—¡No importa, lo aprenderá de todos modos! Salga para Londres en seguida. Le daré tres meses para que estudie el idioma antes de empezar a filmar.

Annabella se marchó a Londres y fué a vivir con la familia de un médico inglés que tenía dos hijas de la misma edad que ella. Al terminarse la película, su trabajo causó profunda admiración. La Twentieth Century-Fox, que ya estaba en negocios con la inquieta francesita, consiguió contratarla fácilmente.

DARRYL ZANUCK, el

productor en jefe de la Twentieth Century-Fox, tiene el propósito de presentar a Annabella en su debut hollywoodense con el actor William Powell, en una versión cinematográfica de la obra La Dama Tiene Corazón, que es una especie de comedia con acción en Budapest. Provisionalmente, le han puesto el título de Jean.

Hará dos películas aquí y luego volverá a Londres, donde filmará una para la sucursal británica del estudio. Más tarde piensa establecer su residencia en Hollywood, acompañada de su mamá y de un hermano joven. Su esposo, el actor del lienzo francés Jean Murat, permanecerá en París, pero la pareja estará junta pronto, a poco que Murat acabe de filmar una película que tiene ahora en curso de producción.



Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St. New York

PAUL H. JEPSON

Myra Intrépida

REG. U. S. PAT. OFF.



MYRA, LA INTRÉPIDA, Y JACK LANE, AL ENTERARSE DE LA PLAGA MISTERIOSA QUE ATACA A LAS MUJERES CHINAS, HAN IDO AL BARRIO CHINO Y SE HAN ENCONTRADO CON UNA SERIE DE SORPRESAS A CUAL MÁS EXTRAORDINARIAS. DESDE QUE SALIERON DEL RESTAURÁN DE SU AMIGO CHING EMPEZARON A SOSPECHAR.

DESPUÉS DE LLEGAR A UN PUESTO DEL MERCADO EN BUSCA DE SU AMIGO EL DETECTIVE LEW WEN, MYRA SE CONTAGIA DE LA ENFERMEDAD MISTERIOSA Y ES HECHA PRISIONERA JUNTO CON JACK LANE POR UNA BANDA DE ORIENTALES QUE LA CONDUJERON A UN PALACIO SUBTERRÁNEO EN UNA ISLA DESIERTA, A PRESENCIA DE LA "REINA DEL MUNDO", LING SIN. LA "REINA" LE DA UN ANTÍDOTO A MYRA.....

¿ESTA SEGURA QUE PUEDE SALVARLA?
¡SEGURA, PERO ES LA PRIMERA MUJER QUE TOMA MI MEDICINA!

¡LA VOY A SALVAR, PORQUE ES ENFERMERA Y PUEDE SERME ÚTIL MÁS TARDE!
¡ESTO ES UNA LOCURA!

¡DEJÉMOSELA SOLA UN RATO, MIENTRAS HAGO FUNCIONAR EL RAYO VERDE QUE LA AYUDARÁ A RECUPERAR!

¿QUE QUIERE DECIR USTED CON ESO DEL "NUEVO MUNDO", SEÑORITA LING?
¡VAMOS A CENAR!

¿NO COMPRENDE USTED, MI AMIGO, QUE LOS HOMBRES HAN CAUSADO UN GRAVE DESASTRE TRATANDO DE GOBERNAR AL MUNDO? ¡AHORA, PUES, DEBEN DEJAR QUE LAS MUJERES GOBIERNEN, Y ESE ES MI PROPÓSITO!

¡NO ENTIENDO ESTO! LA PLAGA "X" ESTÁ ACABANDO CON LAS MUJERES POR MILES!
ESO ES MUY NECESARIO. HAY DEMASIADAS MUJERES EN EL MUNDO. SOLAMENTE CUANDO QUEDEN UNAS POCAS MUJERES INTELIGENTES, LOGRAREMOS QUE LOS HOMBRES NOS PRESTEN ATENCIÓN, Y ENTONCES...

EN ESE INSTANTE, MYRA ABRE LOS OJOS Y MIRA SORPRENDIDA EN SU DERRREDOR....
¿JACK, DÓNDE ESTÁS?

¡VEO QUE SU BELLA AMIGA HA RECUPERADO PRONTO!
¿MYRA, COMO TE SIENTES?
¡MUY BIEN, JACK, Y CON MUCHA HAMBRE!

¡ESPLÉNDIDO, ENTONCES COMERÁ DE LOS ALIMENTOS DE VITAMINAS CONCENTRADAS QUE GUARDAMOS EN ESTE RECEPTÁCULO! ¡AQUÍ VIVIMOS EN UN MUNDO DE ALIMENTACIÓN SINTÉTICA!

LA PRÓXIMA SEMANA LING SIN LE ENSEÑARÁ A MYRA Y JACK LAS MARAVILLAS CIENTÍFICAS DE SU MUNDO Y LOS PROYECTOS QUE TIENE.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

LO RARO EN LA NATURALEZA



EL PEPINO MARINO NO ES VEGETAL, SINO UN ANIMAL DE LOS MARES.



EL CHOTACABRAS NO ES PÁJARO NOCTURNO, SINO QUE VUELA, DE DÍA HASTA LA HORA DEL CREPÚSCULO.

LOS COCUYOS NO SON GUSANOS, SINO ESCARBAJOS!

LA HORMIGA LEÓN ES UN INSECTO PEQUENÍSIMO.

LA ARANATA ES UN RATÓN DE CAMPO.

LA PIÑA SE LLAMA EN INGLÉS "MANZANA DE PINO!"

PECOSO Y SUS AMIGOS

Por Blosser

¿YES TE LO DIGO? ¡FÍJATE ESE NOMBRE!
¿MUY BONITO, VERDAD?
LEO LENOY EN PERSONA
MATINE 15¢

¡ESA ES MI DIFICULTAD, QUE NO TENGO UN NOMBRE SONORO Y FASCINADOR! ¡ES LO QUE ME FALTA PARA SER ARTISTA DE CINE!

¿Y VAS A DECÍRSELO AL JUEZ?
¡CLARO, CON ESTE NOMBRE MÍO NUNCA SERÉ ARTISTA!

¡SEÑOR, AHÍ ESTÁ EL CHIQUILLO DE QUIEN LE HE ESTADO HABLANDO!
¡HÁGALO PASAR! ¡VERÉ A VER SI PUEDO AYUDARLO!

¿ERES EL NIÑO QUE QUIERE CAMBIAR DE NOMBRE LEGALMENTE?
¡SÍ, SEÑOR! ¡PERO QUE NO LO SEPAN MIS PADRES!

¡PERO ERES MENOR DE EDAD Y NO PUEDES CAMBIARTE EL NOMBRE HASTA QUE CUMPLAS LOS 21 AÑOS!
¡ES QUE MI NOMBRE ES UN OBSTÁCULO!

¡DEBES ESTAR ORGULLOSO DE TU NOMBRE! ¿A VER, COMO TE LLAMAS?
TOTO FELIPE PLEZENBAMA

¡CARAMBA, SI QUE ES UN NOMBRE DEMASIADO LARGO PARA UN CHICO COMO TÚ!
¡SABÍA QUE ME COMPRENDERÍA!

¿Y A QUÉ NOMBRE QUIERES CAMBIAR?
¡PUES A GABINO POR FELIPE... ¡TOTO GABINO PLEZENBAMA!

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York



Mary Maguire, que es monumentalmente bella, tiene garantizado su pasaje de regreso a Australia... pero es dudoso que tenga necesidad de usarlo alguna vez.

Hollywood.
UNA JOVEN iba corriendo por el corredor, con sus crenchas negras volando al viento y sus pequeños zapatos casi invisibles bajo la anchura de sus pantalones "slacks". Al llegar a la puerta hizo una pausa para tomar aliento, poco menos que tosió un "¡Hola!" y se desplomó sobre una grande y cómoda butaca de cuero, metiendo los pies bajo las rodillas y éstas debajo de la barba. Luego volvió sus lindos ojos hacia nosotros:

—¡No he llegado tarde! ¡Nunca llego tarde! ¡Algunas veces mi reloj se atrasa, pero yo nunca llego tarde! ¡No se atreva a decir que he llegado tarde!

—Bien—aceptamos. —No ha llegado tarde, pero ha llegado sin aliento. ¿Quiere un cigarrillo o un poco de goma de mascar, para que se reponga?

Casi simultáneamente se llevó ambas cosas a la boca. Luego dijo:
 He venido guiando yo misma y no he sufrido ningún accidente. He tenido varios, como usted sabe, porque no estaba acostumbrada a marchar por la derecha de las calles y carreteras. Pero hoy he llegado aquí sin ninguna dificultad. Apenas si arañé un guardafango...

—Será mejor que los presente—dijo entonces el amigo mutuo que había preparado la entrevista. —Esta es Mary Maguire, quien le robó el nombre a su hermana menor. Era un pimpolito de Shamrock, Australia, que no se encontraba bien allá. Lleva aquí un año. Su verdadero nombre es Helen Teresa Maguire.

—Yo me encontraba bien allí—protestó la muchacha.

—Bueno, le deseo que le haga una gran entrevista—continuó el amigo con desparpajo. —Le prevengo que es una pícaro de primera clase.

—Esta gente de Hollywood,—dijo entonces Mary—es de lo más atrevida. Espero poder decirles algún día lo que pienso de ustedes...

—Una pícaro linda...—repitió mi amigo mientras avanzaba hacia la puerta.

¿COMO es que vino usted a Hollywood?—le preguntó a la actriz. Me responde: Había hecho películas en Australia, pero sabía que las hacían mejores en Hollywood. De manera que en cuanto tuvimos una oportunidad, mi padre y yo vinimos a América. Traía una carta de recomendación de Charles Farrell y en cuanto llegué me dieron trabajo en la Warner Brothers.

—¿La llamaban la Mary Pickford de Australia?

—Algunos periodistas me llamaron así. Pero aquí de nada me ha servido. He tenido que volver a empezar.

—Es verdad que han venido de Australia su ma-

Pimpollo AUSTRALIANO

dye y hermanas? ¿Hay más actrices en su familia?

—No. Es que nos sale más económico estar todos juntos. Gastaba demasiado dinero en llamadas telefónicas. Hay que tener en cuenta que son 28,000 millas de distancia. En una sola comunicación, me gasté 128 dólares.

—Dígame más acerca de usted.

—Bueno—dijo Mary haciéndose un ovillo en la butaca. —Deseo ir a Nueva York. Me gusta leer versos y me gustaría más saber escribirlos. Nunca usé esta clase de pantalones hasta que vine a América y ahora me encantan. Estoy tratando de hablar con acento americano...

Siga, siga...

—Me gustaría hacer un viaje a Australia en avión. Tengo 18 años y todavía me gustan las muñecas. ¿No le parece idiota?...

—¡Claro que sí!

—Tomo té todas las tardes. Lo tomaba incluso cuando estaba filmando "La Isla de Alcatraz". Cambio el color de mi pelo cada seis meses. No me pregunte por qué. No lo sé. Para el papel que hice en "El Sargento Murphy" me lo teñí de claro, pero como me gusta oscuro en seguida me lo volví a cambiar.

—¿Por qué dicen que es usted una voluntariosa?

—Pues porque lo soy. Siempre he hecho lo que me ha dado la gana.

Abrió sus ojos negros y grandes y en ellos apareció una expresión angelical, una de esas expresiones que no pueden ser descritas.

—Dígame más...

—Poco más tengo que decirle. El gobierno de

Australia me paga el viaje de vuelta a mi tierra, desde donde quiera que esté. Tengo entendido que sólo hay otras cinco personas que disfrutan de ese favor. Nunca mastiqué goma hasta que vine a América. Ahora me gusta hacerlo. Mire cómo suena...

—Puedo hacer buenas imitaciones—continúa.

—Puedo imitar a la Hepburn, a la Garbo y a Bette Davis. ¿Quiere que imite a alguna de ellas?

—En otra ocasión. ¿Qué más tiene que decirme?

—Poca cosa. No puedo dormir todo lo que quisiera, estoy estudiando música y baile y ahorro todo el dinero que puedo. Esto último me cuesta mucho trabajo, porque hasta ahora no había tratado de ahorrar nunca...

—¿Qué películas hizo en Australia?

—Varias, la primera cuando tenía doce años y era tan grande como soy ahora. Después actué en "Heritage" que ganó el premio del gobierno de mi país. Luego varias otras. Después, Hollywood.

Se levantó de repente y me dijo: —Eso es todo. También estoy enamorada, pero de eso no le diré una sola palabra...

Dió media vuelta y me dejó plantado.

YO ME quedé maravillado de

aquello, que no se semejava en nada a las muchachas de corte común y corriente de Hollywood. Después, reflexionando frívolamente sobre el asunto de Mary Maguire, he llegado a la conclusión de que fui un tonto al no permitirle que hiciera algunas de las imitaciones que me propuso, por ejemplo la de la Hepburn o la Garbo.

A mí me han informado, muy confidencialmente desde luego, que Mary tiene dos o tres amigas artistas que la aconsejan en la técnica de la originalidad. Acá entre nosotros, no creo necesario que una chica tan exquisitamente formada y tan fresca y juvenil como esta australiana necesite de genialidades para hacerse sentir aun entre las estrellas de más renombre por su belleza.

Nunca podré explicarme cómo es que pimpollos tan radiantes como Mary tardan tanto tiempo en llegar a Cinelandia. Por qué tenía que haber nacido en Australia esta mujer? Debió haber nacido en el mismo pueblo donde nací yo, y haber ido a la escuela conmigo. No quiero aventurarme a confesar lo que un hombre siente en el corazón cuando permanece por media hora al lado de Mary. Es una especie de vacío que ha existido en nuestras almas por los siglos de los siglos, y de pronto, al hallarnos en presencia de ella, queda totalmente ocupado.

¿Sería por eso que dijo que estaba enamorada?

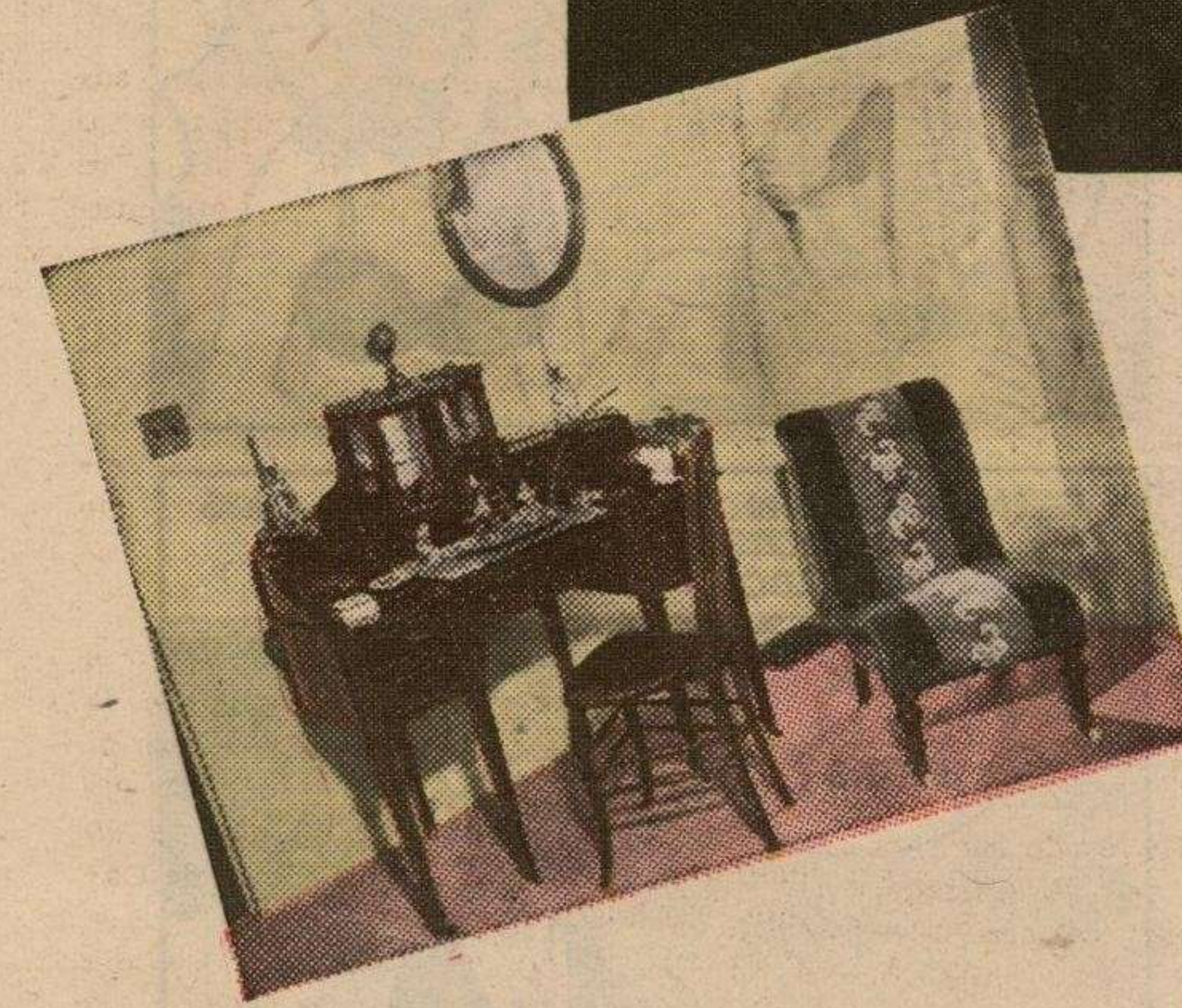
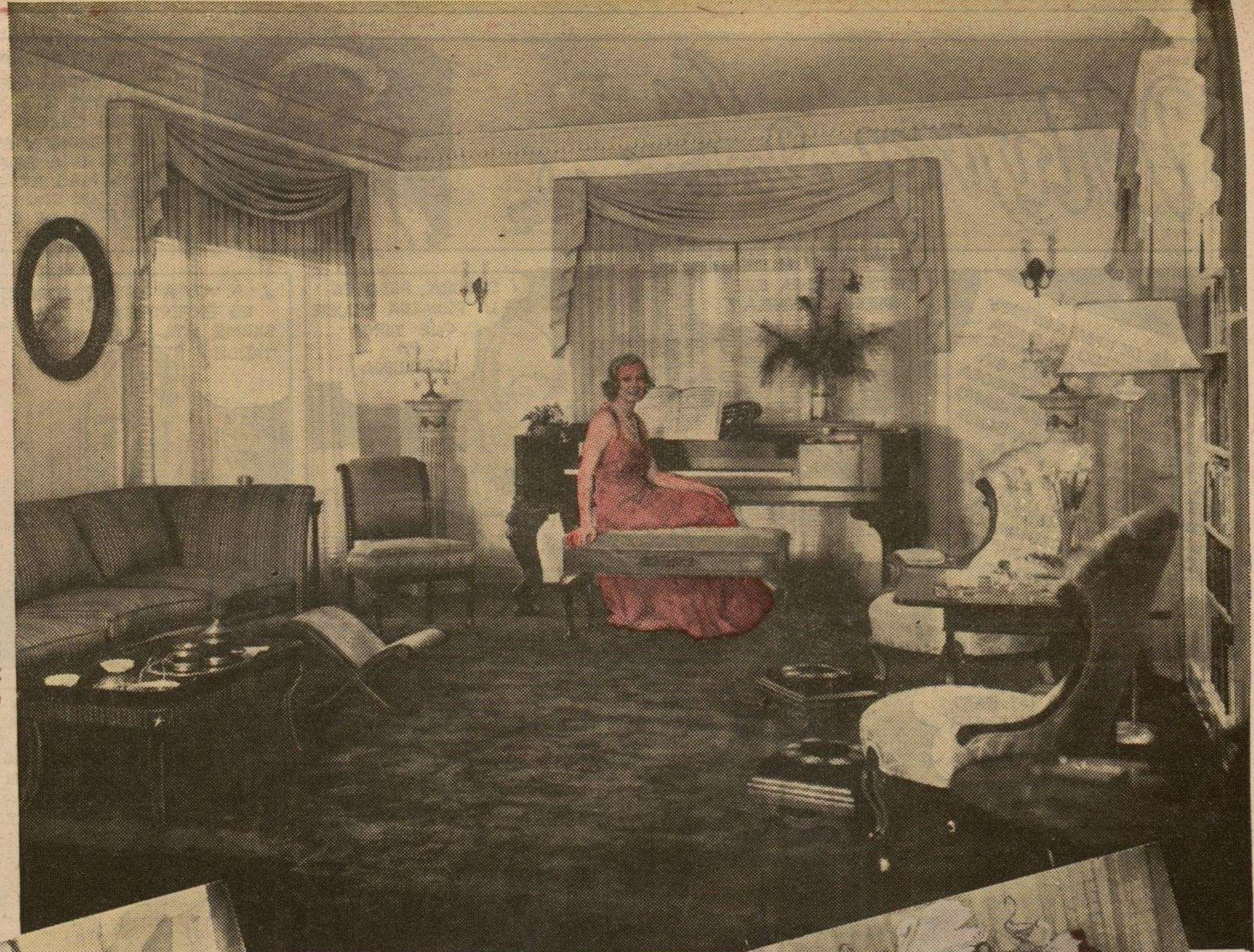
¡Mario Gualda, no presumas de Tenorio, que a tus años no se pueden acariar ciertas ilusiones primaverales! Mary Maguire es un sueño lejano, un primoroso capulito que tiene sus amores en Australia.

Un gran número de estas residencias

1 el hogar en HOLLYWOOD

Visite el Hogar de Gloria Stuart en Hollywood y se Convencerá de que Para Ser Feliz Una Pareja No Necesita Vivir Rodeada de Demasiados Lujos.

Por Graciela Rivas



se ofrecen en venta con pérdidas bastante fuertes, pues por elevado que sea el sueldo de una estrella no puede alargarse más de la cuenta con el propósito de sostener todo el tren de gastos que exige un palacio de treinta habitaciones, ocho o diez cuartos de baño, piscinas, sitios de recreo y demás comodidades superfluas que se estiman por aquí. Las estrellas están por lo común muy ocupadas haciendo películas y rara vez tienen tiempo para gozar de más de un par de horas en las salas de sus casas. Cuando disponen de tiempo, siempre hay unos 200 o 300 amigos y colegas que esperan ser invitados a una buena fiesta.

Hollywood.

LOS RASCACIELOS para residencias y

las llamadas casas de apartamentos de las grandes ciudades, especialmente en los Estados Unidos, alojan a cientos de miles de personas, pero la mayoría de los norteamericanos, millones sobre millones, todavía prefieren vivir en casas pequeñas e independientes, evadiendo hasta donde es posible la promiscuidad exagerada de las zonas urbanas.

Esto se ve más en California que en el resto de la nación, porque la bondad del clima de la parte sur de este estado se presta admirablemente para hacer una vida parecida a la del trópico. En Hollywood, en los suburbios de Beverly Hills, Bel-Air, Westwood Village, Brentwood y el Valle de San Fernando, que es donde residen casi todas las estrellas cinematográficas, hay casas desde 5,000 hasta 500,000 dólares. Las de precio más bajo son, a veces, mejores viviendas, desde el punto de vista del hogar, que las lujosas mansiones de cientos de miles de dólares, que recuerdan las grandes estaciones ferroviarias de Nueva York o París.

Habia visto una fotografía de la sala y me entusiasmé tanto que tomé un auto y me fui a visitar a Miss Stuart. Entré por la cocina, pintada de blanco y amarillo, guiada por la gentil artista, que quería dejarme oler la carne horneada que allí estaba preparando una cocinera joven y bonita.

Entre los artistas hay una gran rivalidad por superarse en la manera de vivir, pero muchas personas conscientes han llegado al convencimiento de que las residencias con docenas y docenas de habitaciones son tan aburridas como los mausoleos.

ES mas agradable visitar los hogares modestos de la colonia artística, como el de Gloria Stuart, en cuyas habitaciones se nota en seguida la obra delicada de la mujer que sabe arreglar su casa con gusto.

Habia visto una fotografía de la sala y me entusiasmé tanto que tomé un auto y me fui a visitar a Miss Stuart. Entré por la cocina, pintada de blanco y amarillo, guiada por la gentil artista, que quería dejarme oler la carne horneada que allí estaba preparando una cocinera joven y bonita.

Algunas veces—me decía—hago entrar a la gente por la sala, pero en el caso suyo quería que se fijara en la cocina para ver que opina de ella. Es la pieza más importante de una casa."

Vista desde el exterior, la residencia

parece más grande de lo que en realidad es. El edificio, que es de concreto color gris, ocupa un amplio terreno cerca del Boulevard de Hollywood, donde Gloria tiene sus jardines cuidados por ella misma. Atravesamos la cocina y llegamos a la sala, con sus muebles antiguos y sus rarezas de bric-a-brac.

LA alfombra es

una pieza de terciopelo, guarnecida y color de rosa. Las paredes están pintadas de crema, con una raya de satén. Entre los muebles hay un sofá de damasco de seda con rayas, del mismo color de la alfombra. Las persianas venecianas y los cortinajes de malla crema y material del mismo efecto completan el conjunto armonioso de esta encantadora sala, donde el piano cuadrado de madera rosa y las mesas lucen como en una antigua cámara.

Hay, además, dos butacas de tipo Victoriano, una sin brazos y otra con brazos, tapizadas de satén, dos sillas de antiguo diseño francés tapizadas de color rosa, y una silla tapizada de seda estampada color azul. En la pared principal hay un espejo de madera y dorado, modelo Victoriano, y labrado en los dos extremos superiores. En la pared que dá al sofá hay otro espejo negro con rayas doradas. A cada lado del piano hay un pedestal con candelabros franceses de cristal que arrojan una luz opaca y suave sobre la habitación.



hay un enorme espejo con cuatro portavelas que abarca y refleja la mesa y las sillas, la losa y la vajilla, que hacen juego con los colores de los cortinajes azules y el dorado de la alfombra. Sobre el aparador, otro espejo grande en el que se ven reflejados los cubiertos de plata y la cristalería.

El boudoir de Gloria Stuart es una bella sinfonía en rosado y azul, con toques de chartreuse. "Cuando hablo del tema de los colores con mis amigas, noto que se ponen disgustadas. A mí me parece que el efecto de los colores de una habitación depende de la disposición de los mismos."

Sobre el piso del boudoir hay una alfombra suave de color crema. Como las dimensiones de la pieza no son muy amplias, Miss Stuart ha colocado allí un diván de descanso forrado de una tela de seda azul estampada. El resto de los muebles lo componen un escritorio Hepelwaite, estantes giratorios para libros, una chaise longue con sus correspondientes cojines, y dos sillas, una púrpura y otra azul, tapizadas de satén. Los cortinajes son de malla color crema y de seda rosada.

CUANDO penetra-

mos en el comedor, Miss Stuart hizo este comentario: "Creo que siempre que se decora una casa o una habitación de espacio limitado se deben usar espejos para aumentar la sensación de espaciosidad de la pieza. Los espejos no solamente son decorativos, sino que reflejan el fondo de las habitaciones."

Las paredes del comedor son de un matiz azulado. En una de estas paredes

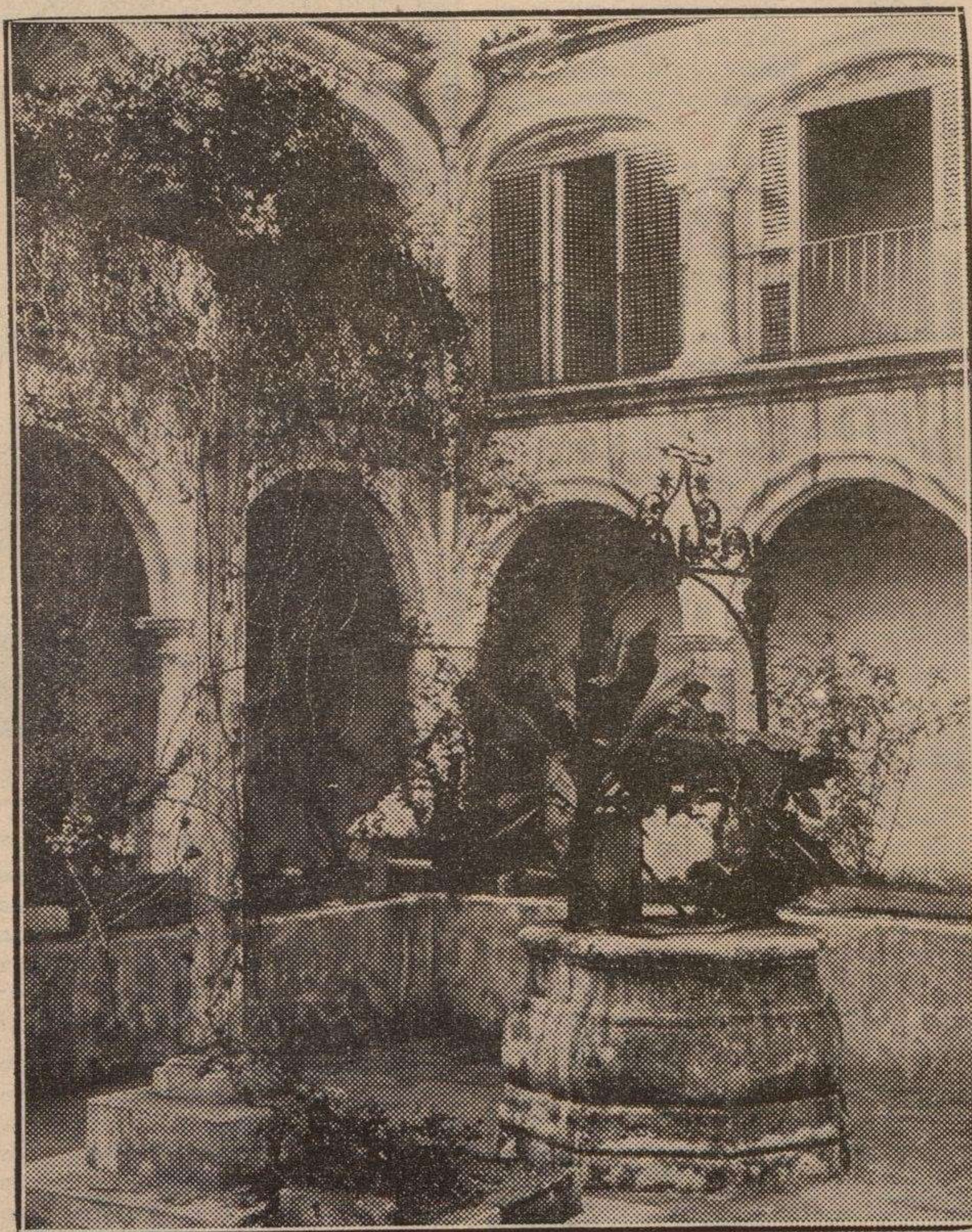
"Veamos ahora el dormitorio de Arthur, (Arthur Sheekman, el marido) pintado en rojo, blanco y azul. Aunque estos son los colores nacionales, la verdad es que los seleccionamos para que armonizaran con un cubrecama rojo y blanco, tejido a mano en el 1776, que fué la fecha de la revolución norteamericana. Lo compré por una bagatela."

Viejas nostálgicas descoloridas

LOS PATIOS

Por FEDERICO VILLOCH.

El patio de una casa es como el espejo en que se refleja la vida interior de las personas que la habitan. Según sean éstas, el patio demostrará orden, limpieza, modestia, arrogancia, abandono, y, según la categoría moral o económica de las mismas, el patio será espléndido o pobre, tranquilo o bullicioso. Familias bien educadas, de buenos principios y vida pura y sin tacha, patio limpio y sosegado. Familia a la diabla, en que todo va de cabeza y cada uno tira por su lado: patio obstruido de estorbos y cajas viejas, entre los que se amontonan el polvo y la basura. El patio es el pulmón por donde respira la casa. Si es amplio, como en las casas antiguas, respirará a toda satisfacción; si es exiguo, como suele acontecer en las modernas, parece que la casa se ahoga en una disnea continua. Vistos algunos patios desde lo alto de las ventanas interiores, son tan apacibles y sombreados, que parece que se les brindan al huésped para su solaz y descanso en sus horas de preocupaciones y pesadumbres; patios íntimos, confidenciales, acogedores, en algunos de los cuales hay, a veces, un banco de cómodo respaldo y un surtidor, en su centro, que entretiene al espíritu con el monótono rumor de su cristalino gotear dentro de la taza. El patio criollo, con sus arriates y sus simétricos canteros sembrados de vistosas flores, y su tamarindo o su flamboyán seculares en el medio, huele a tierra húmeda, a albahaca y a jazmines. El árbol, que ha cobijado a la prole desde los más remotos antepasados, parece él también un grave abuelo que brinda su sombra protectora a la familia, y la adormece y revive, y aconseja, con el murmullo de sus hojas, que hablan y que ven. El patio andaluz es más presuntuoso y señor, y participa de la categoría de una antesala. Huele a claveles y a ese perfume excitante de los mantones de seda que se han ceñido al busto de las mujeres hermosas; su comedido espacio está hecho para los diálogos titubeantes del amor; la queja alada de la copla andaluza y la expansión a media voz del requiebro. Patios claros llenos de sol de las ricas mansiones en las que juegan los niños en medio del estrépito de sus voces, y cuya reconfortante visión se lleva en una fugaz mirada el que pasa por la calle como un efluvio de primavera; patios sórdidos, oscuros de los antros de la miseria, chorreando humedad sus paredes grises y estremecidos por el eco de las toses y los carraspeos de las bronquitis crónicas, al cruzar frente a los cuales, apretando el paso, instintivamente, se tapan la boca los transeúntes. Patios de los hoteles y de las fondas, en los que se diría que todo va a la carrera, a paso de huída, con el ir y venir continuo y rápido de los huéspedes y la servidumbre, en medio del retumbar de los baúles y el chasquido de las maletas de cuero que ruedan, se amontonan y de súbito desaparecen para dejarles sitio a los nuevos equipajes que llegan. El patio de los conventos, el patio de los cuarteles, el patio de las casas de vecindad, tres recintos expuestos para los solemnes ecos del órgano, las estridencias de las grandes bandas militares y la algarazara cadenciosa y enervante de las tonadas callejeras. El patio del presidio, sepulcro abierto al sol y no a todo, sino a un pedazo de cielo nada más: aquel donde precisamente parece que no está Dios. El patio de los ministerios: reproducción de la balumba de la vida, con sus ambiciones, sus felonías, sus im-



riosas necesidades, sus esperanzas, sus desengaños, sus choques de intereses y de almas que se desconocen en el ansia común que las impulsa. El patio de las grandes industrias, en los que parece desperzarse el cansancio de un mundo de brazos extenuados, ahogados rectángulos llenos del rumor de las máquinas y en los que el viento barre y arrinconan el cisco de las chimeneas, como en su día hará la muerte con la multitud anónima que allí, detrás de los altos muros, se gana la vida perdiéndola. El patiecito escondido, silente, sombreado por la tupida parra que crece recia y añosa en uno de sus ángulos, y bajo la cual el filósofo, que supo encontrar la verdad, deja correr las horas de una vida quieta y sencilla. Grato, amable rincón para leer, para meditar, para morir en una mañana sin causar la pena de nadie...

Aquí en la Habana eran famosos los de las mansiones señoriales que un tiempo se levantaron en la Calzada del Cerro: el de la casa del Conde de Fernandina, célebre por la escogida clase de flores cubanas y extranjeras que se cultivaban en sus arriates: la rosa de Francia, el clavel de Andalucía, el crisantemo del Japón, el miosotis de la India, la violeta de los Alpes, el nardo de los Madriles, entre cuyas corolas perfumadas, rival de Flora, se paseaba aquella hada celeste que se llamaba Josefina, y a la que se paraban a con-

templar, embobados, a través de las verjas, los que discurrían por la Calzada. Un patio del día también célebre entre los habaneros: el de la casa quinta de Carvajal en la calle 17 del Vedado, en el que hasta no hace mucho se veía discurrir, entre los canteros, trazados a la inglesa, aquella dulce bondad, basada en la frente por los ángeles, que se nombraba Margarita Mendoza. El del Palacio de Gómez Mena en la calzada del propio aristocrático «faubourg», etc., etc.

También eran dignos de verse en el Cerro, el de La Caridad, en el que discurrían, en inolvidables noches del pasado, lo más granado de la sociedad habanera y lo más notable de la intelectualidad cubana. El patio de la mansión que por mucho tiempo ocupara aquel hombre que se robó la simpatía y el buen humor para él sólo: el elocuente orador autonomista y rico amo de ingenio don Rafael Fernández de Castro. Otro patio de grato recuerdo: el de la quinta Jorján, amplio y sombreado por emparrados y enredaderas copiosas y en el que, como en una «República de Platón», se reunían en amenas y cultas tardes y veladas, los intelectuales de la época: Ricardo del Monte, Montoro, Gálvez, Cortina, etc. Los patios de las mansiones, hoy transformadas por completo, algunas en bullangeras casas de vecindad—oh! tempora, oh! mores—de los Condes de Peñalver, de Cañonga, etc., etc. Todavía, cuando el Colegio Notarial de la Habana, allá por los años 80 ocupaba la gran

casena señorial de los Condes de Bayona, en la Plaza de la Catedral, se conservaban vestigios bastante apreciables de lo que había sido el patio de aquella noble mansión tan destacada, en la Habana antigua.

Muchos años después, cuando aún se tiraba en aquel viejo palacio el periódico «La Discusión», dirigida entonces por Tomás Juliá, asistimos a una junta benéfica que tuvo lugar en la hermosa sala biblioteca del citado periódico; y en un receso del acto tuvimos ocasión de contemplar, desde los balcones que lo circundan, el ancho y austero patio de la que fué mansión nobiliaria de los señores Condes de Bayona. La «loca de la casa» se transportó a lo pretérito, e imaginó lo que sería aquel bello lugar en la época de su esplendor. Por doquiera jarrones y macetas, y arriates sembrados de rosas de las clases más escogidas y variadas; jazmines y claveles en profusión desbordante; el ambiente saturado de sus puros aromas; misteriosos y confidenciales bosquecillos que formaban los emparrados y las tupidas enredaderas de madreselvas y azules campanillas, y rimando con el abierto surtidor de una fuente

se oía el clavicordio en el salón contiguo entre discretas risas preludiar la Pavana; y ya en aquel presente, germinaba lo antiguo; y ya, la nueva entonces, era la vieja (Habana. Y en tanto que la luna en las celestes encendía radiante su lámpara de amor... se paseaban del brazo entre las verdes (frondas, la Señora Condesa y el Conde, su Señor.

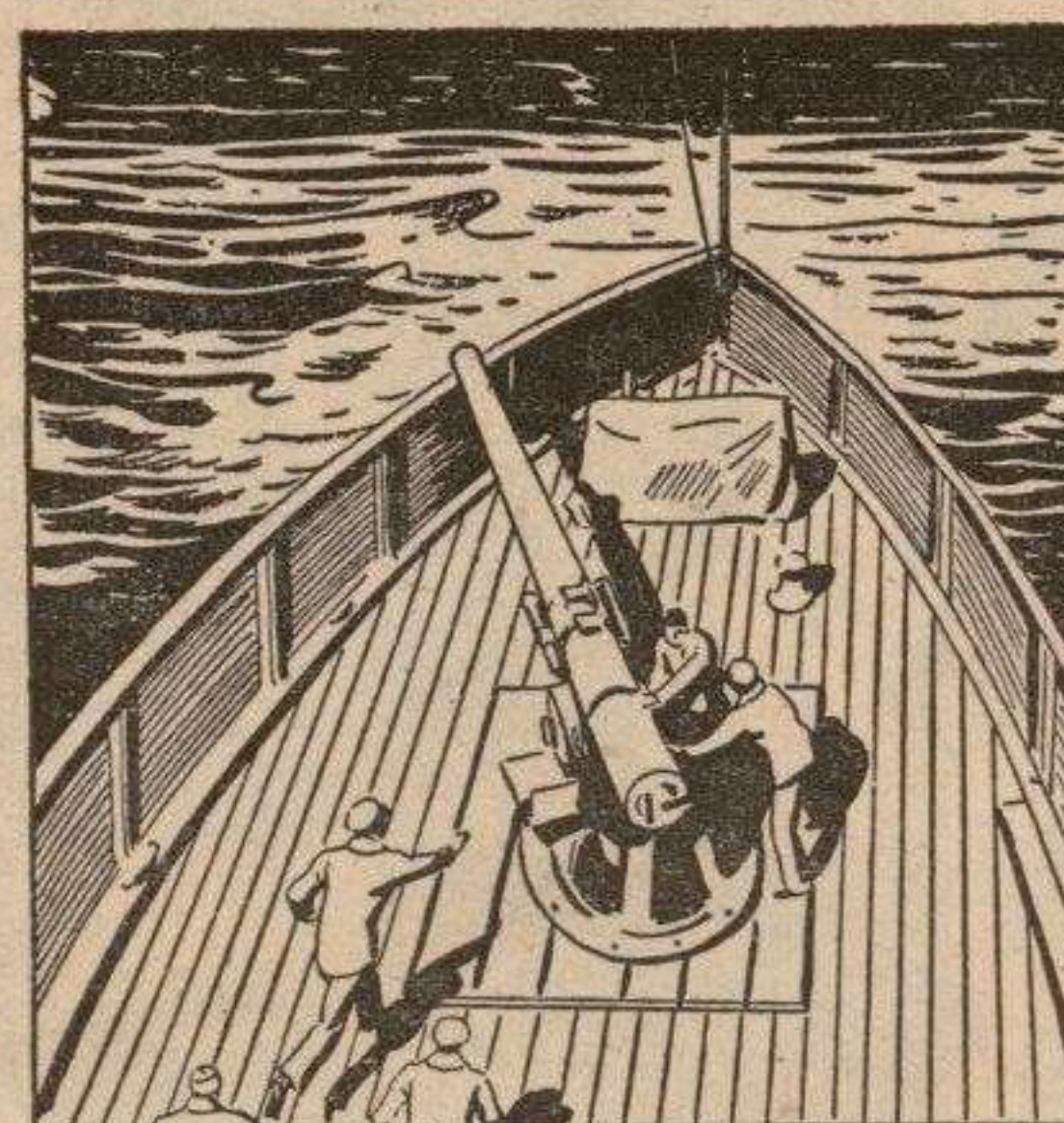
... ..

Los que acostumbran pasear en sus automóviles por la Quinta Avenida—y los turistas que de continuo la recorren—se encantan hoy contemplando en ella muchos patios que aún ponen de manifiesto el buen gusto que para adornarlos y hermosearlos tuvieron siempre nuestras familias acomodadas. Allí se ve, entre otros, el de la regia mansión de la señora María Francisca de O'Reilly, Condesa de Buena Vista, el de la casa de Cocó de Armas, el de los hermanos Santeiro; etc., etc.

Los patios célebres en la Historia, en el Arte, en la Literatura, el patio de la Conserjería de París, donde empezaron las matanzas de septiembre, el patio del Palais Royal de París, en el que de un monumento elevado a la memoria de Camilo Desmoulin recuerda la tarde gloriosa en que su verbo ardiente prendió la primera chispa de la Revolución Francesa, el patio del Caballo Blanco en el Palacio de Fontainebleau, desde cuya escalera central dió Napoleón el Grande el famoso adiós a sus Águilas, al retirarse a la isla de Elba; el patio del Kremlin, cárcel en que por unas horas se vió encerrado el propio Napoleón sin encontrar una salida, en la terrible noche del incendio de Moscú; el patio de los Leones de la Alhambra; el del Alcázar de Sevilla, con sus fantásticos jardines, y el Baño de Doña María de Padilla; el patio de San Juan de los Reyes en Toledo; el de el Alcázar de la propia ciudad, ahora dos veces célebre en la Historia. El patio de nuestra Casa Consistorial, en cuyo centro austero se levanta la estatua del Descubridor y desde cuyos altos balcones cien Capitanes Generales de la Colonia, otros tantos Alcaldes, dos Interventores y tres de nuestros Presidentes vaciaron sus meditaciones, cada cual en su Noche Triste, como la de Hernán Cortés. Dulce, lamentando la incomprensión de sus compatriotas; Martínez Campos, viendo perdido ya para siempre el dominio de España en América; Ximénez Castellanos despidiéndose—el último—del sol de Carlos V; Estrada Palma, herido su corazón de patriota por el más cruel de los desengaños. ¡No se advierte que el patio de la Casa Consistorial está bañado así como por una sombra de tristeza?...

LA GUERRA DE LOS ESPÍAS

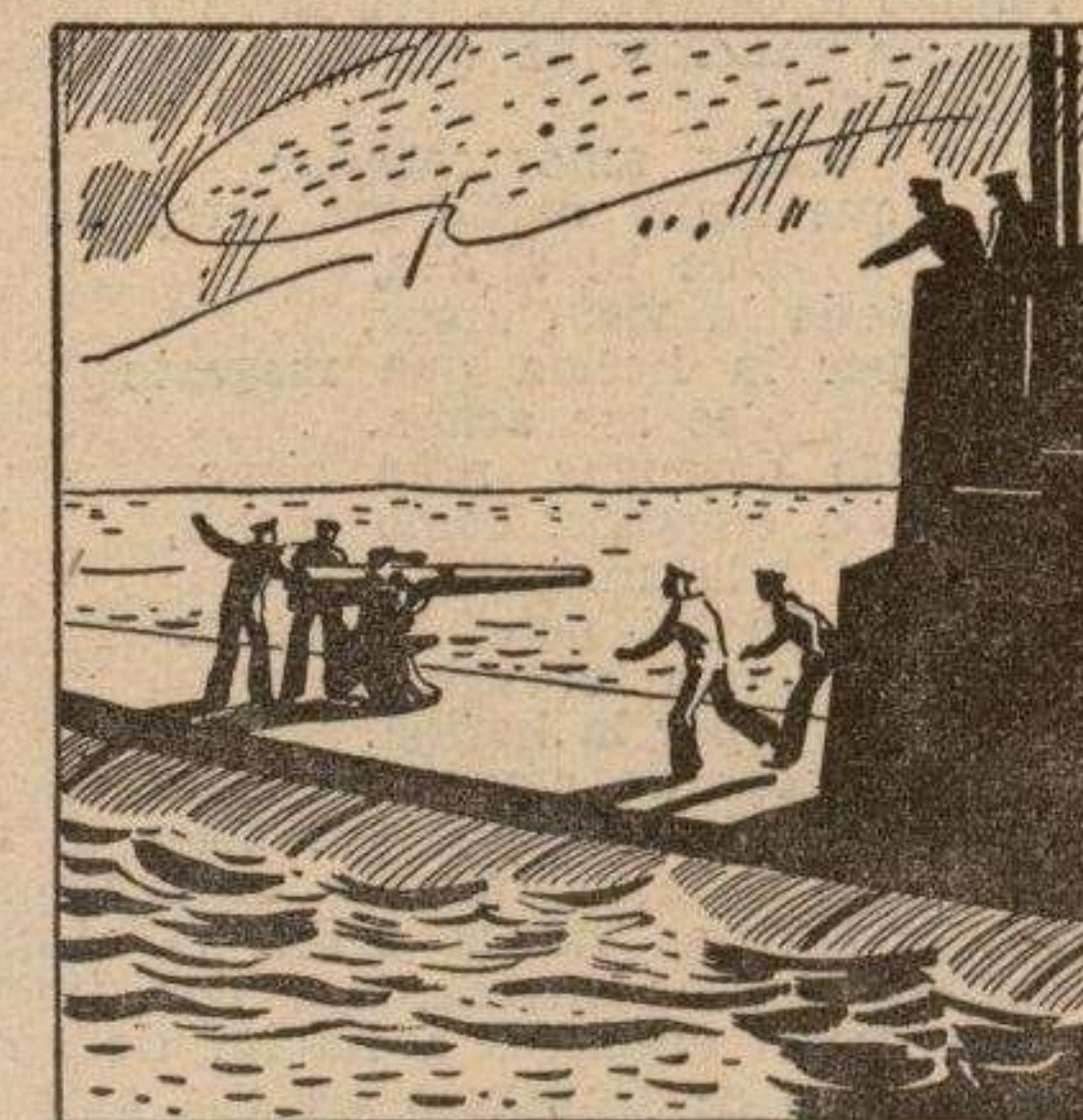
51. POR PETER B. KYNE



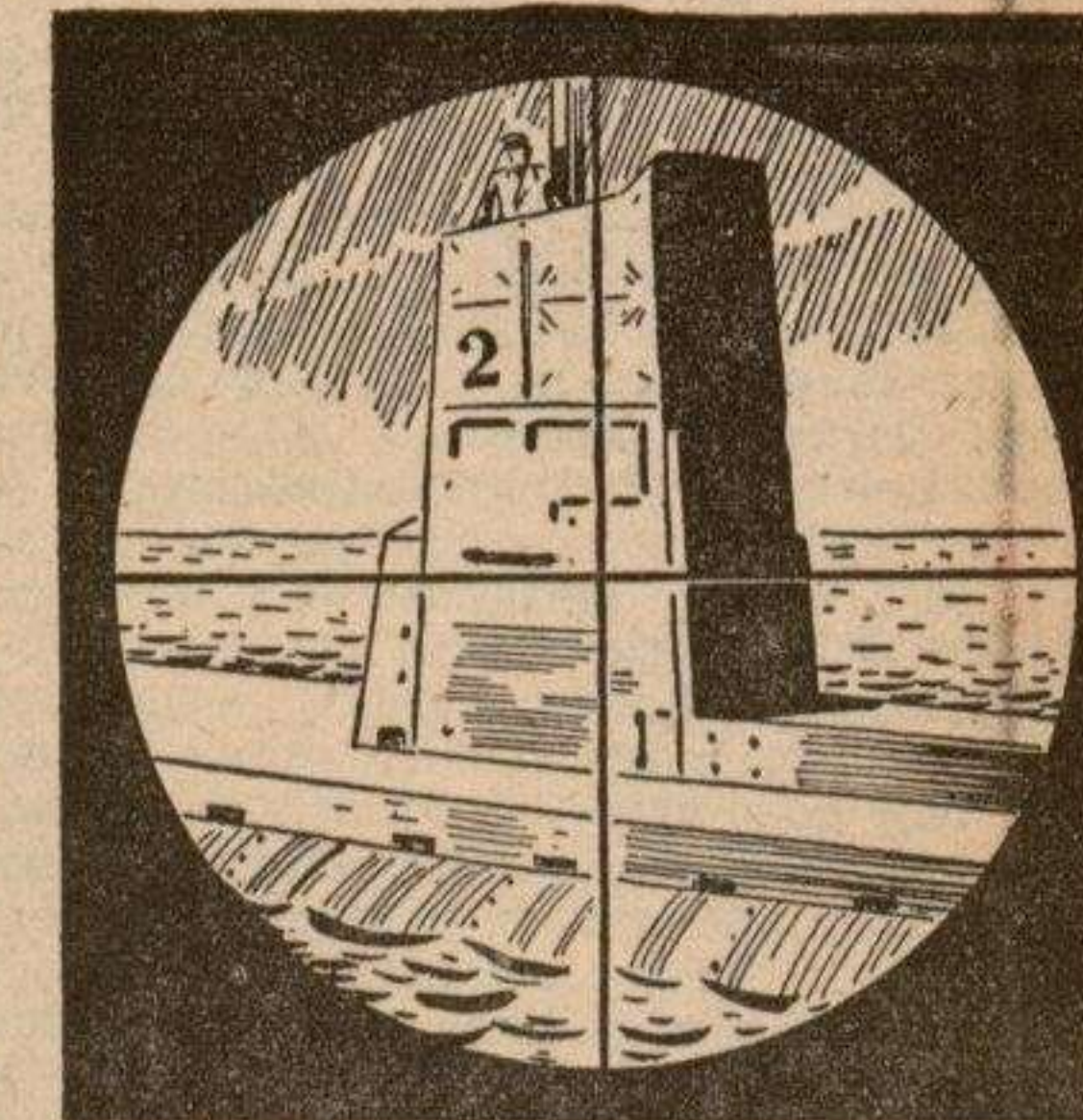
DESDE SU PUESTO EN LA CABINA DEL PILOTO EL CAPITÁN RICKS OBSERVABA LAS MANIOBRAS DE SUS HOMBRES EN LA CUBIERTA. CUANDO VIÓ EL CAÑÓN DE SEIS PULGADAS, CASI SE LE OLVIDÓ EL TIMÓN DEL BUQUE...



MAYOR FUÉ SU REGOCIJO AL CONTEMPLAR COMO MURPHY PONÍA EL CAÑÓN EN POSICIÓN Y MIRABA AL BLANCO, LISTO PARA ENTRAR EN ACCIÓN. ESTABA ORGULLOSO DE LA HABILIDAD Y VALOR DE AQUELLOS MARINOS.



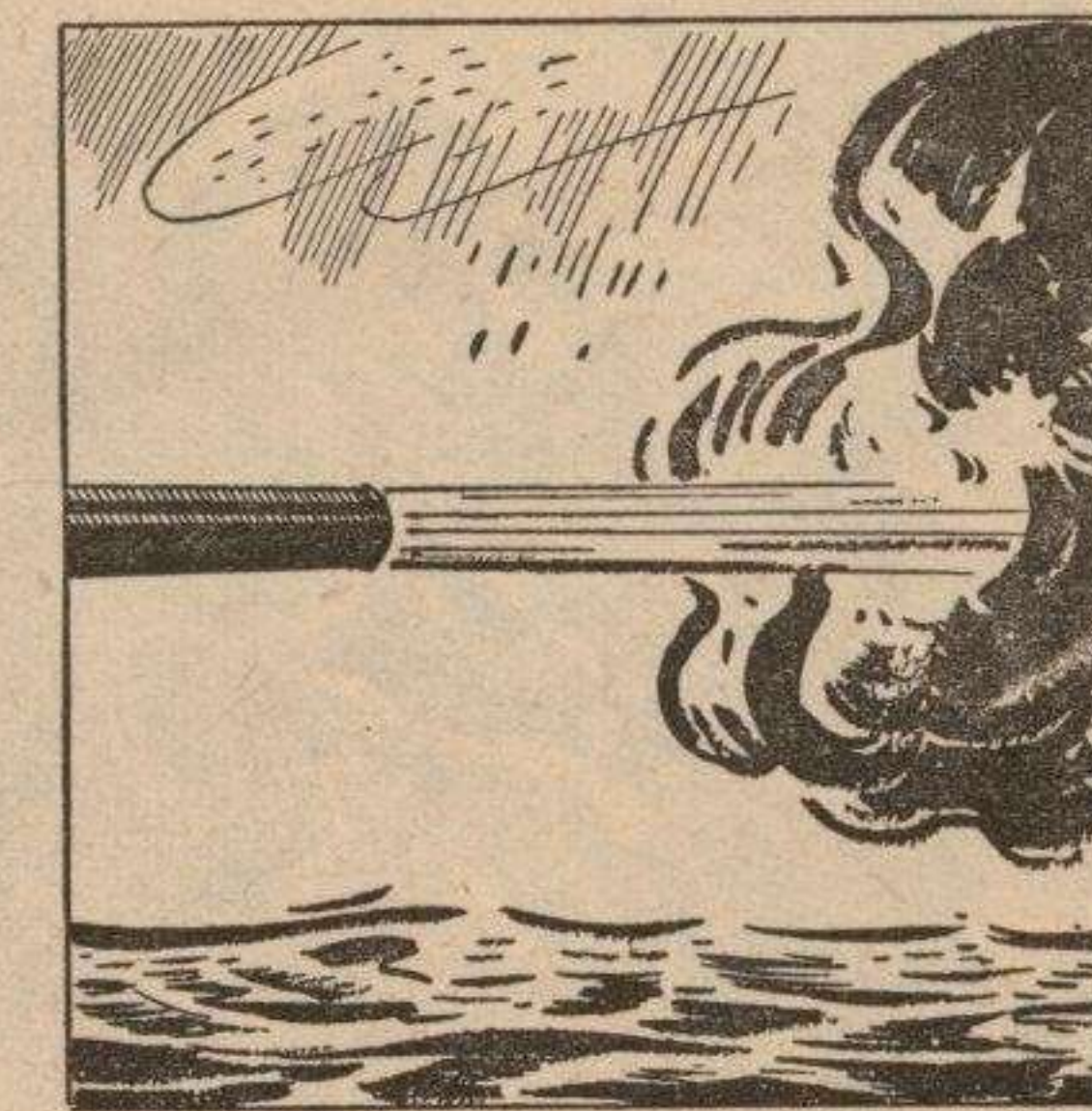
ENTONCES VOLVIÓ LOS OJOS PARA AVERIGUAR LO QUE HACÍAN LOS TRIPULANTES DEL SUBMARINO. ESTOS, AL VER LAS MANIOBRAS DEL COSTA RICA, SE PREPARABAN A MONTAR SUS TORPEDEROS PARA DISPARAR.



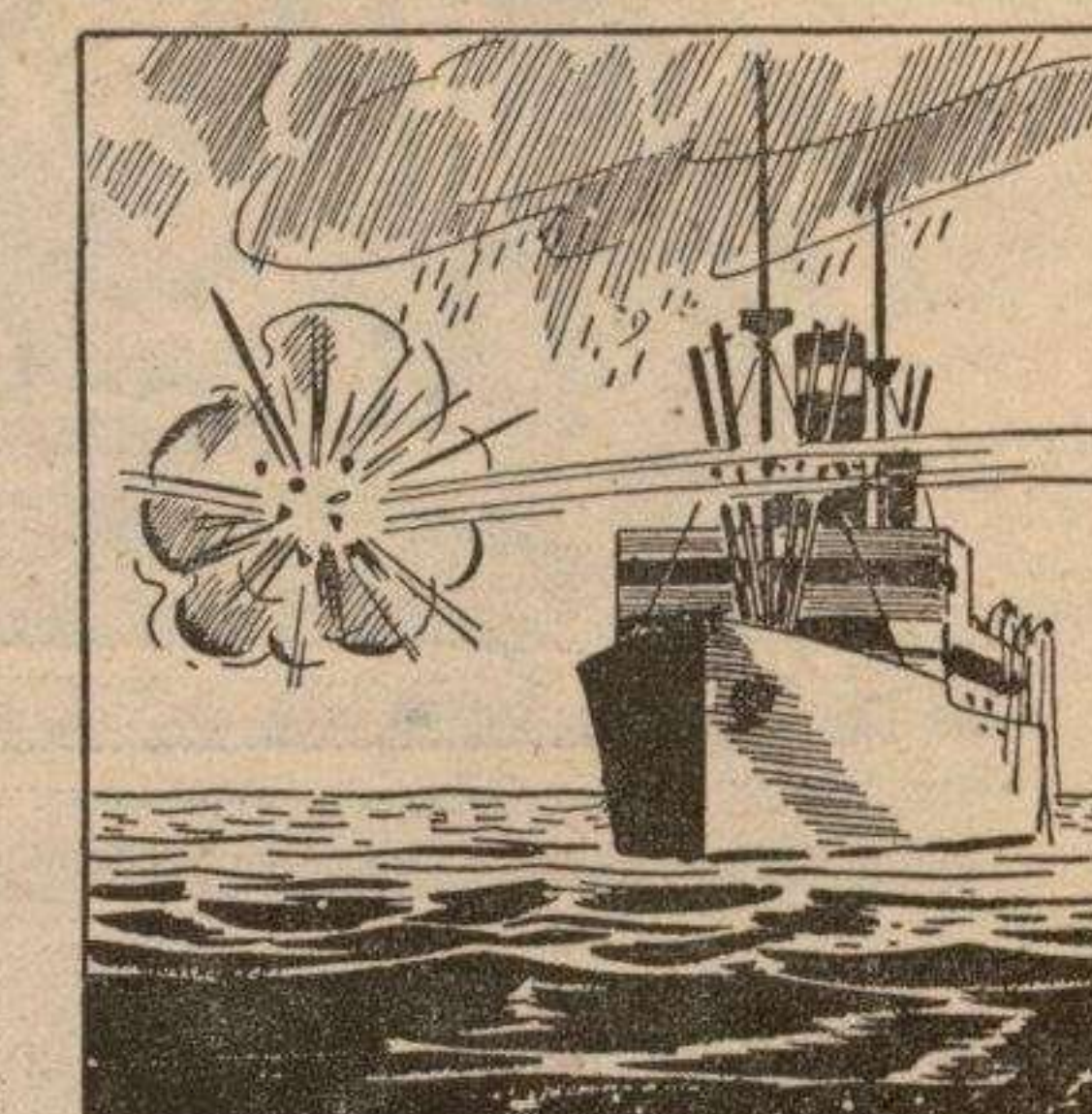
RÁPIDAMENTE, EL CAPITÁN RICKS TENDIÓ UNA MIRADA A SU TRIPULACIÓN DEL COSTA RICA Y COMPRENDIÓ QUE EL AGUNTO SE DECIDIRÍA EN CUESTIÓN DE SEGUNDOS Y QUE NO HABÍA TIEMPO QUE PERDER.



MURPHY HABÍA ENTRENADO PERFECTAMENTE A SUS HOMBRES, PERO LOS TRIPULANTES DEL SUBMARINO ESTABAN TODAVÍA MÁS DISCIPLINADOS. EL CAPITÁN RICKS SE DIÓ CUENTA DE QUE TODO ESTABA FAVORABLE A LOS ENEMIGOS.



EN SEGUIDA QUE OBSERVÓ LAS ACTIVIDADES DEL COSTA RICA, EL COMANDANTE DEL SUBMARINO DICTÓ ÓRDENES ESTRUCTAS, Y EN UN APRIIR Y CERRAR DE OJOS LOS ALEMANES ESTABAN DISPARANDO CON UN CAÑÓN DE CUBIERTA.



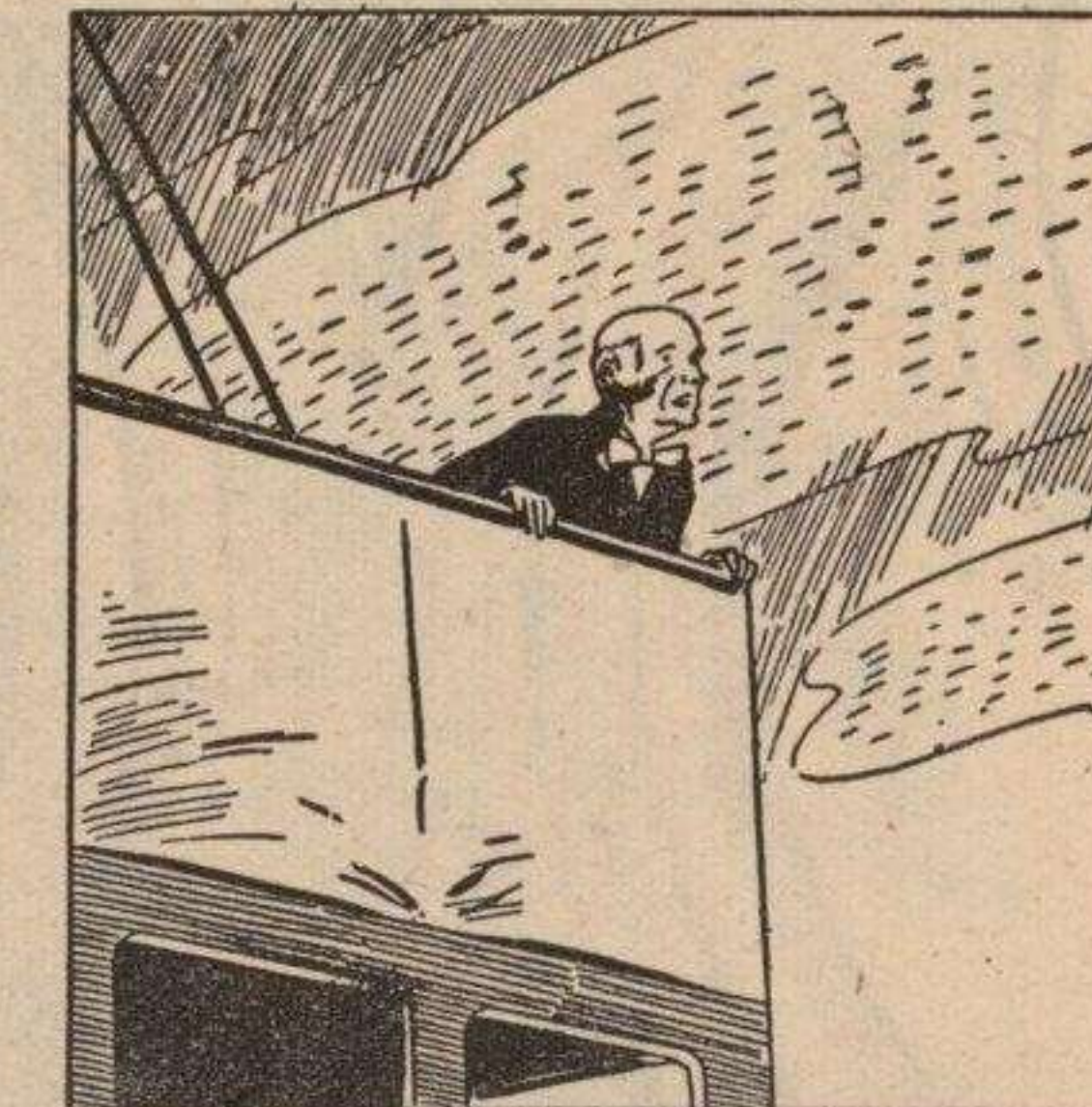
ANTES DE QUE EL CAÑÓN DEL COSTA RICA PUEDIERA ESTAR BIEN APUNTADO, SONÓ EL PRIMER CAÑONAZO DEL SUBMARINO, QUE, A FORTUNADAMENTE NO HIZO BLANCO. LOS ALEMANES ESTABAN DE PRISA Y NO CALCULARON CON EXACTITUD.



MURPHY DISPARÓ INMEDIATAMENTE EL CAÑÓN DEL COSTA RICA Y EL PROYECTIL FUÉ A DAR CON EL SUBMARINO, EXACTAMENTE EN LA BORDA. POR UN MOMENTO, LA EXPLOSIÓN LEVANTÓ UN CHORRO DE AGUA QUE OCULTÓ EL SUBMARINO.



POCO DESPUÉS SIGUIÓ UNA EXPLOSIÓN TERRIBLE. MURPHY HABÍA HECHO BLANCO Y EL CAPITÁN RICKS PUDO OBSERVAR CLARAMENTE, POR ENTRE EL AGUA, LOS FRAGMENTOS DEL SUBMARINO, QUE APARENTEMENTE HABÍA SIDO DES-



TROZADO. TAN EXCITADO ESTABA EL VETERANO QUE SOLTÓ EL TIMÓN PARA MIRAR TODOS LOS DETALLES DE LA EXPLOSIÓN. NUNCA EN SU VIDA HABÍA VISTO UN ESPECTÁCULO MÁS SENSACIONAL. EL SUBMARINO SE IBA A PIQUE...

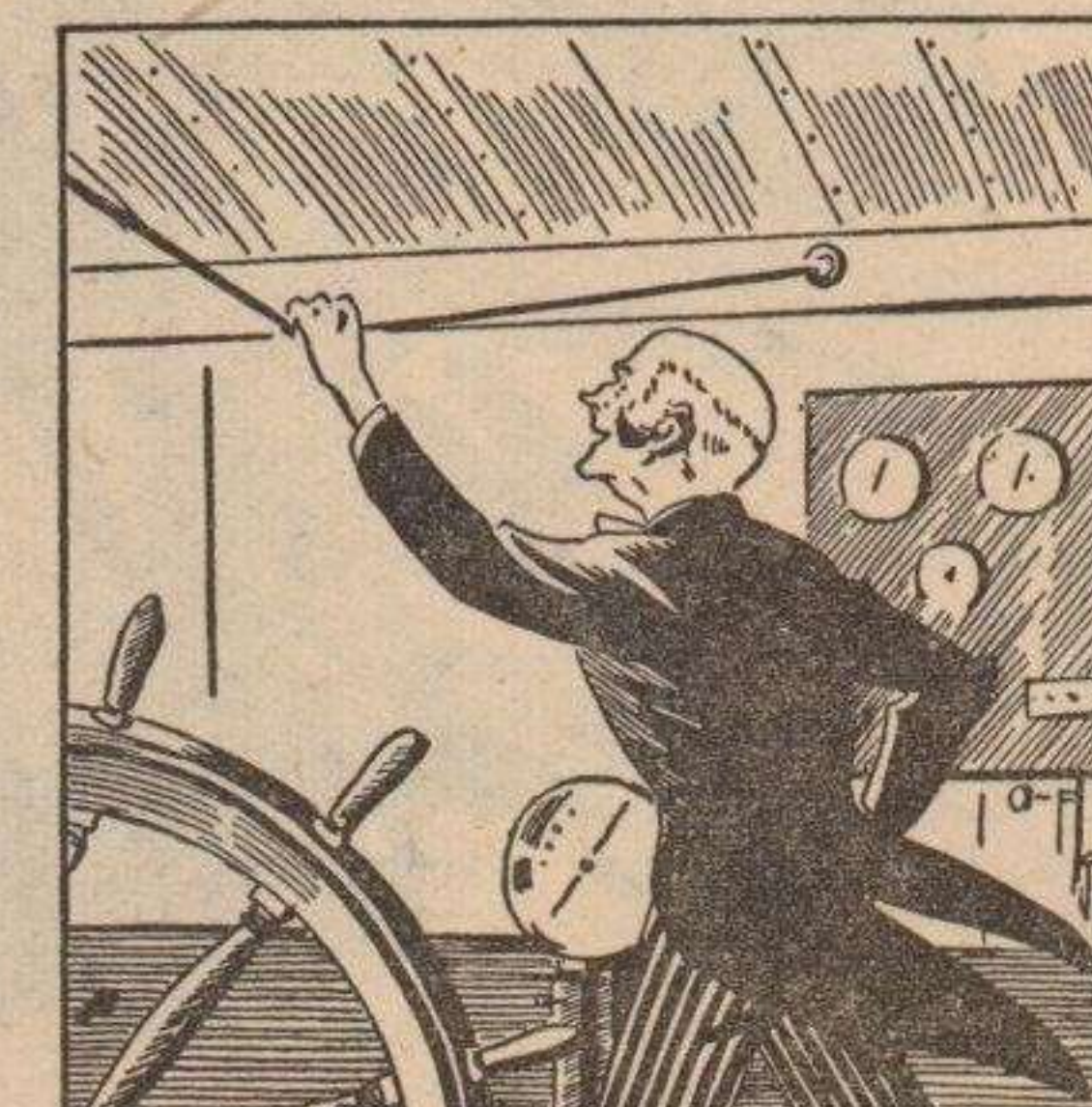


FASCINADO, EL CAPITÁN CONTEMPLÓ CÓMO EL TERROR DE LOS MARES SE PARTÍA EN DOS Y SE HACÍA TRIZAS EN MEDIO DE OTRA EXPLOSIÓN ENSORDECEDORA. LAS DOS MITADES DEL SUBMARINO SE SUMERGIERON EN EL AGUA Y PO-

CO DESPUÉS DESAPARECÍA EL ÚLTIMO VESTIGIO DE LA NAVE. LO ÚNICO QUE SE PODÍA VEREN LA SUPERFICIE DEL MAR ERA UNA ESPESA CAPA DE ACEITE, DONDE MOMENTOS ANTES ESTABA PARADO EL SUBMARINO.



MURPHY Y SUS HOMBRES ESTABAN PENDIENTES DEL RESULTADO Y TAMBIÉN CONTEMPLARON EL HUNDIMIENTO DEL SUBMARINO ALEMÁN. CUANDO ESTE SE HABÍA IDO A PIQUE, MURPHY LE GRITÓ A RICKS: «¿ESTÁ SATISFECHO?»



EL CAPITÁN NO ESTABA SATISFECHO, SINO PROFUNDAMENTE REGOCIJADO. DOMINADO POR LA ALEGRÍA, SÓLO TUVO TIEMPO PARA TIRAR DE LA CUERDA DEL SILBATO Y HACERLO SONAR UNAS CUANTAS VECES DE CORRIDO.



A PESAR DE QUE EL SILBATO LANZABA UN RESOPLIDO MELÁNCOLO, EL CAPITÁN RICKS CONTINUABA TOCÁNDOLO. A LOS POCOS SEGUNDOS, TERENCIÓ REARDON LLAMÓ POR EL TUBO DE COMUNICACIÓN AL PUENTE DEL PILOTO.



CREYENDO QUE ERA EL PRIMER OFICIAL EL QUE CONTESTABA, Y NO RICKS, LE GRITÓ MALHUMORADO: «¿QUÉ DIABLOS HACES AHÍ, SALTANDO EL VAPOR CON EL SILBATO, CUANDO YO NECESITO SALIR DE AQUÍ A TODA MÁQUINA?»

señorío evocaban las figuras antiguas de reinas y de abadesas; nadie podría igualar la gracia, un poco alta, de su paso; acompañábase de algunas doncellas, de un escudero y de un paje, y mozo. La turba harapienta que se hacinaba en el atrio comenzó a salmodiar en coro las más extremadas alabanzas y las más fervorosas bendiciones:

—Que los ángeles acompañen siempre a doña Aldonza Velázquez.
—Bendiga el Señor a la madre de los pobres.

—Hasta que no os vemos entrar por esas puertas, señora, no nos parece que ha salido el sol.

Sonriose levemente la viuda y paseó una mirada de lástima y de cariño sobre los que se agolpaban y reñían por tocar la orla del su manto o por verle más de cerca. Tomando luego de manos del paje la repleta escarcela, fué repartiéndole cuanto contenía, con el gesto de cristiana elegancia con que imaginamos a Santa Isabel de Portugal o a Santa Casilda de Toledo, de las cuales cuenta la leyenda el suave milagro del pan convertido en rosas. Los mendigos tomaban la copiosa limosna con más reverencia que avidez, y muchos la besaban y la apretaban contra su pecho como si fuese una reliquia. Así, deteniéndose con todos, doña Aldonza tardó un buen rato en llegar adonde el distraído caballero contemplaba curioso aquella escena. Al encararse con el avilés dijo la dama estas palabras:

—Nunca os vi por estos lugares, señor; decidme, si os place, cuál es vuestra necesidad.

—Soldado viejo soy, mi señora que ya no puedo combatir. Si me hace bien poco por el más desesperado de los hombres; pero ahora, que os veo, me creo el más dichoso de todos. No os he de mostrar mi llaga, porque es tan honda y tan enconada que nadie podría verla sin espanto. Pero acaso vos, si quisierais, la podríais curar.

Enrojejó la dama de enojo y de vergüenza, ante el desenfado de estas palabras, y contestó desabridamente:
—El Señor os alivie, que es quien puede; porque no no tengo virtud milagrosa.

Y no quiso darle por sí misma la limosna, sino que ordenó a su escudero que se la diese, en tanto que ella, recogida en un gesto de orgullo, se entraba por las puertas del templo. Don Pedro de Villatoro quedó un largo espacio fijo en la negra abertura por donde la dama desapareciera imaginando, en su ciega soberbia, la manera de rendir aquel fortísimo castillo cuando volviera a la ciudad ataviado con sus galas de caballero.

Entretanto doña Aldonza, de hinojos en su almohada de terciopelo, se fatigaba en ordenar su oración cotidiana, de ordinario tan tranquila y devota. Una intensa sensación de disgusto invadía su ánima e iba empañando en ella el cristal clarísimo de su serenidad. Parecía que, al pasar por el atrio se la había enredado un mal espíritu entre la lengua cauda de su manto y la envolviere ahora en desasosiego y turbación.

XV

Al levantarse los manteles del yantar vespertino, un día del mes de mayo—corridos mil quinientos veinte años después del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo—, Rodrigo Fernández, el viejo, hizo venir a Diego de Canencia, para decirle que un Labrador de Hontanares que llevaba dado noticia de que andaban en el Eresma algunos ánaes salvajes, y, por ser cosa desusada en aquella estación, quería el regidor darles caza al otro día. Y en cuanto amaneció, salió por las puertas de San Juan el caballero con Diego y Alonso, que salía ya a acompañar a su abuelo a semejantes funciones por sotos y montes.

Rodrigo Fernández vestía sayo y calzas de parda bayeta segoviana, y se tocaba con una gorra de lo mismo; iba un poco adelante, orgulloso y erguido sobre su buena mula de piel lustrosa, de color de cobre, y llevaba en el puño a «Reinaldos», su famoso halcón neblí, de pluma blanca y gualda, que ansioso de luz, empapaba la cabecilla encaprotada y agitaba las alas de vez en cuando para desperzarse. Diego de Canencia montaba una vieja yegua torda y apretaba contra el pecho un sacre negro de Noruega que los mercaderes habían traído, bravo aún, pocos días antes. Y Alonso cabalgaba en el machuelo romano que el regidor le había regalado. Los tres cazadores tomaron el camino viejo que lleva a Arévalo del Rey.

La tímida primavera de Castilla se manifestaba en los jugosos brotes que rompían las ramas plateadas de los álamos; los sotos del río parecían un cielo estrellado, con tanta multitud de florecillas blancas sobre el césped fino y ralo; brillaba el sol templadamente a través de la tenue neblina del río, y con su calor se despertaba el campo del larguísimo sueño invernal. Diversas veces hubieron de apartarse los altaneros para dejar pa-

que volían de Extremadura, guiados por los manos de ojos dorados que acompañaban el sonido de sus esquilas; y Rodrigo Fernández preguntaba a todos los pastores, sentados a mujeresiegas en sus yeguas, sobre la calidad de las hierbas en Guadalupe y en Trujillo y sobre las circunstancias de la invernada y de la paridera. Sentían los mozos, que de intento quedaban zagueros, el corazón muy liviano, y hacían el camino jugando como niños; de pronto Diego de Canencia rompió a cantar, con voz llena y caliente, una cancioncilla que él mismo había compuesto:

Amor, amor cazador
que aquel dardo me arrojaste
de tu aljaba,
toda la vida, amor,
por la herida que rasgaste
se me acaba.
No detengas, niño ciego,
con engaños, como sueles,
la mi vida.
Si de mi pena te dueles
deja que se vaya luego
por la herida.

Y los ecos de aquella canción de juventud se derramaron por todo el valle del Eresma; para oírlos suspendieron las lavanderas de la orilla el rítmico golpear de las mazas; los dos jinetes comenzaron entonces a hablar de amores: Diego de Canencia andaba aquellos días haciendo la corte a María Bernal-

do, no nada esquivaba ni avara de sus sonrisas, que estaría entonces oyendo misa con doña Juana de Avendaño, su señora. Entretábase en subir de puño la hermosura de su dama, y fué enumerando minuciosamente sus perfecciones: los cabellos dorados como rayos de sol, los ojos rasgados y pardos, la pequeña nariz, las manos finas y breves a maravilla. Pero debajo de aquellos divertimentos, algo más grave y hondo permanecía en el alma del mozo y empañaba alguna vez la alegría de su mirada. Desde la muerte de Gonzalo Fernández, su hermano de leche, servía de escudero a doña Aldonza; poco a poco, sin que él se diera cuenta, la tranquila y noble belleza de la viuda se le iba entrando en el corazón e iba cambiando en amor recio y durable la devoción que siempre le inspirara; pero él consideraba demasiado alta a su pensamiento cuanto no fuera servirla y reverenciara toda la vida, y procuraba entretenerse con otros amos.

Estaba ya alto el sol cuando los cazadores entráronse por el soto de Lobos, sombrío vergel cobijado en un seno de la planicie; llegados junto al río, saltaron al suelo los mozos y ataron sus cabalgaduras al argentado tronco de un gran pobo. El regidor, caballero en su mula, se adelantó hasta un alto des-

de él que se descubría mucha porción del río; quitó entonces el bordado capiroto que ceñaba al pájaro, el cual, después de aletear un poco para desatar sus miembros entumecidos, tendió su her-

apareciesen, hasta que el regidor llamó a su halcón con un grito agudo, que permaneció mucho tiempo entre los ecos del valle, y el ave mansa abatióse ceteramente, como una saeta, sobre el señuelo donde el escudero, que ya se

había agregado, le regaló con un corazón de paloma. Como por allí se oyeran las esquilas de un hato de cabras, buscó Diego al pastorcillo que le guardaba y supo de él que los ansares no parecían por el río desde el mismo día de

tes, en tesis general, quieren a los felinos. Estas demostraciones afectivas se muestran a granel entre todas las clases sociales y entre todas las actividades de la mente. Empero, son los poetas y los escritores quienes han demostrado siempre una ternura mayor para los «tigres en miniatura». Un poeta de musa vibrante y un literato de prosa diamantina no se conciben sin un apego especial por los gatos. Para demostrarlo me remito a las biografías de los príncipes de la literatura, en todas las épocas y en todas las latitudes. Raro es el poeta o el prosista de fama cuyo nombre no vaya unido a un gato en particular. Y, a mayor abundamiento, como decía yo cuando ejercía de abogado, recordemos unos cuantos casos que no me dejarán mentir.

Beaudelaire, cumbre de la literatura francesa en la última centuria, tan sensual en su vida como en su producción, era un niño bueno a la vista de un gato. Durante sus paseos, bien fuesen saturados de alcohol o enervados por extravíos diversos, el autor de «Flores del Mal» humedecía sus ojos y tomaba en sus brazos a cualquier felino que le saliese al paso. Un gato era para Beaudelaire un sedativo que actuaba con eficacia en todo momento.

La «gatofilia» la hallamos muy extendida en los poemas de Enrique Heine. Pero entre los poetas que con más desbordamiento han cantado al «tigre en miniatura» ninguno lo ha immortalizado como Taine. Sus doce sonetos dedicados a sus tres gatos favoritos—Puss, Ebene y Mitonne—están considerados como una bella producción. Estos inspirados trozos fueron escritos sin la intención de ser publicados jamás. Taine los consideraba demasiado íntimos para darlos a la voz curiosidad de las gentes. A pesar de la voluntad del poeta y de la oposición cerrada de los albaceas testamentarios,

ba de calentar los entumecidos miembros de la compañera que espiraba. Su gato negro extendido sobre el pecho de la enferma le infiltraba un poco de calor que faltaba en la fría alcoba, sin calefacción de su casita de Fordham.



ba de calentar los entumecidos miembros de la compañera que espiraba. Su gato negro extendido sobre el pecho de la enferma le infiltraba un poco de calor que faltaba en la fría alcoba, sin calefacción de su casita de Fordham.

Desdémoma, sobre la mesa de trabajo de Barbey d'Aureville, dejó la huella de sus patas en muchas de las páginas que escribió su dueño. «La Criatura de los ojos de oro sobre un pedazo de encajes negros», como llamaba a su gata el gran escritor, compartía el lecho y el plato del amo convertido en esclavo.

Entre los hombres de letras, los casos de amor hacia los gatos se amontonan con exuberancia prodigiosa. Teofil Gautier se vanagloriaba de haber producido bajo el techo de su casa una dinastía felina tan numerosa y de tanta prosapia como la de los faraones. Pierre Loti, el lánguido autor de «Las Desechadas», vertió una gran parte del romanticismo que fluía por su corazón sentimental sobre las sedosas pelambres de los felinos. Sus dos gatas favoritas, la «Moumoute Blanca» y la «Moumoute China», immortalizadas por el prodigio de su pluma desde las páginas de su libro «Vida de dos Gatas», nos reconcilian un poco con estos animales, que han hecho de la hipocresía y del silencio un rito.

El gato es el tipo acabado del individualismo perfecto. Para él, como en la antigua historia del baturro, los beneficios del mundo, desde una base distributiva, deben dividirse en dos: Todo para mí y nada para vos. Sin embargo, tiene una condición inapreciable para mí, pues los considero como los monarcas del silencio. Su pose enigmática en la vida les gana muchas simpatías. Un gato, con todas las perversidades del gato y al mismo tiempo ladrando como un perro, sería un ser intolerable. Pero no;

La Habana, enero de 1938.

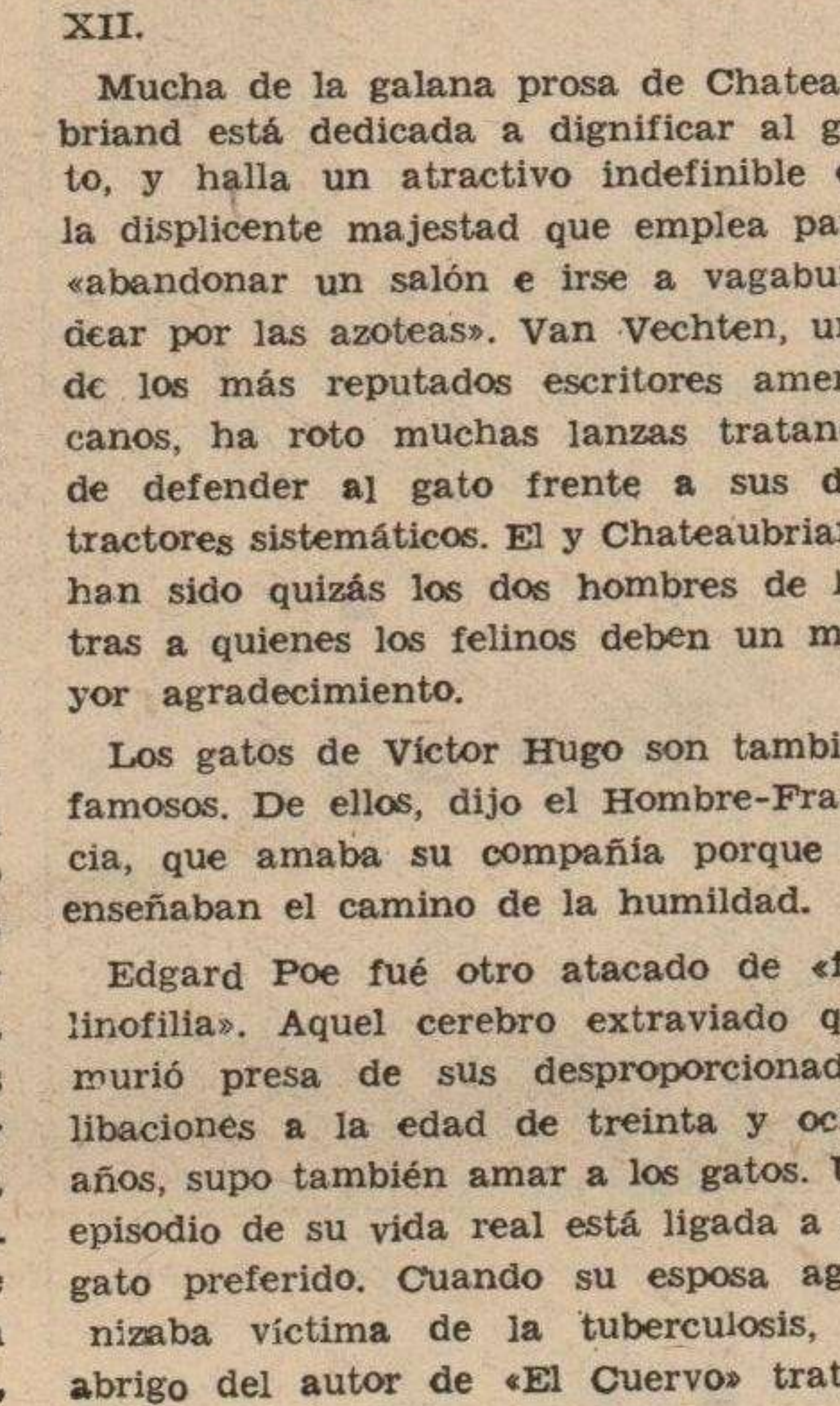
Henri Rockefeller, con uno de sus gatos, en el jardín de su Villa

Claude Farrere, en su mesa de trabajo, con su hermoso gato

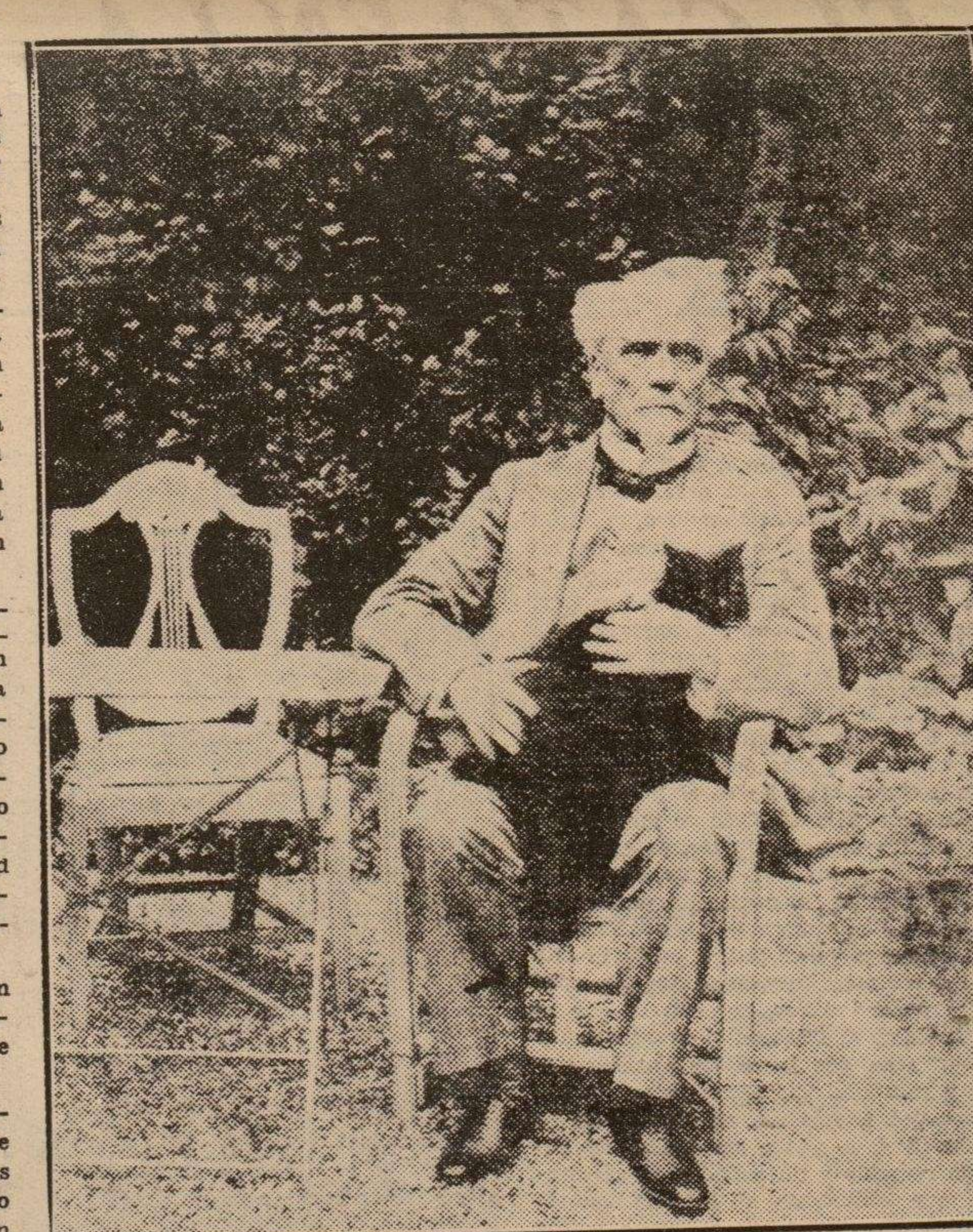


Henri Rockefeller, con uno de sus gatos, en el jardín de su Villa

Claude Farrere, en su mesa de trabajo, con su hermoso gato



Henri Rockefeller, con uno de sus gatos, en el jardín de su Villa



Henri Rockefeller, con uno de sus gatos, en el jardín de su Villa

ba de calentar los entumecidos miembros de la compañera que espiraba. Su gato negro extendido sobre el pecho de la enferma le infiltraba un poco de calor que faltaba en la fría alcoba, sin calefacción de su casita de Fordham.

Desdémoma, sobre la mesa de trabajo de Barbey d'Aureville, dejó la huella de sus patas en muchas de las páginas que escribió su dueño. «La Criatura de los ojos de oro sobre un pedazo de encajes negros», como llamaba a su gata el gran escritor, compartía el lecho y el plato del amo convertido en esclavo.

Entre los hombres de letras, los casos de amor hacia los gatos se amontonan con exuberancia prodigiosa. Teofil Gautier se vanagloriaba de haber producido bajo el techo de su casa una dinastía felina tan numerosa y de tanta prosapia como la de los faraones. Pierre Loti, el lánguido autor de «Las Desechadas», vertió una gran parte del romanticismo que fluía por su corazón sentimental sobre las sedosas pelambres de los felinos. Sus dos gatas favoritas, la «Moumoute Blanca» y la «Moumoute China», immortalizadas por el prodigio de su pluma desde las páginas de su libro «Vida de dos Gatas», nos reconcilian un poco con estos animales, que han hecho de la hipocresía y del silencio un rito.

El gato es el tipo acabado del individualismo perfecto. Para él, como en la antigua historia del baturro, los beneficios del mundo, desde una base distributiva, deben dividirse en dos: Todo para mí y nada para vos. Sin embargo, tiene una condición inapreciable para mí, pues los considero como los monarcas del silencio. Su pose enigmática en la vida les gana muchas simpatías. Un gato, con todas las perversidades del gato y al mismo tiempo ladrando como un perro, sería un ser intolerable. Pero no;

La Habana, enero de 1938.

EL GATO EN LA LITERATURA

Por RENATO VILLAVERDE

EL AMOR DE EUROPA POR LOS FELINOS Y LOS CANES.—EL CONGRESO INTERNACIONAL DEL GATO.—LOS MININOS CAUTIVAN A LOS HOMBRÉS DE LETRAS.—BAUDELAIRE, TAINE, CHATEAUBRIAND, POE, HUGO, VAN VECHTER, GAUTIER, LOTI, ZOLA, ANATOLE FRANCE, COLETTE, HACEN DEL GATO UN IDOLO.—LOS MONARCAS DEL SILENCIO.

Que los gatos y los perros son animales que ocupan un sitio preponderante cerca de los hombres, es cosa que nadie habrá de negar. Los individuos se sienten atraídos hacia estos mamíferos de cuatro patas, y raro es el hogar donde uno o varios de ellos no tienen establecido un imperio que mucho recuerda las pasadas épocas del absolutismo. En la vieja Europa, y especialmente en Francia, es donde este fenómeno puede apre-

ciarse mejor. Me atrevo a asegurar que no existe una sola casa entre cuyos miembros no se cuente por lo menos la presencia de un gato o de un perro.

Tal ha sido el amor que en Francia se siente por los gatos, que durante el otoño último en París se ha celebrado un pomposo Congreso Internacional del Gato. Este Congreso, de un originalismo encantador y posiblemente único en su



Colette, la gran periodista francesa del minuto presente, adorando a su gato

género, tuvo una finalidad netamente científica. No fué un Congreso amenizado con el espectáculo de una Exposición Felina. Ni un solo gato mostró sus pelambres aterciopeladas, ni un solo maullido interrumpió los sesudos discursos vertidos por las docenas de hombres, sabios en su mayor parte, que se reunieron en París durante unos días, llegados desde todos los ángulos del mundo, para señalar en bases inmutables los diferentes aspectos que abarca la vida de estos interesantes felinos.

Ningún marco mejor que París para celebrar un Congreso Internacional del Gato. El París que ama todas las ciencias y que se estremece a la contemplación de todas las artes, es un París que vibra también de entusiasmo y que sabe derramar su gran amor comprensivo sobre estas bestias policromas, sinuosas y escurridizas, un poco enigmáticas y esencialmente egoístas. En el amor de las gentes hacia los gatos hay un sedimento de masoquismo, tal que en el mismo amor hacia los perros hay un júbilo canto a la reciprocidad emotiva. El gato, en el cariño, es eminentemente receptivo; el perro, en cambio, es un generador inagotable de afectos repetidos. Y, sin embargo, los gatos ocupan una plaza semejante a la que llenan los perros en el corazón de los hombres. Esta anomalía, que se me antoja un poco incomprensible, podríamos tratar de explicárnosla en aquella afirmación de Buffon: «El imperio del hombre sobre los animales es un imperio legítimo que ninguna revolución puede echar abajo, porque es el imperio del espíritu sobre la materia».

Victor Van Tricht fué uno de esos sabios miembros de la Compañía de Jesús que legó al mundo, en forma de conferencias amenas y documentadas, el caudal de sus conocimientos pasados a tra-

vés del tamiz de su cerebro prodigioso. Su aguda observación se plasmó también sobre los gatos («qué pensador no ha hecho lo mismo?»), y explica el por qué de la tradicional reserva de estos «tigres en miniatura» en dos bellos renglones que me complazco en recordar aquí: «El gato es un animal prudente, experimentado, que no se entrega sino con mesura, y ésta siempre recelosa; que no cree en la bondad de nadie; que en el fondo, ¡quizás cuánta razón tengan los gatos!...

El gato implantó su maullido en Europa allá por el siglo X. Pero no temáis; no voy a haceros la historia del desarrollo del gato en el viejo Continente, después de traído de su cuna egipcia. Solamente os diré, como prueba de lo que este animal significó para los hombres de hace mil años, que el Código de Gales dictó penas severísimas y crecidas multas contra todo aquel que diese muerte a un gato.

Lo interesante de este animal, no es él mismo en sí, sino el cariño que despierta entre los hombres; la personalidad que adquiere cada día, hasta el extremo de que, en pleno París y en pleno florecimiento de la Exposición Internacional de Artes y Técnicas, un serio Congreso agrupa hombres sabios de todas las latitudes para tratar sobre los felinos...

Y este imperio del gato en el mundo, que se traduce ahora en tecnicismos más o menos científicos y congresionales, abandonando su tradicional órbita afectiva, nos hace dar la razón a Victor Hugo cuando afirmó que «les betes sont au bon Dieu, mais la betise est à l'homme».

Sin que sigamos analizando el por qué se ama al gato como se le ha amado siempre, convengamos en que las gen-

tas ni esconderse entre las zarzamoras. Picaba ya el sol, y las aves estaban pesadas y anhelosas; el caballero dejó su mula, se asentó debajo de un fresno, a la vera del camino, y allí su nieto y

manso; en tanto que las aves secaban su plumaje. Diego envareó los juncos, y zarzales de la ribera con un botecillo de liga que sacó de la alforja, y, a poco, pudo regalar a su discípulo, que admiraba su destreza en toda suerte de ejercicios, una oropéndola y dos jilgueros. Felices y descuidados, gozando plenamente de la hermosura de la tarde primaveral, tendiéronse en el césped y arrojaron uno sedales a la tranquilidad corriente en que se miraban los desmayados sauces y los álamos sonoros de la orilla; pendientes estaban de su artificio, cuando oyeron la voz del regidor que les llamaba, y habiendo recogido apresuradamente aves, anzuelos y liga, fueron hacia el fresno donde le habían dejado; pero antes de avistarse oyeron plafar de caballos y ruido de conversación.



su escudero le sirvieron de comer de lo que Diego llevaba en una alforja; comieron luego ellos, y dejando solo al viejo, fuéronse a sestar junto al río, hasta que, algo caído el sol, se ocuparon en bañar a los halcones en un re-

manejo, en tanto que las aves secaban su plumaje. Diego envareó los juncos, y zarzales de la ribera con un botecillo de liga que sacó de la alforja, y, a poco, pudo regalar a su discípulo, que admiraba su destreza en toda suerte de ejercicios, una oropéndola y dos jilgueros. Felices y descuidados, gozando plenamente de la hermosura de la tarde primaveral, tendiéronse en el césped y arrojaron uno sedales a la tranquilidad corriente en que se miraban los desmayados sauces y los álamos sonoros de la orilla; pendientes estaban de su artificio, cuando oyeron la voz del regidor que les llamaba, y habiendo recogido apresuradamente aves, anzuelos y liga, fueron hacia el fresno donde le habían dejado; pero antes de avistarse oyeron plafar de caballos y ruido de conversación.

—Este muchacho, señor, es Alonso, mi nieto, hijo del sinventura de Gonzalo Fernández Ossorio, que gloria haya, Bajó el caballero sobre el niño la sombra mirada de sus ojos, y sobre su cabeza posó la recia mano, enguantada de hierro.

—Grandes deseos tuve, Alonso, de conocer a vuestro padre, y Dios no lo quiso; ahora huélgome de veros, porque sin duda habéis de ser tan buen caballero como él lo fué.

La mirada del avilés pesaba sobre el muchacho más que el guante que le oprimía la cabeza, y así, rozando apenas con los labios la cruz grabada en la manopla, corrió a refugiarse al lado de Diego de Canencia. Dió el regidor la tomaron el camino de Segovia, cuyas torres, doradas por el sol poniente, parecían sobre los chopos. Iban delante los caballeros, conversando calurosamente; detrás del escudero avilés, y a la zaga, Diego y Alonso, silenciosos y malhumorados, perdida por completo la alegría de aquel día en cavilaciones y presentimientos.

Hablaba el recién llegado con apasionada elocuencia, en períodos cortados y firmes. Rodrigo Fernández, le escuchaba atentísimo y se limitaba a asentir a sus palabras, y de tarde en tarde añadía algún comentario, conciso y claro, lleno de buen sentido. Ponderó el de Cantiveros la humillación de las ciudades, tan libres y poderosas en tiempos del buen Rey Don Enrique, sometidas al Poder real por los católicos Isabel y Fernando, que nombraban para ellas corregidores y daban los reglamentos a letrados y a hombres llanos, como Judas a Nuestro Señor; no en treinta dineros, sino por trescientos ducados y otras cosas de provecho.

Arremolinóse la gente en torno de los caballeros; por éstos picaron a sus bestias y lanzáronse al galope calle arriba. Los criados de Rodrigo Fernández, que guardaban la puerta de San Juan y la tenían cerrada por el tumulto, abrierónla de par en par al conocer a su señor, y a poco resonaba el empedrado de la hidalga plaza de San Pablo, rudamente batido por los hierros de las cabalgaduras.

Ante el portón ferrado de sus casas, Rodrigo Fernández, rogó al de Cantiveros que le honrara aposentándose en ellas el tiempo que gustase de parar en la ciudad; accedió don Pedro de Villatoro, si bien sólo por aquella noche, pues la siguiente debía pasarla en la morada que Alonso Coronel, su pariente, se había labrado junto al postigo de la Judería. Entonces el regidor tomó por la mano a su huésped y le condujo, con mucha cortesía, a la cámara de respeto, cubierta de alfarje dorado. En tanto que las esclavas trajinaban para colgar el lecho de cortinas de damasco y tender sobre él blanquissimos lienzos de casero y oloroso hilado, para cubrir con una alcatifa de vivos colores los ladrillos de la solería, o encender en un brasero de plata el espejo y laurel de los sahumeros, Alonso presentó al avilés el aguamanil y las toallas, y fué recibido con tanta gentileza que limpió su mente de prejuicios y no pudo menos de admirar a aquel guerrero que había hecho de Italia campo de sus hazanas. Los escuderos aviléses sirvieron a su señor camisa de cambay y un tabardo de terrán azul adornado de armiño, para que lo echase sobre el jubón de armar, y a poco pareció el forastero en las galerías, aún más galán que con el arnés. Era de muy elevada estatura y noble rostro de color cetrino; largas pestañas velaban el brillo de los ojos negros, en los que se reflejaba el cansancio de una vida demasiado rica en aventuras de amor y de guerra; entre sus barbas y cabello, bien peinados, brillaban ya muchos hilos de plata.

Quiso el regidor entrar a su huésped en la sala de los baños para que se confortase con la refacción que allá estaba dispuesta; pero don Pedro de Villatoro nunca quiso aceptar sin hacer antes su pletisía a las damas de la casa, y así, el regidor hubo de llevarlo

DESDE PARIS

Mlle. Louise Thuliez, heroína

7 DE NOVIEMBRE DE 1918

a la cámara de sus sobrinas. Doña...

soldados algún tiempo, aventureros o...

don Pedro de Villatoro—, que ya hartas...

quedado en Castilla, después del éxodo...

INMEDIATAMENTE después que los...

«Modelo del más puro patriotismo que...

—El sol era más brillante que nunca...

LOUISE THULIEZ NOS DICE...

Es Louise Thuliez quien nos habla, éste...

A través de los vidrios del ventanal se

pañuelos diciendo adiós, todos empapados...

LA TRISTISIMA RETIRADA

Louise Thuliez sigue contándose su...

—Primero —dice— vimos que la retirada...

LA AVALANCHA COMIENZA

La luz se va poco a poco, pero la voz...

—El pánico reinaba. Doce horas después...

COMO CONEJOS, COMO SERPIENTES

Definitivamente, la penumbra se espesaba...

—Fue entonces —continúa diciéndome...

EL REY BORBON

—¿De Alfonso XIII? —le pregunto. —Si señor...

—Doña Aldonza Velázquez, vuestra...

—Es muy niña—contestó el regidor—,...



las últimas casas del barrio de San Millán...

En la casa de los paños, alumbrada por...

Mediante algunas reales repartidos...

lo caballero, con armas y ropas suntuosas...

«Que sean confundidos y cubiertos de vergüenza...

«Que sean como el polvo al soplo del viento...

Que su camino sea tenebroso y resbaladizo...

—¡Espere quieto el que no quiera que le pase...

menzaba a disipar las sombras del valle, los judíos...

XVII

Envejecidos con el favor real, que disputaban...

Louise Thuliez tiene la coquetería de algunos mechones...

—Tengo aún en mi memoria aquel vuelo de



Mademoiselle Louise Thuliez ostentando las condecoraciones...

La noche se hizo, completa, a pesar de que sólo eran las cinco...

—¿Y después? —Después, el 7 de noviembre de 1918...

CONOCIMIENTO DE EDITH CAWELL

La voz de Louise Thuliez se hace de pronto sombría...

—Conoció a Edith Cawell —dice— en febrero de 1915...

Un silencio. Louise Thuliez precisa su evocación...

LA RETIRADA ALEMANA

La voz de Louise Thuliez es de bronco. Sus miradas brillan...

—Pero —dice— nos hicieron bajar del tren. «Imposible ir más adelante»...

SU PRIMERA REBELDIA

—Pero cuando Von Luttwitz exigió que las enfermeras...

Por la primera vez la interrumpo en el hilo sensible...

LA PRISION SINIESTRA

—Hasta que un día —dice mademoiselle Thuliez—...



El General Weygand, con el uniforme de Académico

mana. ¡Oh, aquellas visiones! Hombres, mujeres, animales...

Louise Thuliez es directora, en 1937, de un colegio de niñas...

EL MEDICO Rural

Por Max de Abad

El Dr. Dafoe, Galeno de las Quintuples, Nos Hace Pensar en la Posibilidad de Que Nazcan Séxtuples y se Salven.

todos y a los pocos momentos se había confundido con ellos de la manera más modesta, como si estuviera en el seno de la familia. Los jóvenes y las muchachas quedaron encantados. Betty Garde, la que tiene a su cargo la lectura del diario de las Quintuples, había sufrido una rotura de un brazo hacía poco tiempo y quería consultarle al Dr. Dafoe sobre los tratamientos que le daba su médico. John Reed King, el locutor del programa, deseaba que le diera un remedio para el catarro. Uno de los músicos le trajo un lápiz y un papel para que le escribiera unas líneas a su hija. A todos complació, sonriendo. Los técnicos de la radiodifusora observaban, nerviosos, el cuadro que tenía lugar en el salón contiguo y le dijeron por el altoparlante: "Tenga la bondad de venir acá, doctor, que no podemos salir del cuarto de los controles y deseamos saludarlo!"

El médico rural fué a donde lo llamaban y les dió la mano a los técnicos. Faltaban cinco minutos para empezar el programa en el cual iba a hablar el galeno, y en esos cinco minutos se hizo amigo de todos los empleados y artistas reunidos allí!

SE permitió a los fotógrafos de la prensa que le tomaran varias fotografías y luego se sentó frente a la mesa desde donde tenía que ha-

blar. Me dijo que todavía le quedaba un minuto y medio para contestar más preguntas.

—¡Usted no parece estar nervioso!—le dije.

—No hay razón para ponerse nervioso. Lo que sé que estoy algo apocado, por ser la primera vez.

—¡No lo he notado, doctor!

Alzó las cejas en señal de sorpresa y cuando se volvió y vió que el ingeniero le indicaba que podía empezar, tomó el papel en sus manos y leyó el manuscrito con absoluta calma y sin equivocarse ni una sola vez.

—¿Cómo estuvo?—me preguntó a la terminación del discurso.

—¡Muy bien! ¿Dónde aprendió la técnica del radio?

—En ninguna parte. Esto no requiere técnica. ¿Quiere hacerme alguna pregunta más?

—¡Sí, sobre las Quintuples! ¿Las saca usted de los terrenos de la casa donde viven?

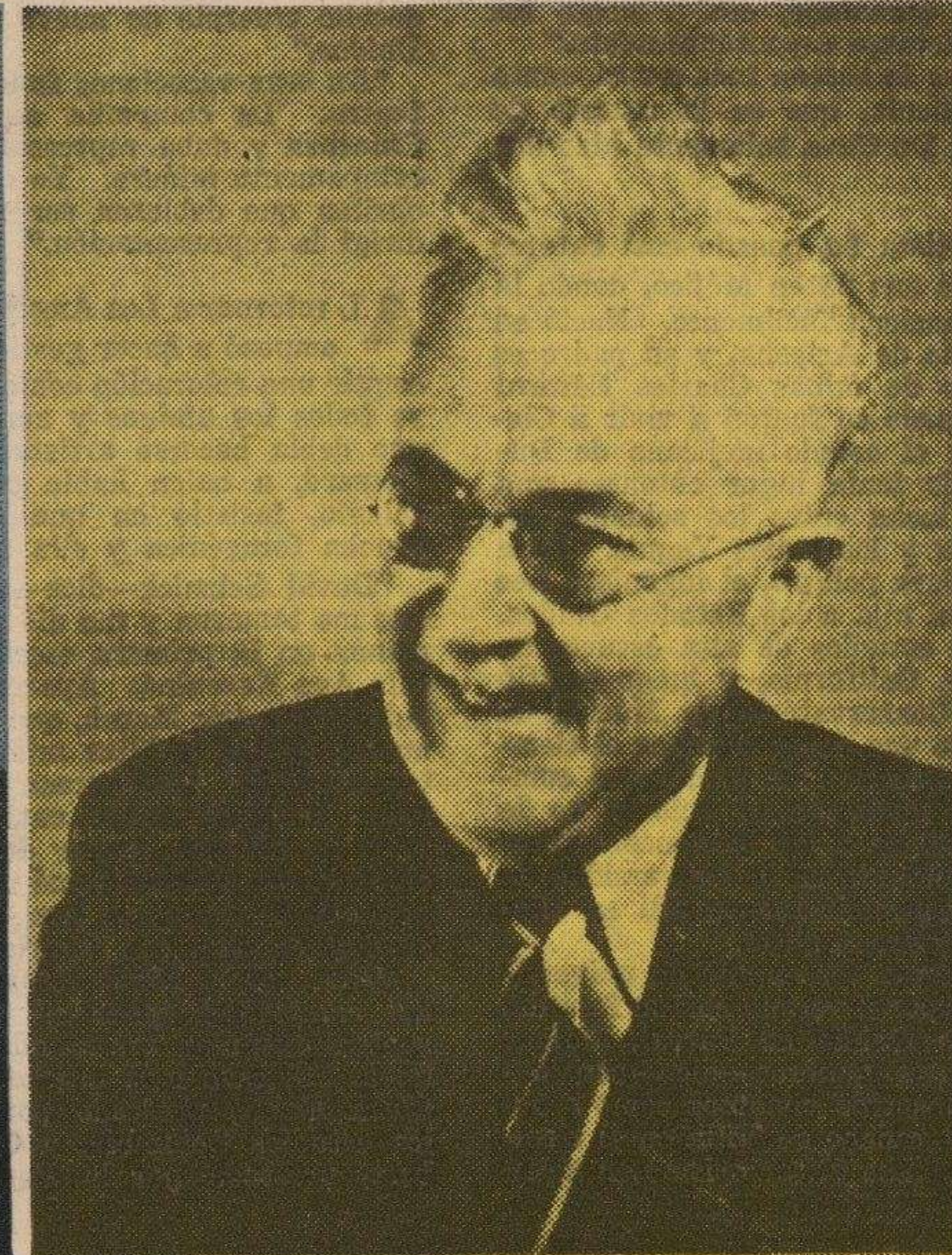
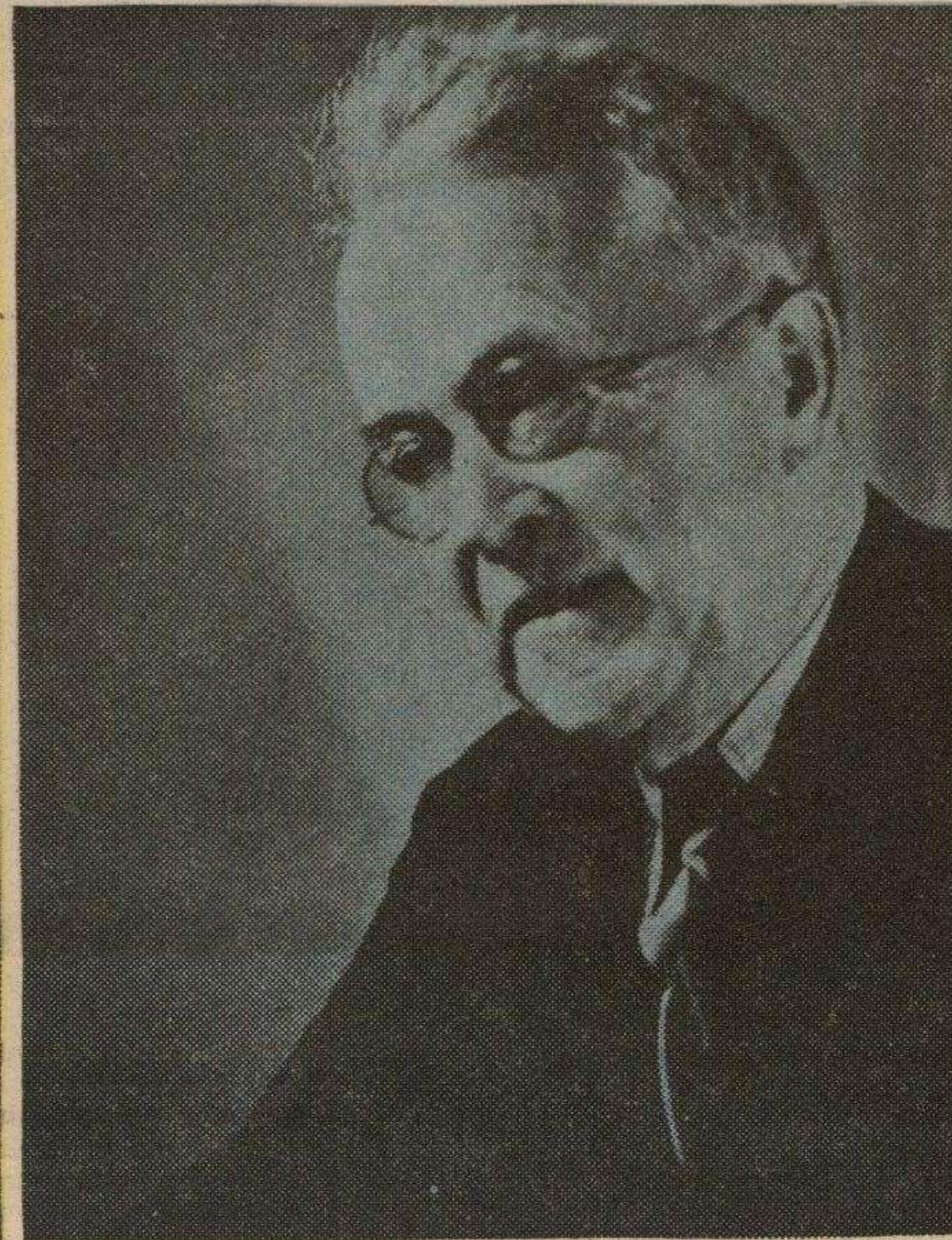
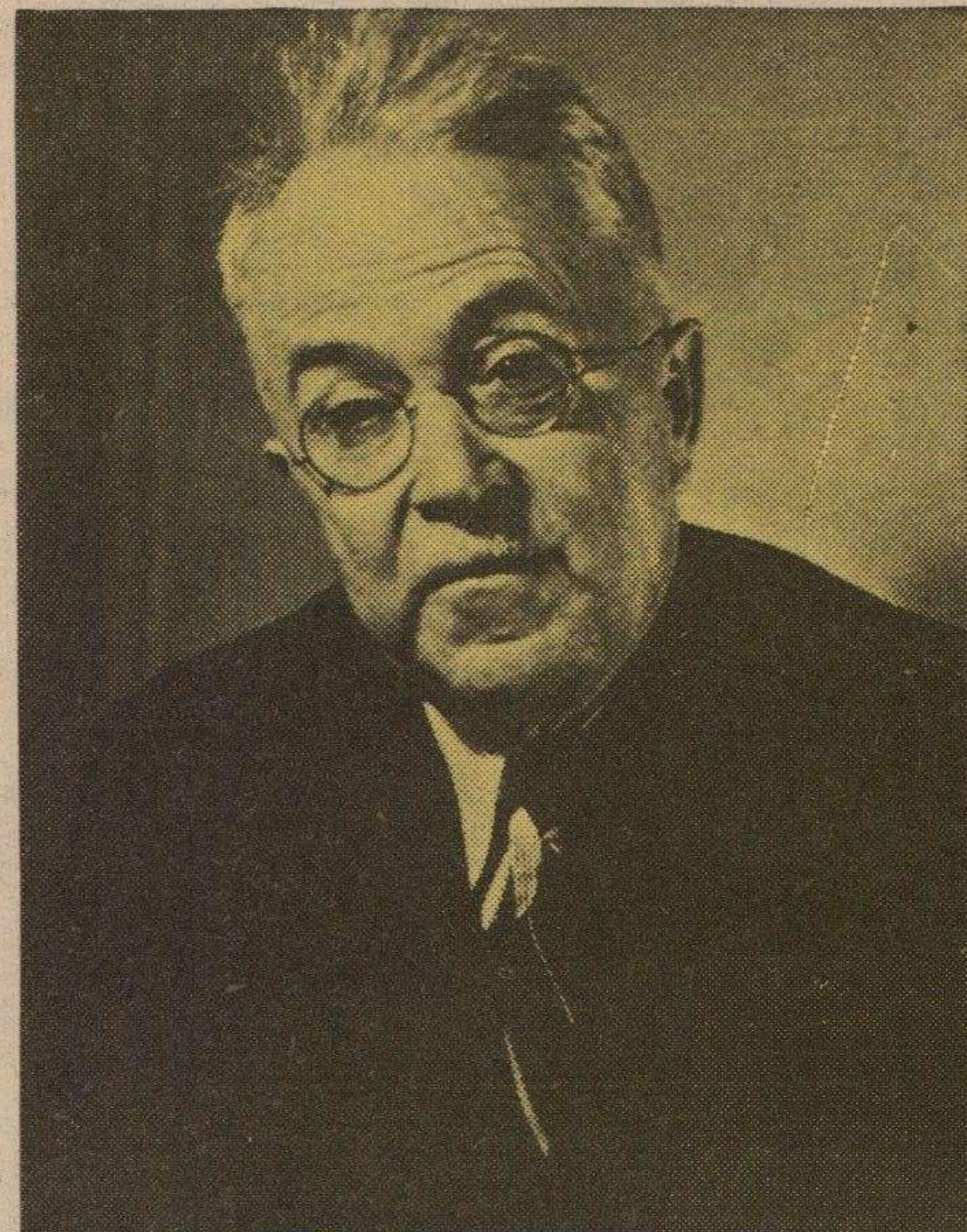
—¡De ningún modo, amigo! Si las saco a pasear en automóvil, pueden tomarlas una fotografía y usarla con fines de publicidad gratuitamente. Tenemos que vigilar a las niñas.

—Después de todo, representan una inversión lucrativa!

Al oír esto sus ojos brillaron intensamente y contestó:

—¡Sí, muy lucrativa! Ojalá que pudiera tener a mi cargo otras cinco así.

Reflexión



Percepción

Regocijo



Nueva York.

VER al Dr. Dafoe, médico de las Quintuples Dionne, es ver al tipo clásico del médico rural, habituado a la vida lenta del campo y sin las preocupaciones profesionales de los galenos de la ciudad. Con su pipa curvada en la boca y sus pequeños ojos brillantes como dos lejanos luceritos, este hombre nos impresionó por su serenidad, que es tal vez un reflejo de su integridad de carácter y de su inteligencia completamente despojada de artificios.

Habíamos convenido en encontrarnos en el edificio de la Columbia Broadcasting Company, sin conocernos personalmente. Cuando fui a esperarlo al ascensor en el piso vigésimo segundo, me saludó con estas palabras:

—¡Hola, hijo, tanto gusto en conocerte! Si tienes algo que preguntarme, puedes empezar.

Me agradó la espontánea franqueza del médico que es hoy una de las figuras más interesantes del mundo científico con motivo de haber realizado el milagro de salvar a las Quintuples.

—Doctor,—le dije—mientras llega la hora del programa en que va a tomar parte, le formularé algunas preguntas, y perdone si me paso de la raya.

Sonrió y me propuso que nos fuéramos al piso de abajo para conocer a las personas que toman parte en el programa.

—Vea usted,—continuó diciendo—en realidad yo hago la parte que me corresponde de este programa en la ciudad de Callander, en el Canadá, y aunque oigo todo lo que los demás hablan durante la transmisión, no los conozco personalmente. Hoy me los van a presentar y yo se los presentaré a usted.

Mientras nos dirigíamos al otro piso, le seguí haciendo preguntas y pude sacarle los siguientes datos: 1) cuenta 53 años de edad y goza de perfecta salud; 2) cuando le propusieron hacer un programa de radio no quería aceptar, porque temía que su voz no sirviera. Desde joven padecía de tartamudez, pero al fin logró corregir el defecto y ahora temía que volviera a aparecerle si intentaba hablar por radio; 3) después de los primeros tres programas—y de cobrar los correspondientes cheques—se convenció de que no tenía que preocuparse de la tartamudez; 4) le encanta la ciudad de Nueva York y le agradó mucho la personalidad del Alcalde Fiorello H. La Guardia, con quien acababa de tomar el almuerzo; 5) ha abandonado la práctica privada de la medicina para dedicarle todo su tiempo a las Quintuples.

LLEGAMOS al piso donde estaban los demás participantes del programa y fuimos recibidos por una jovencita que nos condujo en seguida al salón de transmisiones.

No recuerdo una experiencia más amena que la que experimenté contemplando la escena de la presentación del Dr. Dafoe a sus compañeros de radio. El médico de las Quintuples le dió la mano a

ANTE la perspectiva de que continuara hablando, le insinué diplomáticamente:

—¿Se ganaría mucho dinero con otras Quintuples?

—Creo que podrían ganar hasta un millón de dólares en números redondos. Sentí un escalofrío. Le pregunté qué opinaba de la repetición del fenómeno, pero con seis chiquillas en vez de cinco.

—¡Creo que muy bien puede suceder, hijo mío!—me contestó con picardía. Luego añadió:

—Creo que sí. ¿Y dime, eres casado tú? Te prometo que la próxima vez no habrá publicidad. A mí me asusta tener que hablar ante un público como el del Carnegie Hall en Nueva York, y me asusta también la gente notable. Soy un médico rural que no está acostumbrado a estas cosas.

—¡Comprendo, doctor, que es usted una persona demasiado sencilla!

Me despedí del ilustre hombre y me puse a cavilar sobre sus cualidades. No es persona a quien le agrade estar siempre haciendo acto de presencia en lugares públicos para hacerse conspicuo. Pero decir que es sencillo no es dar una descripción cabal de su carácter. En el fondo, es un sér comprensivo e inteligente, de una inteligencia natural que asombra, y esto no tiene que ver nada con la sencillez, sino con el cerebro.



Los productores que rechazaron a estos artistas tiemblan cuando piensan en los millones que perdieron por su falta de visión.

DOLORES DE CABEZA

Hollywood.

★ Por Ada María Duque

ALGUNOS de los "dolores de cabeza" de

Hollywood, no pueden ser curados con una simple dosis de aspirina. Y esos dolores de cabeza tampoco son consecuencia de las parrandas, sino resultado de los costosos errores realizados por algunos productores de películas.

Pongamos por ejemplo el caso de Clark Gable, rechazado por distintos productores antes de que lo contratara la Metro. Perdieron una fortuna con ello y ahora, cada vez que recuerdan el hecho, les entra dolor de cabeza. Uno casi se admira al comprobar el gran número de productores astutos que han cometido pifias de esa naturaleza. Incluso el gran Sam Goldwyn, considerado como el más hábil de todos, ha incurrido en un par de errores costosos, esos errores que en más de una ocasión lo deben haber llevado, llorando, a la cama.

PROBABLEMENTE

el mayor dolor de cabeza de Goldwyn provino de su poca visión en el caso de esa atracción de primera clase que se llama Robert Taylor. En el año 1933, cuando el muchacho era a secas Arlington Brugh, fué llevado a los estudios de la Metro por Eddie Cantor para probarlo en un papel de sus "Escándalos Romanos". El mismo Cantor hizo la prueba con Taylor y ahora dice que ha sido la única vez en la vida en que estaba con la espalda vuelta a la cámara. Cuando Goldwyn vió la prueba del futuro Taylor con la toga romana, movió la cabeza y le dijo al muchacho: —Vuelve a tu casa, engorda las piernas, y después ya veremos...

Pero Brugh no tuvo que preocuparse por sus extremidades inferiores, porque Louis B. Mayer y el fenecido Irving Thalberg vieron posibilidades en él y lo tomaron pagándole a razón de 35 dólares a la semana. Tres años después los \$35 semanales habían aumentado a 3.500.

Los Hermanos Warner y Carl Laemmle fueron los que perdieron la oportunidad de colocar a Clark Gable. El mencionado actor estaba trabajando en "La Última Milla", en la escena de un teatro de Los Angeles, cuando un miembro de la Universal lo vió trabajar y le ofreció una prueba. Pero Laemmle no creyó que hubiera en él madera de actor de cine, y cuando más tarde la Warner Brothers lo sometió también al mismo procedimiento, parece que Jack Warner dijo: —Lo que necesito es un actor, no un par de orejas.

A pesar de todo, hizo una película con la Warner y en cuanto se le venció el contrato firmó con la Metro que lo puso a trabajar en "Un alma libre", —el "film" que lo hizo famoso.

Fred Astaire ha sido otro de los "dolores de cabeza" de Hollywood. La Paramount hizo una prueba del bailarín hace varios años, y en sus archivos está la tarjeta que se refiere a él y dice: "Personalidad regular. Está perdiendo pelo. Baila." La Metro lo usó en una sola escena de "La Bailarina" y luego lo dejó ir. Poco después la RKO firmó su contrato.

La compañera de Astaire, Ginger Rogers, es otra de las jaquecas —de un

millón de dólares — de Hollywood. También la Warner tuvo a Ginger bajo contrato, y no se le renovaron. Actualmente la peliroja es una de las artistas que más dinero le dejan a la RKO.

PERO no fueron esos, solamente, los errores cometidos por los magnates de Hollywood que responden por el nombre de los hermanos Warner. Una vez tuvieron también bajo su techo a ese "team", formidable atracción de taquilla, que está integrado por Bill Powell y Myrna Loy. Myrna había hecho papeles de mujer oriental durante tanto tiempo, que había llegado a creerse que efectivamente era una de ellas. Y los Warner estimaron que sus días de utilidad al cine habían pasado, de manera que no le renovaron el contrato. Powell, también, había hecho distintas películas en que su labor era mediocre y los Warner creyeron también que su valía, a los ojos del público, se estaba esfumando.

Pero Louis B. Mayer y el fallecido Irving Thalberg agruparon a Powell y a Loy y los hicieron filmar "El Hombre Flaco", y actualmente son dos de los artistas que más dinero le han dado a la industria del celuloide.

Mayer, sin embargo, debe haber sentido un terrible dolor de cabeza cuando se enteró de la cuantía de los ingresos de "Los Tres Diablicos". La Metro tuvo firmada a Deanna Durbin durante seis meses y en todo ese tiempo lo único que hizo fué un "film" corto. Y cuando la Metro no continuó con su opción, la Universal, inmediatamente, atrapó a la muchacha que, entre paréntesis, es una mina de oro.

Más interesante todavía, es la historia de Charles Boyer, a quien ahora desean como compañero las más grandes estrellas de la pantalla. Boyer tenía una gran reputación en Europa y fué importado a Hollywood por la Metro para que filmara la versión francesa de "El Presidio". Luego, alguien cometió la estupidez de darle a Boyer el papel de chofer de Jean Harlow, en la película "La Peliroja". Aquello humilló tanto al gran actor francés que se fué de Hollywood asegurando que nunca volvería a América.

Pero el tiempo y el dinero de Hollywood lo hicieron cambiar de opinión. Ahora Boyer tiene un contrato con Walter Wanger y está ganando mucho dinero, tanto para él como para el productor.

Los directores de la Paramount creyeron hace varios años que Wallace Beery había terminado su carrera de actor del celuloide. Entonces la Metro lo firmó y le hicieron filmar "Min and Bill" y "El Campeón", con lo que le demostraron a los magnates de la Paramount el error que habían cometido.

Se dice que fué Irving Thalberg quien hizo salir de la Universal a la que más tarde había de ser su mujer, Norma Shearer. Le ofreció un salario pequeño para que hiciera una película con Reginald Denny, y cuando la muchacha pidió más dinero, la dejó cesante. Más tarde, cuando pasó a la Metro y se la

encontró haciendo papeles sin importancia, fué él mismo quien la elevó hasta el rango de estrella. Por cierto, fué la mencionada actriz una de las que más dinero le proporcionaron a la Metro.

Bette Davis, la "muchacha mala" de la pantalla, hacía papeles de ingenuera, con la Universal, hace algunos años, y un día la dejaron cesante. Desesperada, creyendo que Hollywood no tenía porvenir para ella, hizo sus baules y dispuso su retorno a Nueva York, pero antes de que partiera recibió una llamada de la Warner que quería probarla para un papel en la película protagonizada por George Arliss "The Man Who Played God". A Arliss le gustaron las pruebas realizadas por Miss Davis, y pidió que se la contratara para esa cinta.

Antes de que los hermanos Warner se dieran cuenta de las grandes posibilidades de Bette, se la prestaron a la RKO para que hiciera con ellos la película "Of Human Bondage". Pero al fin admitieron las grandes condiciones dramáticas de la muchacha y ahora la estiman sobre todas las cosas. Buena prueba de la estimación en que tienen a Bette como atracción de taquilla, se encuentra en el hecho de que disputaron como leones su contrato cuando el año pasado la actriz quiso romperlo. De esa manera hizo la Universal un error que le ha costado muy caro.

Son esos algunos de los errores más conspicuos sufridos por los principales productores de Hollywood. Pero se han equivocado también a la inversa, como puede verse en los ejemplos que vamos a relatar a continuación:

Adolph Zukor trajo hace algún tiempo, procedente del Este, a la aristocrática joven de diez y siete años Carmen Barnes, quien había escrito dos novelas sensacionales sobre la vida en los colegios norteamericanos. Zukor pensaba hacer a la muchacha estrella de una película cuyo libro debía escribir ella misma. Y en cuanto llegó a Hollywood inició una campaña de publicidad, por todo lo alto, en favor de la joven novelista. Las fotografías de Carmen Barnes fueron profusamente publicadas por los periódicos de todo el país y ello le costó a los estudios de la Paramount muchos miles de dólares. A pesar de lo cual la efígie de Carmen Barnes nunca apareció en la pantalla, ni se sabe que sus servicios hubieran sido utilizados, tampoco, de otro modo.

Carl Laemmle sufrió también algunas de esas catástrofes que pudieran ser llamadas menores, en la vieja Universal. En una ocasión contrató a John Murray Anderson, famoso escenógrafo, para que preparara los "sets" del film "El Rey del Jazz". Luego, esperando filmar otra gran película musical, firmó a Anderson por un año, con un sueldo de 3500 dólares por semana, a pesar de lo cual el artista no volvió a realizar ninguna otra película.

Otra gran campaña de publicidad fué iniciada por Warner Brothers hace unos cuantos años acerca de los méritos de una actriz extranjera llamada Lil Dagover. Se la llevó a Hollywood entre trompetas y aclamaciones y aquí protagonizó una película, "La Mujer de Montecarlo". ¡Y aquella cinta fué la primera y la última que realizó la célebre Lil!



COMO SON LAS ESTRELLAS DEL CINE

DISCIPLINADAS

Para castigar a Andrea Leeds los estudios de Artistas Unidos se la "prestaron" a la RKO-Radio, que la presentó en un papel secundario en la cinta "Entre Bastidores". Su labor en esta película la ha consagrado como una actriz de promesa que pronto será de las primeras de Hollywood.



Franchot Tone no tenía mucho porvenir en la Metro hasta que la Paramount lo tomó prestado" y lo hizo célebre en la cinta "Vida de un Lancero Bengali"

Por Ludovico Sierra

DISCIPLINAR a los artistas de cine es uno de los deberes de las compañías productoras. Recientemente, la empresa United Artists se vio obligada a disciplinar a Andrea Leeds porque se negó a hacer un papel que le habían asignado. En el

caso de esta bella joven no hubo que cancelarle el contrato, sino aplicarle uno de los castigos más terribles para los artistas, que es prestarlos a otros estudios para que desempeñen papeles sin importancia en los repartos. Por rara coincidencia, se la prestaron a la RKO-Radio, y el resultado ha sido un triunfo fenomenal para la muchacha castigada, porque figuró en la película Entre Bastidores, cuya actriz estelar es Katharine Hepburn, y trabajó tan magistralmente que la United Artists la ha vuelto a llamar a servicio activo con un contrato mejor y el rol principal de los Follies de Goldwyn.

PARA la época en que la RKO-Radio tomaba "prestada" a Andrea Leeds, también hacía un traspaso de Anne Shirley a los estudios de Goldwyn, que la pusieron en el reparto de la cinta Stella Dallas como hija de Bárbara Stanwyck. Se rumoraba que la Shirley no estaba dando buenos resultados y que iba a perder el contrato; pero al ver su labor en esta película la RKO-Radio la llamó de nuevo inmediatamente.

Muchos de los artistas más notables de Hollywood han pasado por la misma experiencia de ser prestados a otras compañías. Entre los que han sido humillados de esta manera podemos citar a Clark Gable, Claudette Colbert, Carole Lombard, Franchot Tone y Robert Taylor. Cuando todo hacía suponer que la carrera de estas estrellas tocaba a su fin, rayaron a tal altura en sus interpretaciones que eso bastó para restablecerlas en el trono que creían perdido para siempre.

Miss Leeds no acostumbra comentar sus experiencias desagradables, pero en el caso presente está convencida de que le asistiría la razón al negarse a aceptar el papel que le había asignado Goldwyn.

"Era un personaje de mujer vividora—de tipo vampiresco—que tenía que hacer todo lo posible por casarse con Joel McCrea (en la película, por cierto) por-

que éste era un hombre riquísimo (en la película también). Andrea rechazó el papel y se fué directamente a la oficina de Samuel Goldwyn, el productor en jefe de Artistas Unidos, que tiene un genio temible. Goldwyn se indignó ante las pretensiones de una muchacha casi desconocida que presumía de dictarle a él lo que debía hacer en su propio negocio. Esto sucedió en febrero del año pasado, y durante los seis meses siguientes Miss Leeds no tomó parte en ninguna otra obra, lo cual la perjudicaba enormemente, pues el público olvida pronto a los artistas que no ve a menudo en el lienzo.

Cuando le ofrecieron el papel secundario en la cinta Entre Bastidores, Andrea le rogó a Goldwyn que la dejara aceptarlo. Le dijo que lamentaba el episodio desagradable ocurrido entre ellos y que, si no la iban a presentar más en películas, pedía que la relevaran de su compromiso para ocuparse en otra parte. Goldwyn convino en permitirle aceptar el papel, sin sospechar siquiera que iba a alcanzar un éxito tan estupendo. Mientras se filmaba la cinta, a Goldwyn le avisaron que Miss Leeds estaba haciendo un magnífico trabajo, y por eso al terminar su cometido ya le esperaba una oportunidad de oro en los estudios de Artistas Unidos.

Sin duda alguna, la persona que más ha contribuido al progreso de la Leeds es Gregorio La Cava, que dirigió la cinta Entre Bastidores, y ella no le escatima sus agradecimientos.

"La Cava—dice Miss Leeds—es un

aficionado a la psicología, y no dirige mucho a los artistas, sino que los llama aparte, les explica lo que desea, la modalidad, el personaje, etc., y luego los deja manifestarse espontáneamente."

Para hacer la escena más emocionante de esta película, que es la muerte de Miss Leeds, De Cava solamente hizo dos ensayos.

ESTA artista ha pasado casi catorce años de sus 23 en Méjico, donde la gente se emociona fácilmente. Nació en Globe, estado de Arizona, y su padre es el ingeniero de minas Charles Edward Lee. Más tarde se fueron a vivir a Cieneguilla, en el estado mejicano de Durango, donde tenía lugar entonces una sangrienta lucha entre los soldados revolucionarios y los indios Yaquis. Para que no corriera peligro, el ingeniero Lee devolvió a su hija a los Estados Unidos. Cursó los estudios de alta escuela en Long Beach, California, y luego asistió un año al Conservatorio de Música de Chicago. En vez de aprovechar el tiempo bajo la dirección de profesores competentes, se dedicaba al ocio y no le daba importancia a las lecciones. También fué estudiante en la Universidad de California, especializándose allí en filosofía y literatura inglesa.

Al terminar el tercer año de universidad fué a pasar el verano con su familia, que entonces residía en Parral, Méjico. "Las comarcas mineras—dice—son horrosas. Nosotros vivíamos como a doce millas del rancho de Villa en el tiempo en que reinaba el terrorismo en aque-

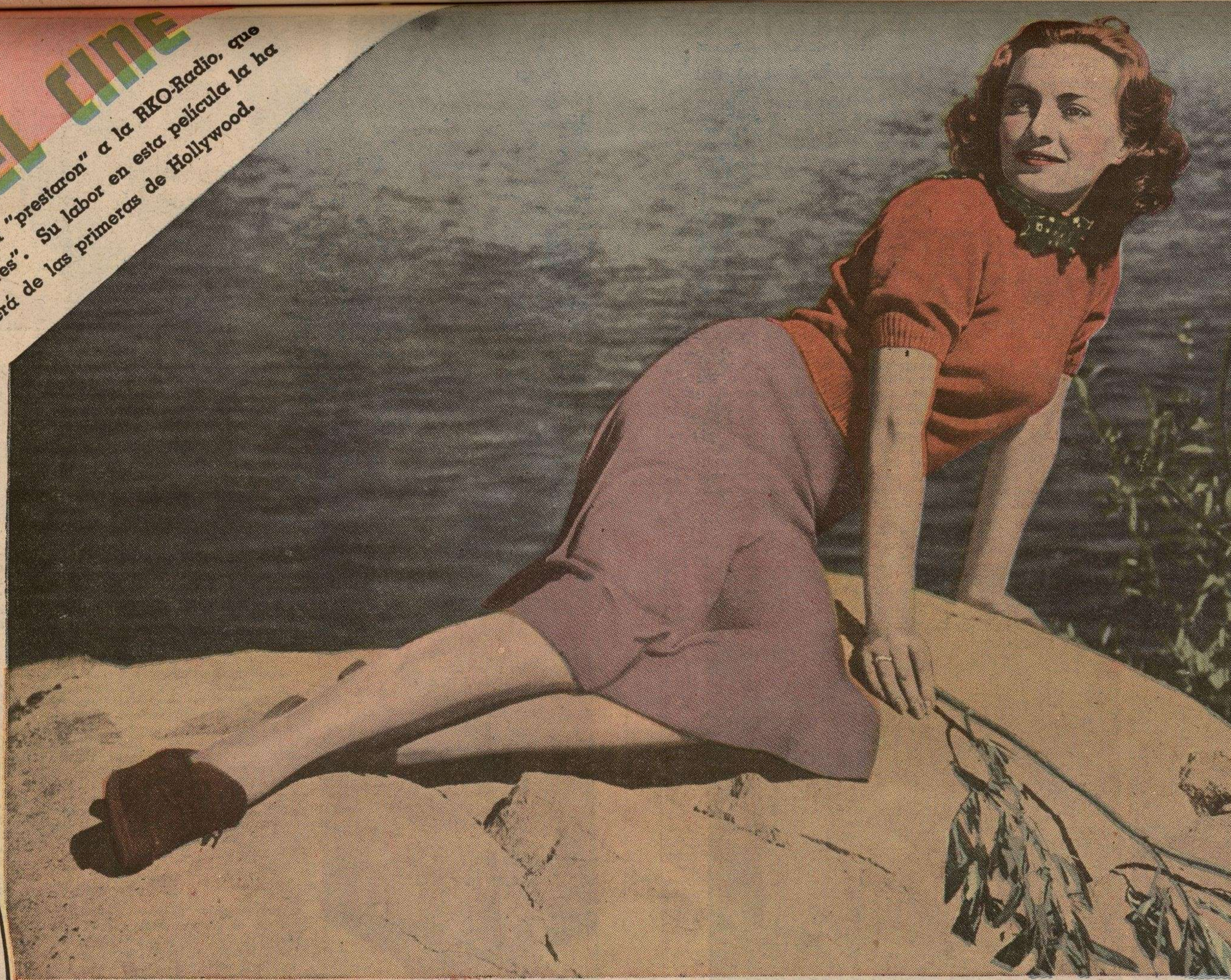
nas tierras. Unos cuantos individuos mataron al mejor amigo de papá. En el campamento minero había pocos extranjeros, y mamá y yo éramos las únicas mujeres norteamericanas. Yo me quería quedar allá, pero nos mandaron tantas amenazas de secuestro que papá decidió traerme de nuevo a los Estados Unidos."

"En esas vacaciones fundé un pequeño teatro. La compañía se llamaba Los Chinchos y daba representaciones en el campamento minero. Yo escribí algunas obras que debieron ser muy malas, y dirigí la representación."

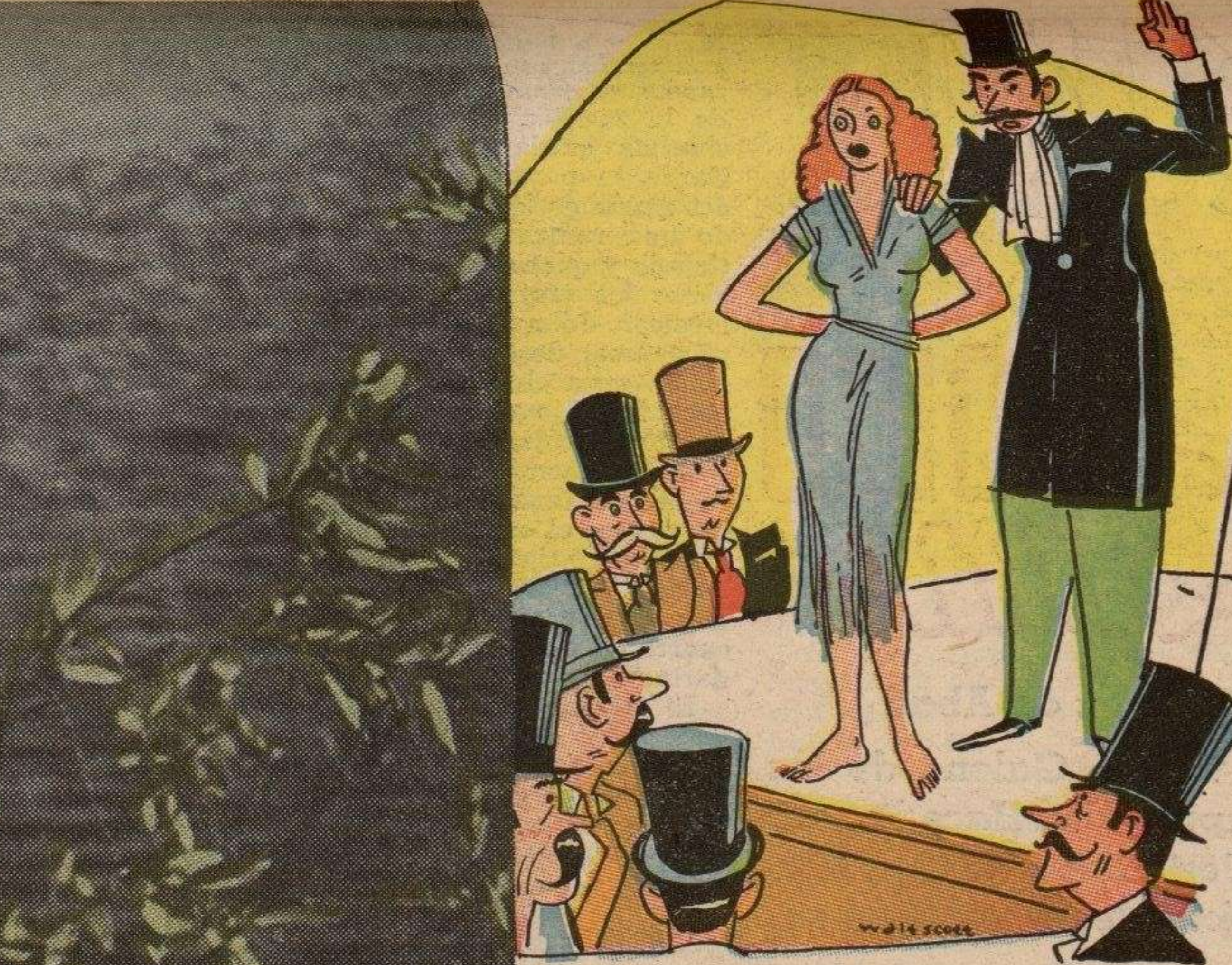
AL retornar a Los Angeles, Miss Leeds empezó a hacer gestiones para conseguir una colocación como escritora, pero todos los amigos y amigas le decían que debía hacerse artista. William K. Howard, a quien había conocido en el colegio, insistió en que se hiciera la prueba fotogénica y ella accedió.

"David Selznick—dice—vió la prueba que me tomaron y me dió el papel de la gitana en la primera escena de la película Ana Karenina. Aparecía sentada al lado de Fredric March, que me daba palmadas en las rodillas mientras yo flirteaba con él. Una escena tonta por demás. Después de eso, casi se puede ceerrar la primera parte de mi historia cinematográfica, aunque tomé parte en una película de vaqueros con Kermit Maynard y en otra con Charley Chase."

Véase, pues, cómo estos artistas que las compañías "prestan" para castigo suelen terminar triunfando en toda la línea. El caso más interesante es el de Clark Gable, prestado por la Metro a los estudios Columbia, y Claudette Colbert, prestada por la Paramount a la



Andrea Leeds, la muchacha a quien trataron de disciplinar "prestándola" a otra compañía, y que actualmente ha sido seleccionada por Samuel Goldwyn para el rol estelar de su próxima cinta.



En Hollywood dicen que cuando "prestan" a un artista, eso equivale a que lo consideren descartado...



Anne Shirley tampoco lograba salir adelante en sus aspiraciones. La RKO-Radio se la prestó a Goldwyn para la película "Stella Dallas" y eso ha sido suficiente para que la chica haya subido de cuadro en los elencos cinematográficos.

misma compañía. ¡Entre los dos hicieron la película Sucedió Una Noche que fué uno de los éxitos de taquilla del año! Lo más probable es que Andrea Leeds repita el milagro de estos grandes artistas "desechados." Como lo hizo Franchot Tone cuando la Paramount se lo tomó prestado a la Metro para La Vida de un Lancero Bengali. Ya sabemos que aquella fué una cinta memorable y que como resultado de su espléndida labor Tone consiguió un importante papel en El Motín del Bounty, considerada una

de las mejores películas que jamás se han hecho sobre el tema del mar. De modo que para imponer la disciplina, los grandes productores cometen los mismos errores que cualquier hijo de vecino. Pero cada vez que se equivocan de medio a medio, como se puede ver por los numerosos casos que hemos citado en esta crónica, la industria cinematográfica sale ganando, lo mismo que el público. Posiblemente, estas estrellas "descartadas" que luego se convierten en artistas sensacionales, siempre poseyeron talento.



DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 13 DE FEBRERO DE 1938

BLANCA NIEVE

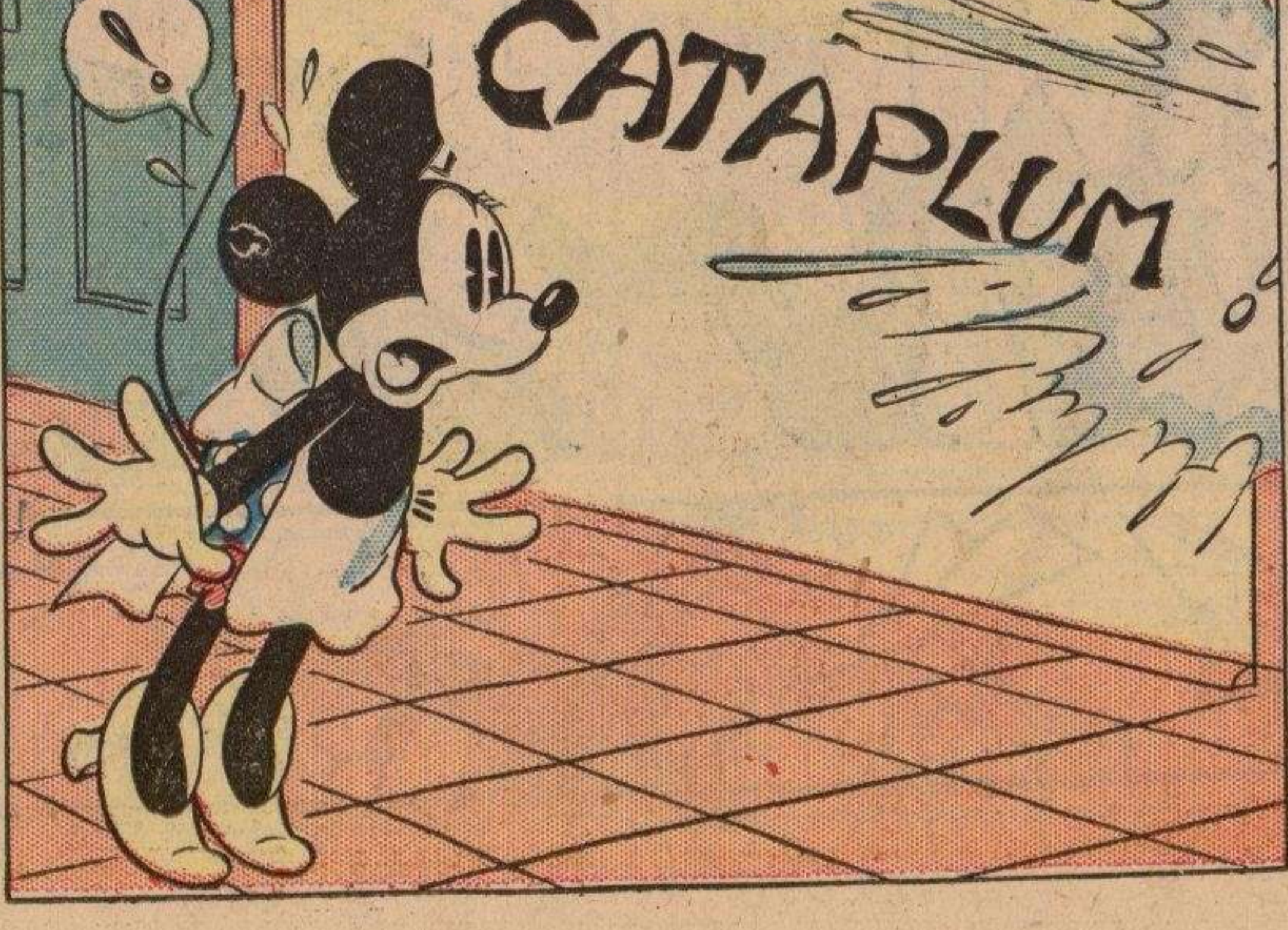
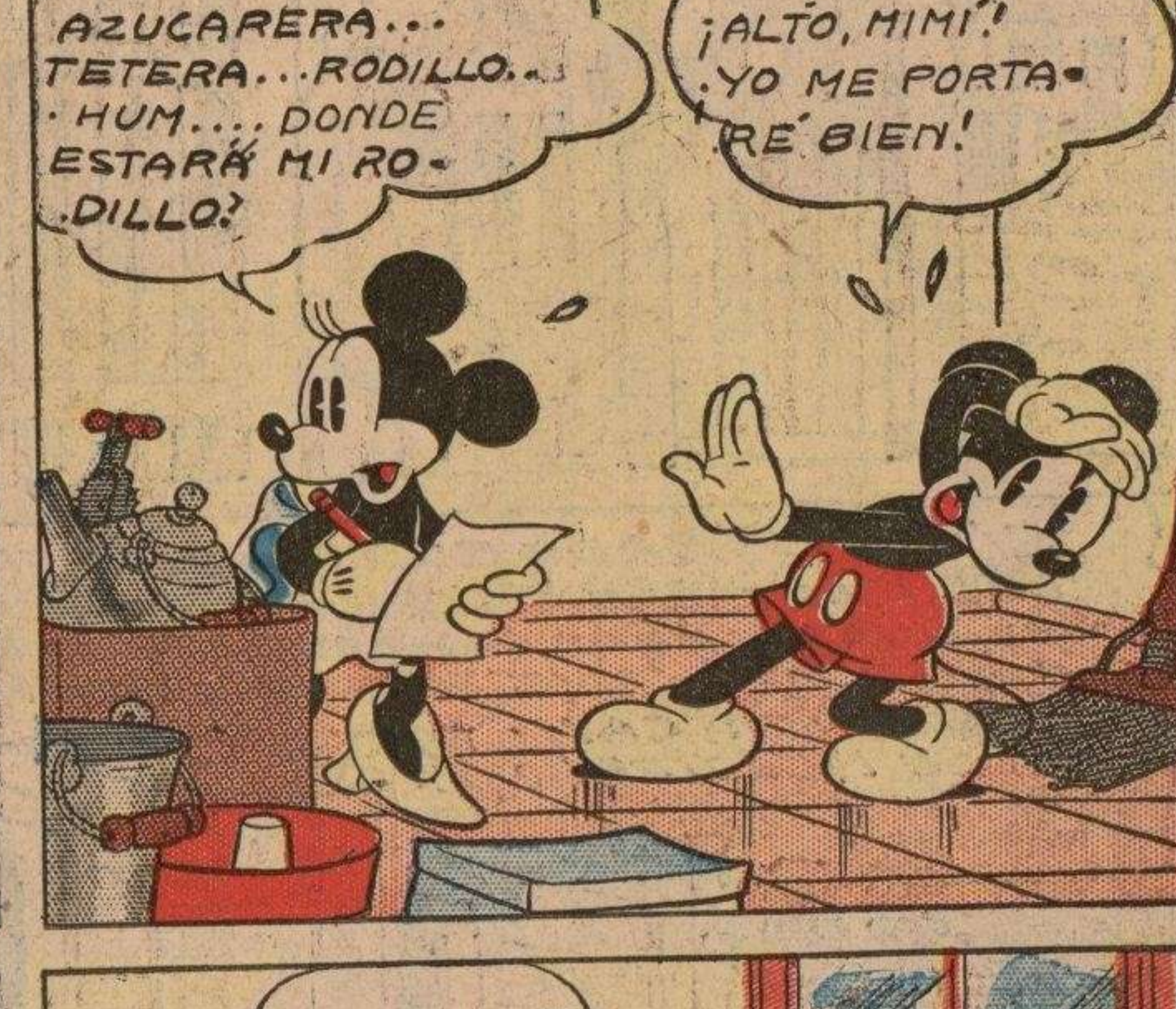
LOS SIETE ENANITOS.

Por WALT DISNEY



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



WANG-LA

BRANDON WALSH

GRACIAS A LA AYUDA DE UNA PARTIDA DE INDIGENAS DE UNA ISLA CERCANA, QUE SE HAN HECHO AMIGOS DE TOM Y SUS COMPAÑEROS, ESTOS CON DINAMITA Y UN TRABAJO IMPROBO LOGRAN PONER EL DELFIN A FLOTE. AHORA HACEN PREPARATIVOS PARA TRANSLADARSE A OTRA ISLA A DONDE A VECES LLEGAN BUQUES MERCANTES PARA PROVEERSE DE AGUA Y VIVERES.



¡POR CUARENTA AÑOS HE NAVEGADO LOS SIETE MARES Y JAMÁS HE VISTO UNA VELA MAYOR HECHA DE HIÉRBA.

¡NO PARECECA PAZ DE RESISTIR LA MENOR BRISA!



ESTÁ ESCRITO QUE CALA VIAJE DEBE COMENZAR CON UN PASO Y HASTA UN HUMILLE TOPO PUELE EUSEÑAL A UN SABIO EN EL ALTE LE ABLIL GALELIAS SUBTELANEAS.



¡ZAPE! ¡EL BARCO ANDA!

¡SOY UN GALO PÁN SI ESE FARDÓ DE HE, NO NO ES MÁS RESISTENTE QUE LO QUE PARECE!

¿QUIÉN NEGALÁ QUE PALA EL MEN-DIGO EL BULLO ES UN COLCEL LE EMPALALOL?



¡TENDREMOS QUE ECHAR ANCLAS O NAUFRAGAR CUANDO LLEGUEMOS AL ARRECIFE!

¡NO TEMAN! MIS GUERREROS CONOCEN BIEN ESTAS AGUAS!



¡ESTE SI QUE ES UN MILAGRO! ¡UNA JOGA DE HIÉRBA TAN FUERTE COMO UN CABLE DE ACERO!

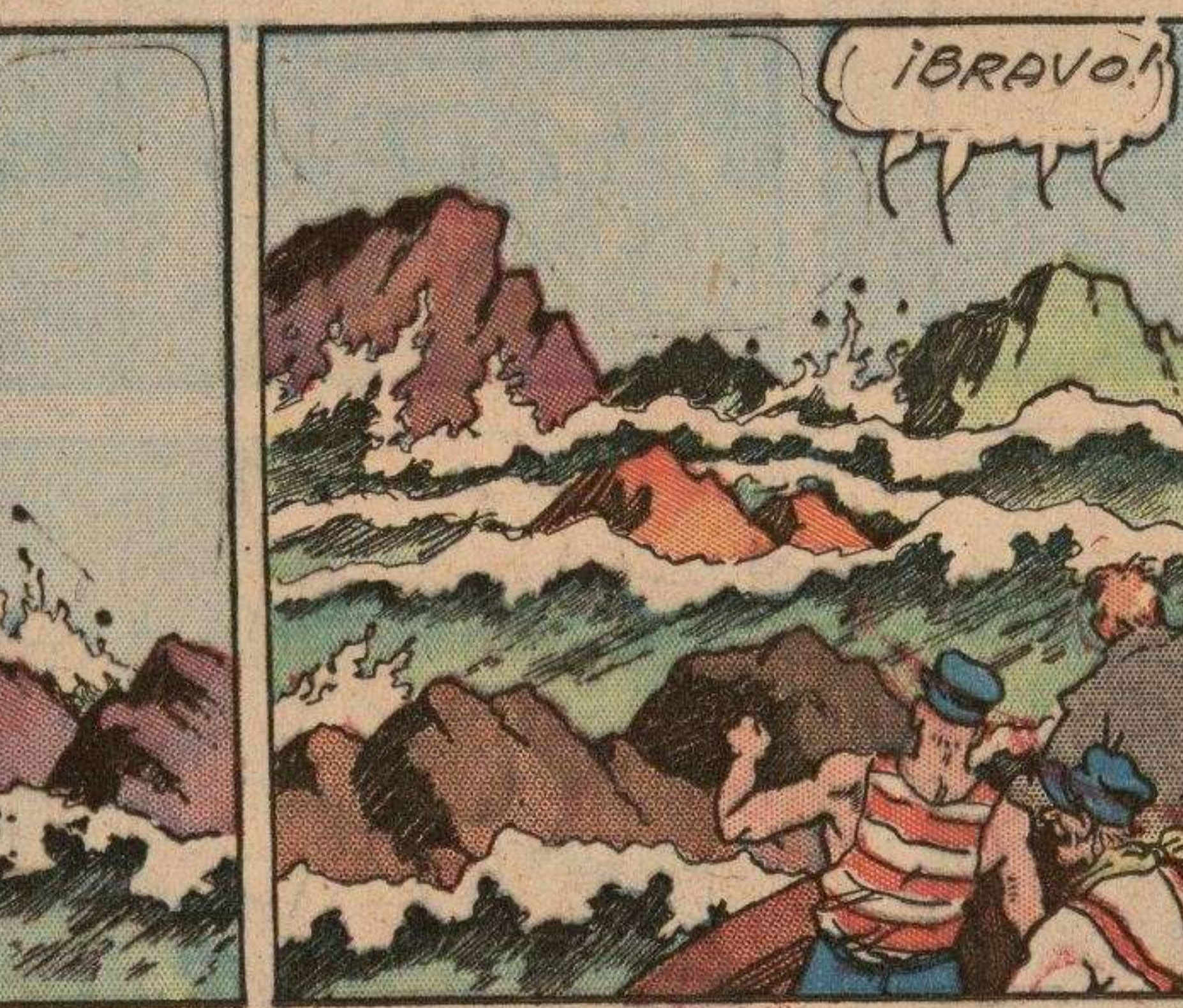
¡TUS PALABRAS SON UNA SALTA LE PELLAS PLECIOSAS!



¡AHORA ES BELLA, CAMARADAS! ¡PERSIGNEUSE!

¡YO TENGO MIEDO DE MIRAR!

¡ESTA HUMILLE PELSONA SE ENCOMIENDA A LOS LIOSSES LE SUS PADES!



¡BRAVO!

¡QUE ME HUNDAN SI EN MI VIDA HE VISTO UN MARINERO COMPARABLE A ESE JEFE INDIGENA!



¡TEN MI MOLESTA OPINION! ¡AH NUNCA HE VISTO MÁS QUE UN MILLÓN LE MOSCAS!

Copyright 1938, King Features Syndicate, Inc. World rights reserved.

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¿SABES, HUESITO? SIEMPRE HE DADO MUCHO MIEDO CUANDO SE MARCHA EL SEÑOR FLINT.



¡PERO ESTANDO ÉL AQUÍ NO TEMO A LA SEÑORA DE MALGENIO, PORQUE ÉL NO PERMITIRIA QUE VOLVIESE A ENCERRARME!



¡O-OH! ¡QUÉ BUENO! ¡AHÍ VIENE, POR FIN, EL SEÑOR FLINT! ¡CONOZCO SU AUTOMOVIL!



¡SÍ... HE PASADO CUATRO DÍAS EN LAS MONTAÑAS DE GOLOSINIA, BUSCANDO UNA DE ESAS FAMOSAS MINAS DE CARAMELOS. TUVE SUERTE Y AQUÍ TE TRAIGO UNA CAJITA DE MUESTRA!



¡VA ERA HORA DE QUE LLEGARA! ¿TRAJO EL DINERO?

¡SÍ, VENDÍ SUS BONOS EN \$30,000. TENGO EL DINERO EN ESTA CARTERA!



PERO SIGO OPINIANDO QUE ES INÚTIL TRATAR DE HUIR. UD. NO PUEDE DAR UN PASO SIN QUE EZRA FLINT SE ENTERE.



¡PERO EL TERROR ME ESTÁ VOLVIENDO LOCA! ¡DESDE QUE UD. ME DIJO QUE FLINT, EL DETECTIVE, ME SEGUIA, NO COMO NI DUERNO Y TIEMBLO CADA VEZ QUE LLAMA LA PUERTA O SUENA EL TELÉFONO!



¡FLINT SERÁ LISTO; PERO ES UN SER HUMANO Y SE LE PUEDE ENGAÑAR! ¡MAÑANA SALE UN VAPOR PARA EL BRASIL! ¡ESTOY RESUELTA A YRME Y CUANDO ÉL VENGA A BUSCARME, ESTARÉ LEJOS!



¿ADÓNDE VA TAN DE PRISA?

¡EZRA FLINT CREE QUE NO LE CONVIENE EL CLIMA DEL BRASIL!

¿NO SE LO HABÍA DICHO?

Copyright 1938, King Features Syndicate, Inc. World rights reserved.



MODESTO RIZOS



¡VOY A LA JEFATURA DE POLICIA A VER SI CONSIGO ALGUNA NOTICIA INTERESANTE PARA "EL CAÑON".



¡PERDONE, SEÑOR TURON! FUE SIN QUERER!

¡ESTOY CON QUE ERA UD, RIZOS! ¡ESTOY DE UD, HASTA LA CORONILLA!



¡VOY A HACER QUE LO DESPIDAN DEL PERIODICO POR HABER ESCRITO ESTA INFORMACION SOBRE MI!

TENDRA QUE DISPENSARME, SEÑOR. NO PUEDO HABLAR AHORA CON USTED.



¿QUE HAY DE NUEVO, SARGENTO?

SU JEFE LO ACABA DE LLAMAR POR TELEFONO. QUIERE VERLO CON URGENCIA.



¡EVITO QUE DESPIDAN INMEDIATAMENTE A ESE TASCARDIL... Y SI SE NIEGAN...

¿PERO POR QUE, SEÑOR?



¿CON QUE DERECHO SE METIO A HUSMEAR EN EL BOTINO DE MI CASA, CAUSANDOME UN SIN FIN DE MOLESTIAS?

RIZOS SE HABIA ENTERADO DE QUE HABIA PELIGRO EN LAS CASAS DE UD. CABLES ELECTRICOS DEFECTUOSOS, MATERIAS INFLAMABLES, ETC.



¡VUELVO A INSISTIR EN QUE LO DESPIDAN INMEDIATAMENTE!

¡DEBE UD FELICITARSE DE QUE NO HUBO DESGRACIAS EN EL INCENDIO! EL AUTOR DEL ARTICULO SOY YO! EL SOLO ME LOS DATOS Y SEGUIRA EN SU EMPLEO.



¡YA ME LA PAGARAN!

¡FUNDARE OTRO PERIODICO Y DEJARE ARRUINADO A "EL CAÑON".

AVENTURAS DE AGUILUCHO

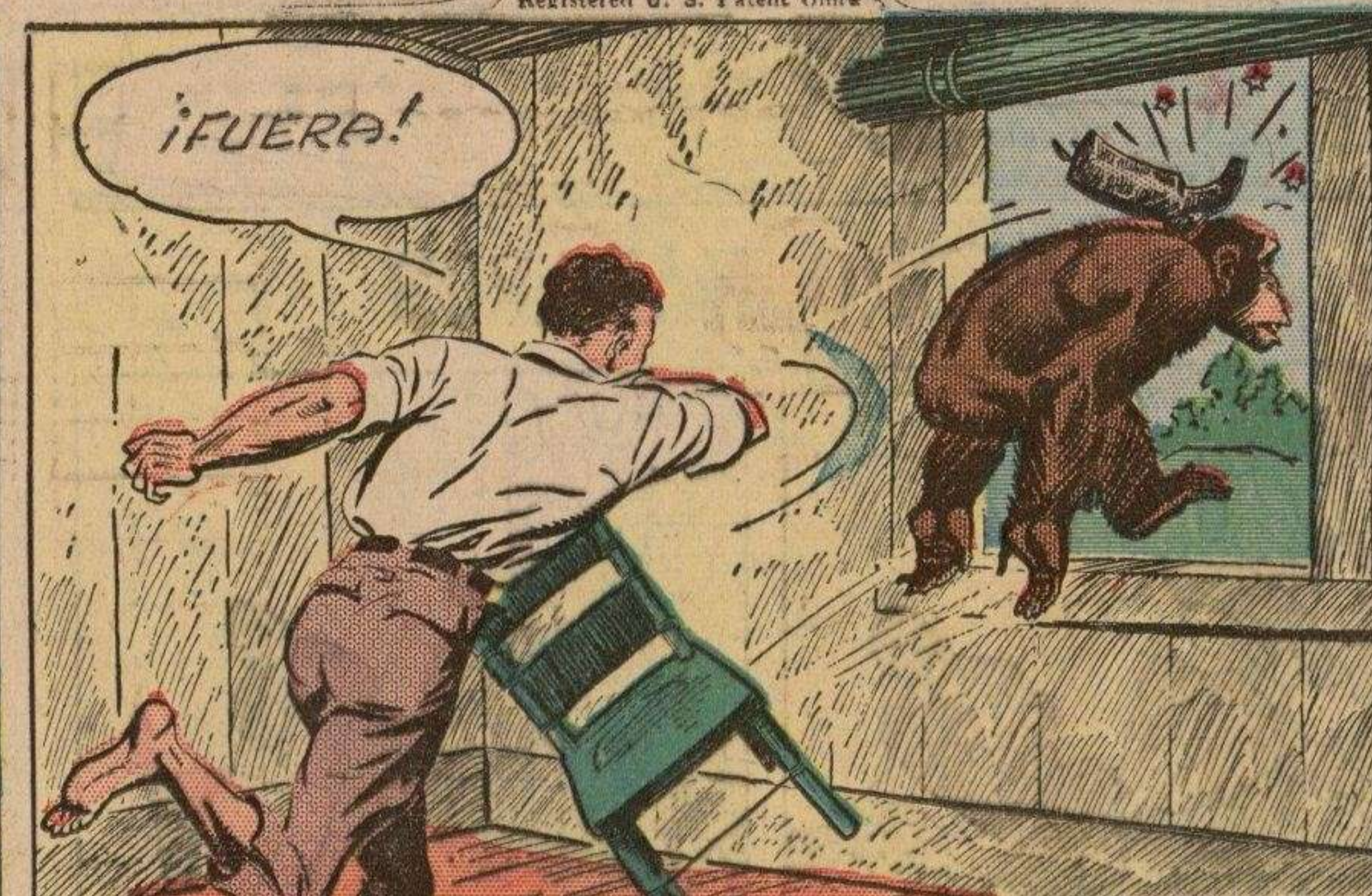
Lyman Young



AGUILUCHO Y PEPE ESTAN RELEVANDO AL SOLDADO KERNES EN LA AVANZADA DE YAMAGI. LOS CHIMPANCES DE SU COMPAÑERO LES ESTAN RESULTANDO UNA MOLESTIA.

¡TEH PEPE! OTRO DE ESOS MONOS SE HA COLADO EN LA CASA!

¡LE DARE UNA LECCION!



¡FUERA!



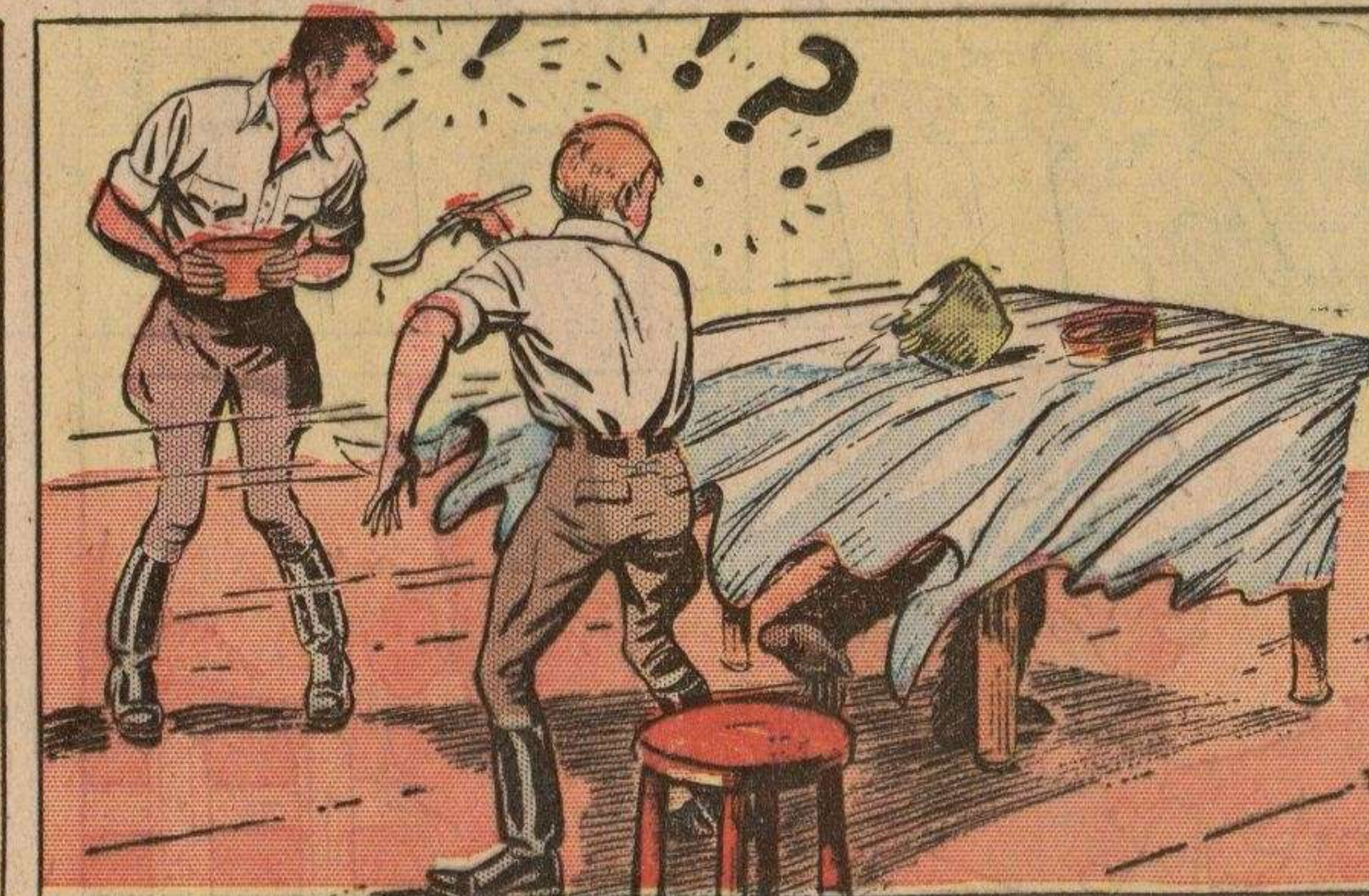
¡NO ES QUE TENGAN INTENCION DE MOLESTARNOS, PEPE ES QUE TRATAN DE AYUDARNOS!

¿PUEDE QUE SI, AGUILUCHO? PEPE DE AHORA EN ADELANTE NO LOS DEJAREMOS COLARSE EN LA CASA!



¡DESPUES DE TODO, ESTE NO ES UN CIRCULO!

¡YA ESE ULTIMO LE DISE UN BUEN ESCARMIENTO!



VOY A VER SI HAY ALGUNO EN EL DESVAN.

PERO COMO PODRIAN SUBIR HASTA ALLI SIN QUE LOS VIERAMOS?



¡EH! VEN ACA CON ESE MANTTEL!



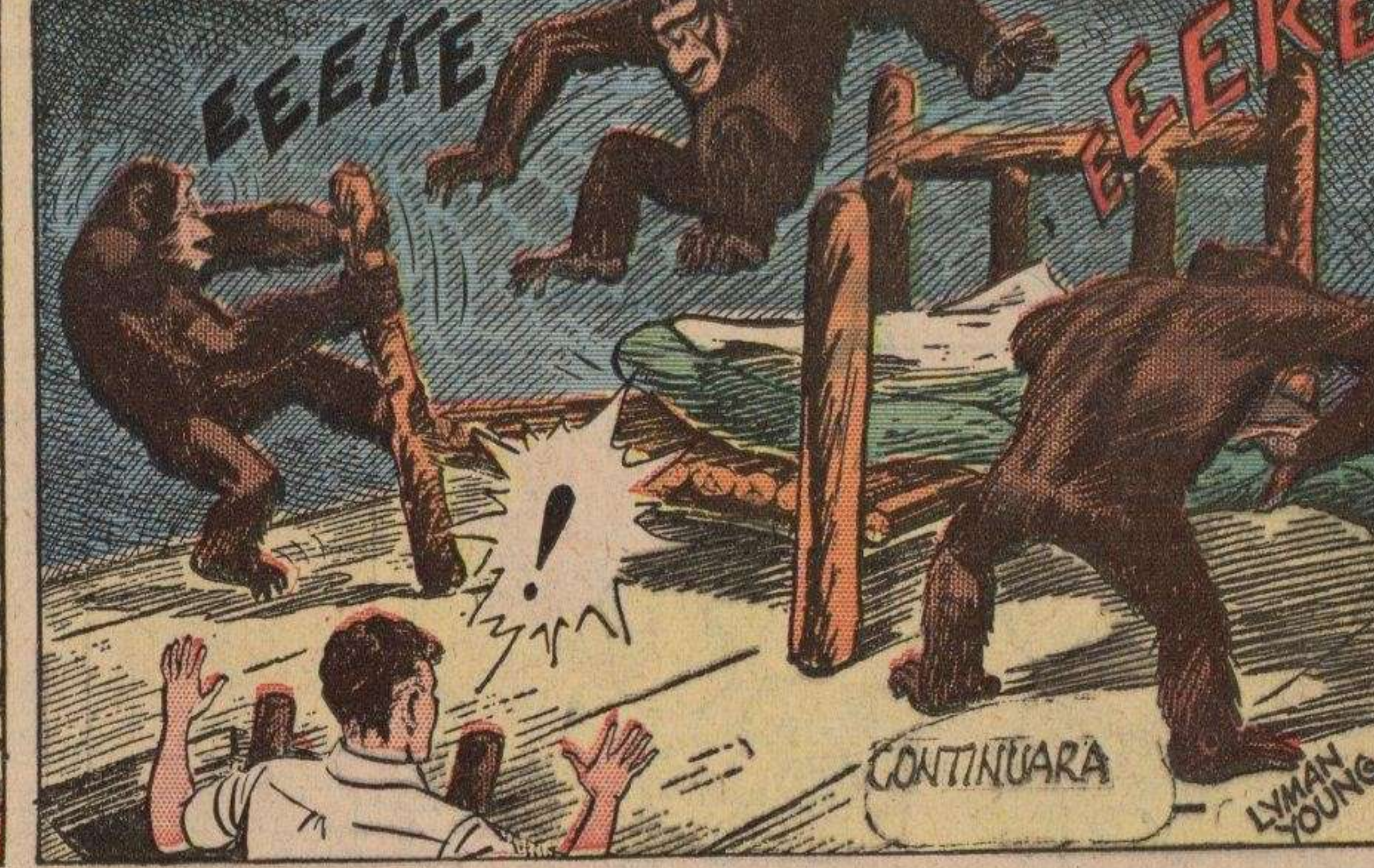
¡EL DIA MENOS PENSADO ESOS DIABLOS NOS VAN A ECHAR DE CASA!

YA NO VOLVERAN A MOLESTARNOS. HE BUSCADO POR AQUÍ Y NO ENCUENTRO A NINGUN OTRO!



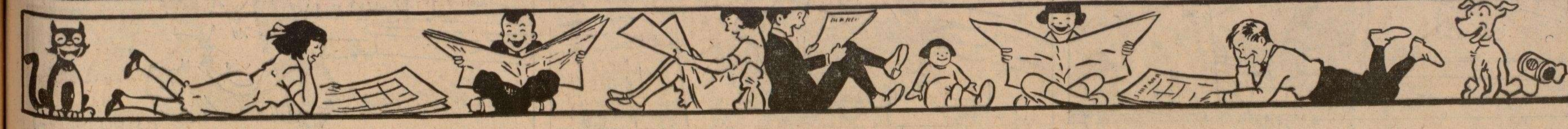
VOY A VER SI HAY ALGUNO EN EL DESVAN.

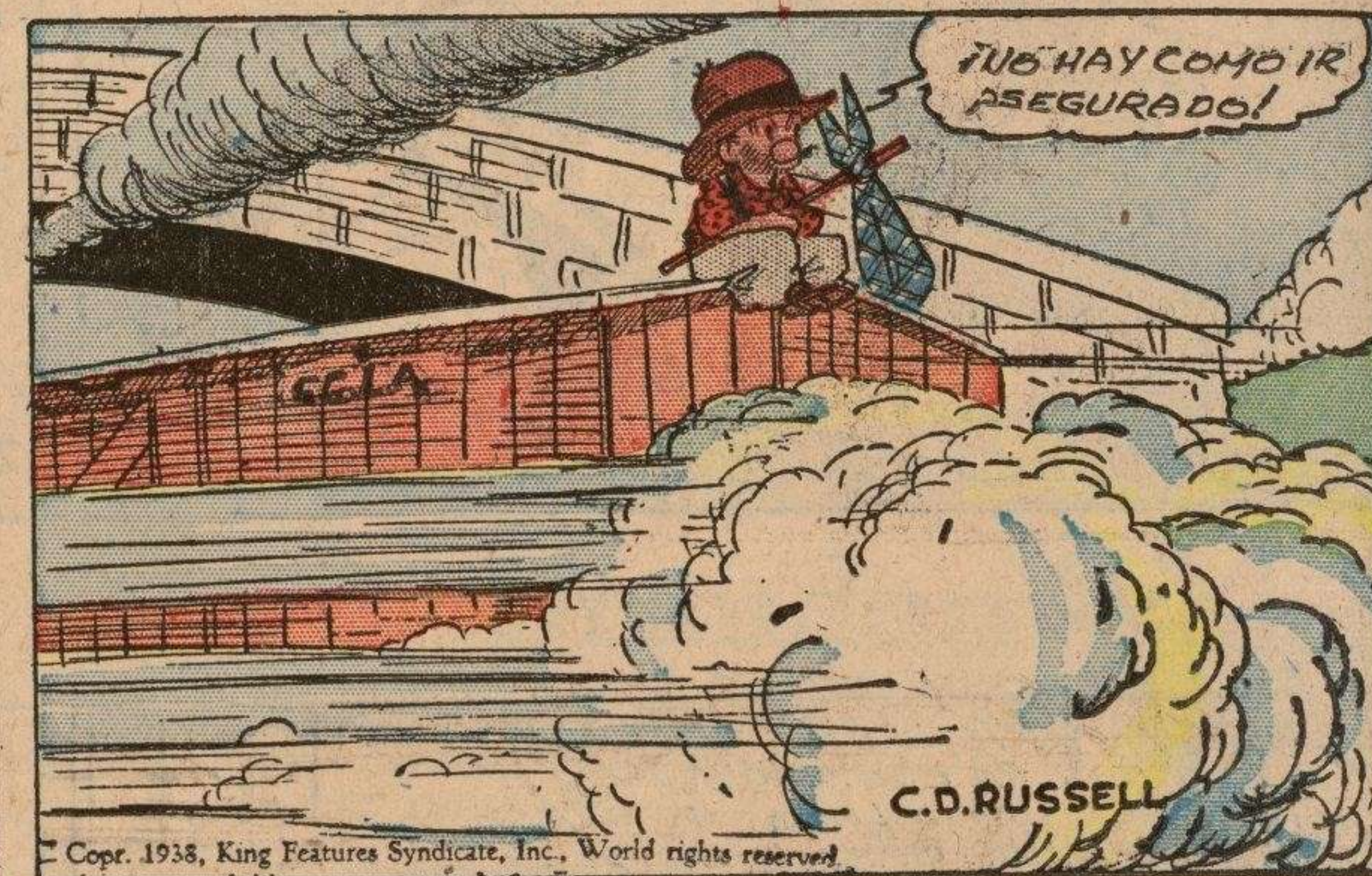
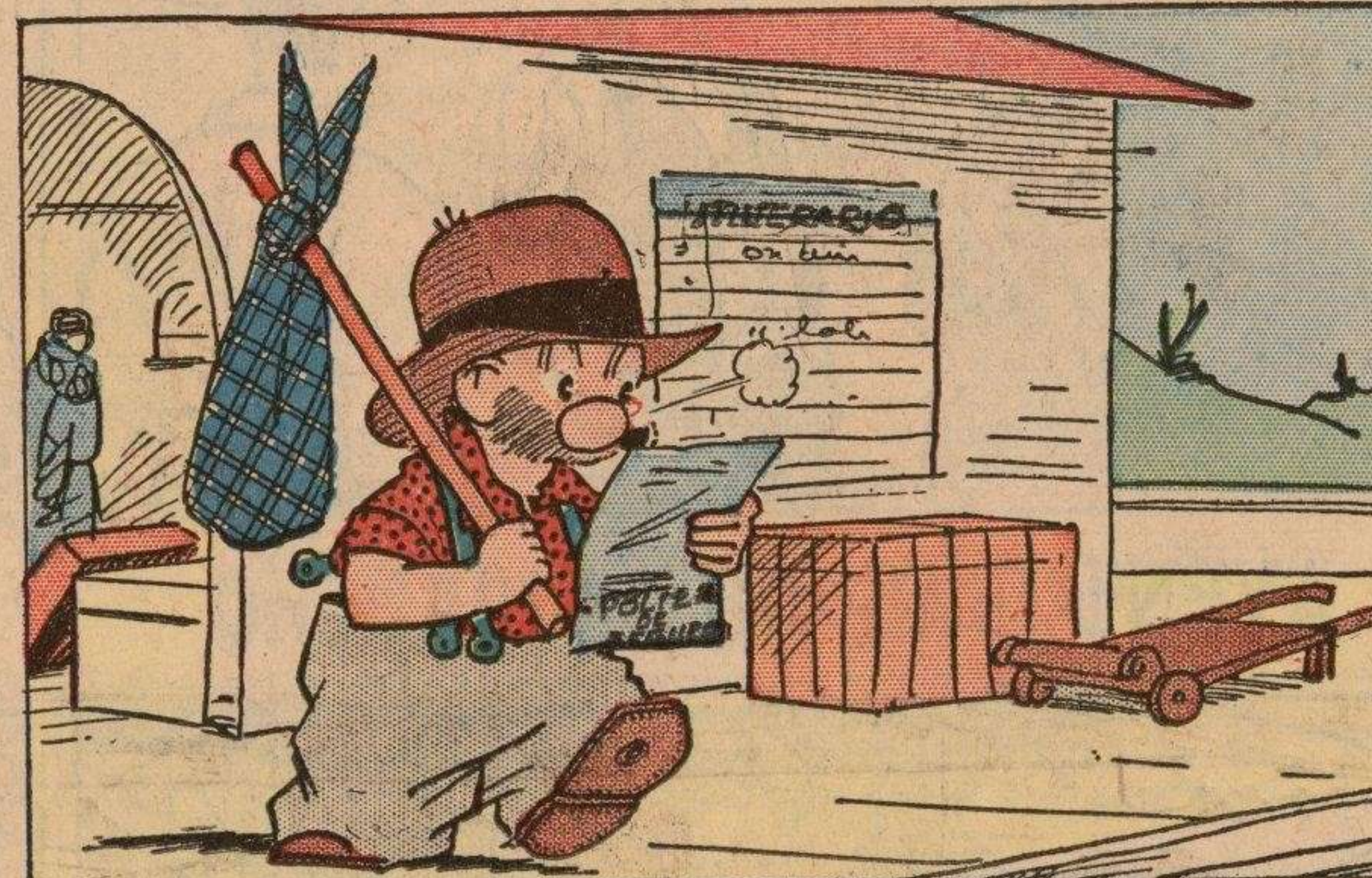
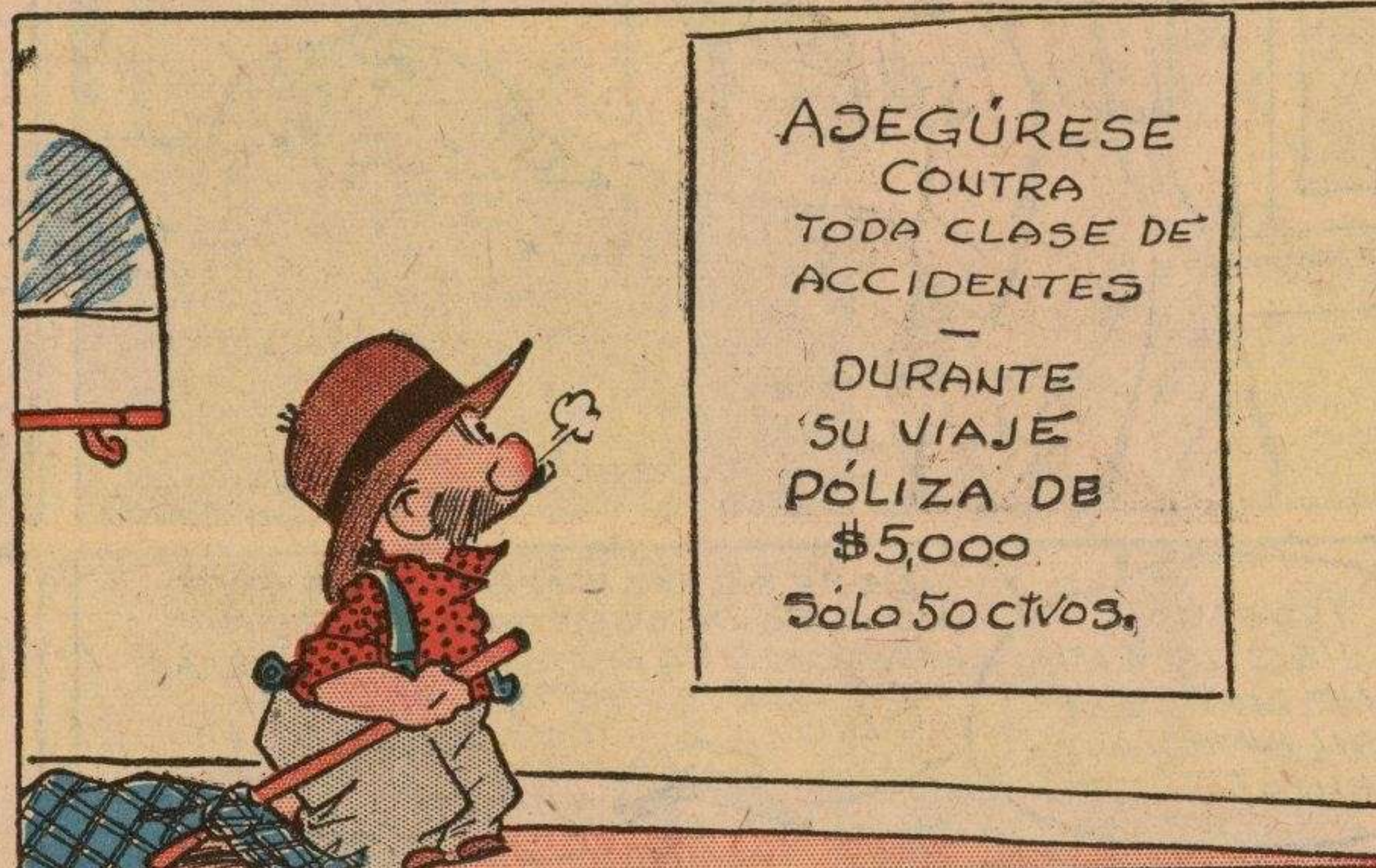
PERO COMO PODRIAN SUBIR HASTA ALLI SIN QUE LOS VIERAMOS?



¡EH! VEN ACA CON ESE MANTTEL!

¡EH! VEN ACA CON ESE MANTTEL!





PEDRO HARAPOS

